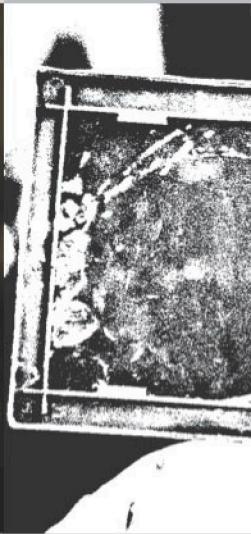


ROSTRO de nadie

Antología poética

Dionisio Aymará



República Bolivariana de Venezuela

Fundación Editorial

el perro y la rana

SÉRIE
CONTEMPORÁNEOS
COLECCIÓN
POESÍA VENEZOLANA

ROSTRO
de nadie
Antología poética

COLECCIÓN POESÍA VENEZOLANA
CONTEMPORÁNEOS

© Dionisio Aymará
© Selección, prólogo y notas de Daniel Arella
© Fundación Editorial El perro y la rana, 2018 (digital)

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela, 1010.
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399.

Correos electrónicos
atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web
www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Redes sociales
Facebook: Fundación Editorial Escuela El perro y la rana
Twitter: @perroyralibro

Diseño de portada y diagramación
Jairo Noriega

Fotografía de portada
Autor: Wilfredo Machado
Título: El hombre sin rostro

Edición y corrección
Yanuva León

Hecho el Depósito de Ley
Depósito legal DC2018000653
ISBN 978-980-14-3745-1

ROSTRO de nadie

Antología poética



Dionisio Aymará
Selección, prólogo y notas de Daniel Arella

PRÓLOGO

La agonía del héroe anónimo

*El hombre de carne y hueso, el que nace,
sufre y muere –sobre todo muere–,
el que come y bebe y juega y duerme y piensa y quiere,
el hombre que se ve y a quien se oye,
el hermano, el verdadero hermano.*

MIGUEL DE UNAMUNO, *DEL SENTIMIENTO TRÁGICO DE LA VIDA.*

*Mejor tu nada verdadera
tu tiniebla verídica
que todas las palabras
y todas las imágenes y todos
los ecos de una luz que nunca poseíste.*

DIONISIO AYMARÁ.

Criterio de la presente edición

La ubicación de Dionisio Aymará, abogado de profesión, en la tradición de la lírica hispánica y venezolana es incluso tan paradójica como la contradicción casi irreconciliable de su seudónimo literario (su nombre de ciudadano es Jorge Azaf), mezcla de dos civilizaciones distantes, la helénica y la aborigen, que quedaron en nuestra cultura unidas para toda la vida. Nacido en San Cristóbal, estado Táchira, el 23 de abril de 1928 y muerto en Caracas el 19 de noviembre de 1999, es uno de los poetas menos conocidos en Venezuela, pero con una proyección internacional sin precedentes, tanto en Latinoamérica y en Europa, como ningún otro poeta nacional hasta la fecha. Su nombre no aparece en ninguna de las antologías históricas de poesía venezolana, pero ha sido incluido, por ejemplo, en la antología prestigiosa editada por Approches y Clameur vers la Clarté, intitulada *Profils Poétiques des Pays Latins*,

y varios de sus mejores poemas han sido traducidos al inglés, francés, griego, vasco, catalán, italiano y árabe.

En toda la poesía de Dionisio Aymará –a través de los 17 poemarios publicados entre 1956 y 1996– la presencia obsesiva de temas específicos inmanentes a su pensamiento y sentir únicos articulan una sola epopeya del hombre de carne y hueso, una epopeya latinoamericana del hombre que ama, muere y resucita, del hombre que se es en su dolor solo con la muerte y lejos de ella cuando canta.

Pedro Pablo Paredes en la introducción a sus primeras obras completas –y las únicas que se conoce–, publicadas por Biblioteca de Autores y Temas Tachirenses, *Huésped del asombro*, detecta cuatro tema generales en la obra poética de Aymará: la vida, el amor, la protesta y la muerte. Para la presente edición selecta de esta nueva antología de los poemas de Dionisio Aymará, extendimos los temas inherentes a su poética en los siguientes tentativos: la ausencia de la amada; el desgarro espantoso de la soledad; la furia ante la amenaza de la muerte y la mudez; el anhelo revolucionario sepultado en la oscuridad de las calles de la ciudad; la elasticidad de la epifanía; la alienación y la perdida de identidad; la reconciliación y la escisión simultánea entre la esperanza y la cólera, entre la ternura y la ceniza, como también la nostalgia bolivariana y la evocación lacerada del primer revolucionario: el loco, el mesías.

Cada poema de Aymará consiste en un tratado –con sus preciosos efectos y sonoridades– de cada uno de estos temas, o más que un tratado una vivencia sintáctica de la agonía en su desesperada búsqueda de la desnudez última del hombre. A lo largo de todos los poemarios nos encontramos con diversas variaciones poemáticas de sus temas predilectos que cohesionan su pensamiento y universo poético. Nosotros elegimos aquellos poemas que expresaban con mayor carne la agonía de su desgarramiento por el mundo. ¿Qué determinó nuestra decisión en términos estilísticos? Después de una lectura intensa, casi táctil de los libros de Aymará,

coincidimos en verificar cómo algunos poemas más que otros encarnan la verdad de su verdad con mayor fuerza y tormento, mientras que otros caen en la descripción y el prosaísmo, encaminados estos a una didáctica sincera de la claridad de sus dolores. Algunos de estos últimos poemas de índole conceptual fueron incluidos en la presente edición antológica, por parecernos vitales para el lector en la construcción del sentido último de la existencia para el poeta tachirense. Los poemas a los cuales nos inclinamos para su inclusión encarnan la verdad en su ley de ritmo, fuerza y forma, manifestando así –a pulso– la desesperación en toda su desnudez, esa agonía lúcida del verso desnudo y claro.

I. Dionisio Aymará o la paradoja de la poesía venezolana

¿Qué importan los aullidos del odio que no cesa?

D.A.

Alejandro Oliveros en sus *Diarios* relató una curiosa anécdota sobre “el olvidado poeta” Dionisio Aymará que aconteció, según, en el Tercer Festival Internacional de Poesía de Pereira, a partir de una lectura sobre una reseña que Adriano González León escribió basándose en “el olvidado libro” primero de Dionisio Aymará, *Mundo escuchado* (1956). El relato va así. En medio de una discusión sobre Rafael Cadenas y Eugenio Montejo, un profesor colombiano proveniente de la Universidad de Santander comentó que él estaba escribiendo una tesis sobre el poeta venezolano Dionisio Aymará. La reacción de los invitados a la tertulia sobre literatura a partir de la aparición algo abrupta de ese extraño nombre completamente desconocido fue relatada por Oliveros de la siguiente forma:

Me pareció oportuno romper el silencio diciendo “something stupid” como, “¿Verdad?” o “No puede ser”. Ante la condescendiente sonrisa del profesor agregué: “Recuerdo haberlo leído

hace muchos años, pero más nunca”. “Sí, ya nadie lee a Dionisio Aymará”, fue su taoísta respuesta, mientras yo seguía sin entender cómo alguien dedicaba su tesis a un poeta venezolano que aparentemente nadie leía, como Dionisio Aymará.¹

Hasta aquí merece la referencia confidencial de un vacío editorial en el panorama de la poesía venezolana actual, teniendo en cuenta que en su época fue un poeta reseñado activamente por numerosas revistas latinoamericanas de literatura. Lo que de verdad sorprende es que varios investigadores colombianos estén estudiando a Dionisio Aymará en la actualidad, advirtiéndonos con saña cervantina de los oscuros y abismales destinos de los libros, por ejemplo la tesis (a la fecha inédita) *La metáfora de la agonía* de Carlos Alberto Castrillón. Pero las preguntas son las siguientes: ¿por qué ya no se lee a Dionisio Aymará?, ¿cuál es la causa central u oculta por la que su poesía haya sido casi sepultada por el canon de la poesía venezolana?, ¿cómo va a ser que un poeta cuyo primer poemario publicado, *Mundo escuchado* (1956), fue saludado con gran efusión por el vate español Vicente Aleixandre y también por el crítico Guillermo de Torre, y así sea mencionado de forma esporádica por los críticos venezolanos? Incluso César Dávila Andrade escribió sobre su poesía, entre otros especialistas de la poesía latinoamericana, como Juan Florit, Mahfúd Massís, Juan Cervera, han realizado sendos ensayos sobre los demás poemarios de Dionisio Aymará en su momento.

Tal vez Juan Liscano es uno de los pocos venezolanos² que menciona a Dionisio Aymará dentro una estética de poesía realista

1 Alejandro Oliveros. *Sin parar un punto. Diarios literarios 2004-2005*, Editorial Equinoccio, Caracas: 2010.

2 El único venezolano que le dedicó una lectura seria fue Lubio Cardozo en “El yo en la poesía de Dionisio Aymará”. Resulta extrañísimo que Julio Miranda, quien fue un asiduo compilador literario de primer orden en antologías importantes reconocidas –(*El gesto de narrar*) o

y auténtica, una poesía impulsiva desde el fondo de la cotidianidad. Veamos: “En la escritura de Aymará no hay despliegues verbales ni proyecciones mágicas, ni hedonismo lírico. Se trata de una honda y dolorosa intimidad expresada a la fuerza, por necesidad de comunicación, para no estallar”³. Fue bastante conocido por sus más cercanos amigos que Dionisio Aymará era persona poco dada a frecuentar esos “fulgores de lo literario”, no perteneció a ningún grupo, ni a ninguna poética colectiva o antología, que se sepa. Juan Liscano trata de ubicarlo –de forma cronológica e intuitiva– por su tendencia espiritual a la denuncia social, como parte de un pesimismo existencialista sumido en la cotidianidad. No creo del todo el juicio del crítico venezolano, porque la agonía de Aymará no es vulgar desesperación del tiempo, sino cotidianidad del hombre alienado en su verse a sí mismo desde esa conciencia –que hablaba Marx de lo que es esencial al hombre– formada por la sociedad en las relaciones materiales de producción de sus circunstancias. Y todo gran poeta –citado por Ludovico Silva en referencia a la crítica a la ideología de Marx– como dijo Goethe es un poeta de circunstancia. Aymará es un poeta anarquista, su pensamiento siempre

antologías importantes en su época pero desconocidas: *Andina*, poesía de Mérida, San Cristóbal y Trujillo; *Antología de la ciencia ficción venezolana*–, no mencione nada sobre Aymará en aquella colosal *Antología histórica de la poesía venezolana del s. XX* publicada por la embajada de Puerto Rico. A Aymará lo mencionan apenas una vez, el día de su nacimiento, pero después el crítico cubano ni enumera sus publicaciones ni lo nombra después, a pesar de que fue publicada en 2001. Tampoco menciona el premio que le dieron por su poema “Escúchanos, Libertador”, otorgado por la Sociedad Bolivariana, lo que nos da a entender que fue un poeta ignorado en su país, tal vez considerado por los otros poetas venezolanos como un poeta menor. Y lo más extraño de todo es que –como argumenta Pedro Pablo Paredes en el prólogo a sus obras completas– fue enviado por mano ajena amiga, ni siquiera por él, quien era poco dado a la beligerancia social.

3 Juan Liscano. *Panorama de la literatura venezolana actual*, Alfadil Ediciones, Caracas: 1995.

surge de la destrucción. Ninguna poética, sino la del poeta mexicano Mario Santiago Papasquiaro, podrá definir la radical postura del vate tachirense: “El poeta es el géiser de su propio ser”. Por eso es bueno saber de una vez que la agonía de Aymará no es resignación sino combate, como en los griegos. En griego *agonía* quiere decir lo mismo que *combate*. La agonía es el preludio nocturno de la muerte. Y el combate de Aymará en la página, a nuestro juicio –como esperamos demostrarlo en estas notas–, es la resurrección y el combate revolucionario con las fuerzas alienantes del sistema proyectado en una dimensión existencial. La poesía de Aymará es ideología espiritual, es decir, no la que parte de libros y pensadores, sino del origen: la indignación. En ese lugar en donde las entrañas ahuecan su fuego violento y arde el grito de no decir nada, sino de denunciar lo que todo el mundo siente, como si él compariera las incapacidades existenciales del primer revolucionario, del loco, el fanático, el profeta, el hombre de carne y hueso, el obrero, el hermano, el verdadero hermano. A pesar de que la mayoría de la crítica venezolana fue adversa al valorar su poesía, despertó la atención de los estudiosos de la literatura en el extranjero, leamos el fragmento de la siguiente reseña en *El Nacional*:

Porque lo que más descorazona de *Viendo la Noche*, así como en las otras cosas que conozco de Aymará, es que veo a ratos la huella de un verdadero poeta. Pero esta huella no forma camino, pues se ve interrumpida por la facilidad, la imprecisión poética, la falta de rigor.⁴

Como lector de poesía prefiero hacer de Aymará una lectura epidérmica de los textos que dejarme llevar por la tradición, porque su naturaleza histórica es maleable y susceptible a cambios. En *Del sentimiento trágico de la vida*, del filósofo español Miguel de

4 L.S. Belverde. *El Nacional*, Caracas: 1965.

Unamuno, se realiza una anatomía de la agonía. Y muchas veces releyendo los libros de Dionisio Aymará y en especial *Aconteceres del alucinado*, nos damos cuenta de que es una poesía que no posee poética, sino un planteamiento militante de pensamiento definido, ya sea filosófico o humano o religioso, o los tres juntos. Lo que quiero decir es que veo a Aymará más cercano al denominado “misticismo pesimista español” de María Zambrano y el cristólogo don Miguel, cuando se interroga de esta forma:

¿De dónde vengo yo y de dónde viene el mundo en que vivo y del cual vivo? ¿Adónde voy y adónde va cuanto me rodea? ¿Qué significa esto? (...) Y si miramos bien, veremos que debajo de esas preguntas no hay tanto el deseo de conocer un por qué como el de conocer el para qué: no de la causa sino de la finalidad.⁵

El tono aymariano es un agonizar por la expresión de lo adentro que va muriendo y a la vez resucitando y no comprende. Entonces grita, arremete y ataca. Del odio pasa a la reconciliación, de la ternura a la cólera, del arrebato nostálgico al reclamo y la queja mortuoria hasta llegar a la blasfemia o a la proclama del amor absoluto. Solo un poeta anarquista diría esto de esta forma en su poema “No”:

No,
no te conformes con ser lo que eres,
con lo que has sido a través de los años,
los siglos que has vivido en tan poco tiempo.

No,
no te conformes con la mínima ración de esperanza
que te dejan para tenerte adormecido.

5 Miguel de Unamuno. *Del sentimiento trágico de la vida*, Ediciones Orbis, Barcelona: 1984.

Nada de sumisión:
solo tu único designio,
tu obstinada manera de atravesar la estación calurosa
el invierno, tu propia desolación frente al destino, tú mismo.

No,
no te conformes con lo que tenías
que haber sido,
no aceptes otra luz que la tuya.
Hacia atrás nada: ni un solo paso
y si no tienes luz ‘
preferible tu propia tiniebla,
preferible tu cólera, tu sola desgarradura,
tu alarido final a dos pasos más allá del abismo,
todo,
antes que pasar como ciertas alburas
semejantes al algodón de los corderos,
todo
antes que vivir sin dignidad,
todo,
inclusive la muerte.⁶

Dionisio Aymará canta al residuo, lo que queda, la significación última de habitar los escombros, de renacer habitado rehabilitándose una y otra vez como una identidad que se ofusca, se pierde, perece, se encuentra y se vuelve a perder. Los *contras* empleados en oposición a esta muerte que *blanquea* el rostro y lo condena a una soledad que envilece y desespera al sujeto poético son la cólera y la ternura. La cólera es el grito de resistencia, la afirmación recóndita y final del estar vivo, la defensa infernal del desasosiego y el imperio de las tinieblas. La cólera es el compromiso de volver a verse a sí

6 “No”, página 286 de la presente edición.

mismo sin resignación, sin tregua la voz se alza y se sumerge dentro y en torno a la insustanciabilidad se levanta como un alarido de victoria. Mientras la ternura, como bien decía el poeta merideño Carlos Danez: “La ternura es el último refugio de nuestra rebelión”.

La voz que habla es la conciencia ardiendo, una conciencia militante de compromiso humano, de responsabilidad en el sentido que le da David Cooper: “Responder con la propia voz”. La realidad para Unamuno es la conciencia igual que para Aymará. Y la conciencia es la voluntad de no morir, esa identificación entre serse y sentirse.

II. Bolívar o la radiante lección del martirio: la resistencia de la ceniza.

*Los hombres y las cosas gritan por la separación,
porque la desazón de cada uno compone la inquietud general.*

SIMÓN BOLÍVAR

CARTA A DANIEL F. O'LEARY.

GUAYAQUIL, 13 DE SEPTIEMBRE.

El espacio anónimo de lo agónico, furioso en su desaparición, resiste como ceniza significante.

Esto soy. Esta voz. Esta ceniza.

Esto, no más.⁷

El hombre de la poesía de Aymará es *ceniza*, una voz de súplica no respondida que ansía la muerte, la muerte que es la única respuesta, porque la imposibilidad de la resurrección es el origen y el géiser del poema en su desesperación sin ripios, sintáctica del tono elemental en el reclamo de esa ausencia que fecunda la angustia,

7 “Autorretrato”, página 78 de la presente edición.

el miedo, el temor y la frustración. Si la resurrección es prueba del temple y la fortaleza espiritual ¿para qué renacer mil veces desde el interior de la nada, desde lo oculto sin miradas que no soportamos más allá de la resistencia del cuerpo, ese límite entre lo inconcebible y la verdad que nos destruye y nos reconstruye?, ¿para qué renacer cómo una máscara sombría pegada al rostro, sudado, repleto de espasmos invisibles subyacentes a la letra, el signo de combate de la tinta? No hay imagen, ni metáfora posible para describir ese puente entre las sombras y la blanca emancipación temporal que no perdona la vuelta a la vulgar hipocresía de las horas que pasan y suceden sin pasar nada y así fingir lo que no sucede, lo que siempre tiene que suceder, todo aquello que las personas postergan con sus vidas, oscurecen con su cotidianidad irrisoria de resignada proclividad a la frivolidad y la suprema mentira de sus vidas superficiales:

qué podrías
hacer con esa cara
tuya y de nadie al mismo tiempo
tuya una vez pero siempre de nadie?⁸

El poeta le da medida al clamor de su noche, lo escinde y lo trasluce en alarido o herida resonante. Es un poeta de ideales trascendentes, atravesado por la amargura que queda después de que la luz atónita nos deshabita. La esperanza es una débil luz que descubre la dignidad aguerrida blindada por la música. La cadencia de la desgracia, la desgarradura, el poema como la medida del dolor, el poema como la denuncia de la fatalidad, siempre debatiéndose entre la agonía y la esperanza, entre la muerte sin palabras y el poema que llaga. El poema es abrirse la herida honda. El poema es la resistencia de la muerte:

8 “¿Qué puedes, qué podrías?”, página 205 de la presente edición.

Qué vanidad de cosas vanas
finalmente
qué triste yo este mío
qué débil ese tú donde te ocultas
de ti mismo y no sabes

Qué poderoso ese nosotros dicho
sin ese tú que se amortaja
sin ese yo donde me asfixio
donde ya no recuerdo
cómo aprendí a morir
de letra en letra hasta quedarme
poco a poco en silencio.⁹

“Resiste, demuestra que existes”, rezaba el pregón revolucionario del mayo francés del 68. Resiste hasta la agonía. La ingenuidad fervorosa de su lamento –como lágrimas puntuales que caen en el mismo espacio recibido–, su voz invoca los mismos símbolos incessantes: corazón, nubes, amor, ternura. Es por eso que advierte en uno de sus libros: “Hay algo mío en la tenacidad de los que bajan a las minas / para arrancarle lágrimas al carbón”¹⁰. Esa superhumanidad es la unión y el deslinde con la figura de Simón Bolívar y su *pensamiento-aguila*, ya que el poeta desea ardientemente vencer en acción pero la sociedad lo condena al poema, amargo destino, es por eso la venganza de Aymará contra el poema, contra sí mismo.

El destierro y el exilio existential emanan del tono de los poemas con un acento de furia funeral, de entierro inacabado, de perdida y delirio, como si del fondo de la muerte la lucha encendiera la antorcha de la verdad humana encarnada en el cuerpo: en carne y en huesos después de ser ceniza. Su orfandad participa de la

9 “Poema con humildad”, página 210 de la presente edición.

10 “Hay algo mío”, página 158 de la presente edición.

relevancia activa de su hierro espiritual; en su imposibilidad cruda de no poder ser testigo de sus actos con la palabra, embiste contra sí mismo desde su última muerte, rogando a la mirada del Padre con humildad magnánima:

Vuelve tu rostro, Capitán, tu noble rostro,
bañado ahora por la majestad de la noche más alta,
inspiranos;¹¹

También es posible que su único reconocimiento nacional por su obra poética lo haya injustamente menospreciado a causa del conformismo y mediocridad de los nuevos lectores, más atentos a la difusión conceptual editorial de los poetas que a la misma poesía. Me refiero a su poema “Escúchanos, Libertador” (1961), con el cual ganó el concurso de la Sociedad Bolivariana. A pesar del aparente *desgaste* que se ha hecho de la imagen de Bolívar en los medios comunicativos nacionales institucionales y de los círculos oficiales académicos en sus distintos intereses culturales y económicos, en el sistema poético de Dionisio Aymará adquiere la convicción pura de una posibilidad para comprender la figura del héroe anónimo y/o del artista o del intelectual latinoamericano comprometido que sobrevive entre la esperanza y el tormento, entre el recuerdo y la muerte, un héroe que es solo héroe para sí y para nadie, en medio de una sociedad latinoamericana que oscila entre el caos y la utopía, entre el vacío y el mesianismo, entre la pérdida y el estremecimiento, en fin, entre la cólera y la esperanza. Nada más cierto que el análisis del dinamismo de las fuerzas de resistencia en el intelectual latinoamericano, explicado por Graciela Scheines en *Las metáforas del fracaso. Sudamérica ¿geografía del desencuentro?*:

11 “Escúchanos, Libertador”, página 141 de la presente edición.

Sudamérica es un marco trágico donde la acción es lo único posible. Más todavía: es urgente actuar porque la acción (acompañada de una atención alerta para saber a cada instante hacia dónde y cómo ejercerla) es el único recurso para sobrevivir, para no dejarse poseer, para durar. Quedarse inmóvil es perderse y perder, dejarse arrastrar por las fuerzas que lo superan y que acaban por aniquilarlo.¹²

Sin duda existen varias complicaciones alrededor de la imagen de Dionisio Aymará como poeta. Primero su lenguaje es un lenguaje de urgencia comunicativa, de panfleto encarnado, mas no político, lenguaje de pocos giros estilísticos y contadas imágenes propias; sus poemas no poseen un afán de fulgor en la heráldica de sus imágenes, como viene a ser la gran parte de la tradición de la poesía venezolana, que comienza por José Antonio Ramos Sucre, pasando por Juan Sánchez Peláez y “finaliza” en Eugenio Montejo. Nos acercamos a una poesía desprovista de retórica, sometida a la violencia de un tono sincero y confidencial que roza con el lamento pueril, pero sin dejar de ser llaga, herida presente de lo que amenaza desde el fondo. Aunque a veces podemos evidenciar cierto descuido en la composición del encabalgamiento del verso y peca por su ausencia –aparente– de poda, de lustro, no nos podemos confiar, ya que su planteamiento poético se origina en el caos, en el germen de la nada que peligra con aniquilar la integridad humana del sujeto poético.

debo escribir con el pulso encendido
con toda la vida
si es posible¹³

12 Graciela Scheines. *Las metáforas del fracaso. Sudamérica ¿geografía del desencuentro?*, Casa de las Américas, La Habana: 1991.

13 “Arte poética”, página 203 de la presente edición.

Acercándonos a esa mística militancia bolivariana marcada de forma tan temprana en la obra poética de Dionisio Aymará nos resulta poco comprensible su aislamiento del canon de la poesía venezolana y su ausencia en las antologías de poesía nacional actual. No en vano Paredes vincula su compromiso patriótico con Manuel Felipe Rugeles y Juan Beroes, pero con una proyección internacional superior. Mientras la mayoría de los poetas venezolanos de toda esa época se encaminaban a una búsqueda interior del lenguaje, Aymará traslucce una búsqueda común del lenguaje en la expresión colectiva del dolor y la agonía compartida del pueblo. Leamos el siguiente poema titulado “El poeta”:

Ni revueltos cabellos.
Ni trasmundos. Ni sombra en la mirada.
Otros fueron creados
para las roñas tristes
en las casas heladas de metales y ricas
maderas que olvidaron
su origen vegetal.
Ni una rosa en los dedos
para las sonrisas de moda en la estación.
Ni arpa en las manos para cantar los
ojos dorados de las niñas.
Solo corazón para sentirse humano
y ser lengua del tiempo
y voz del hombre.¹⁴

Pero, nos preguntamos: en Aymará, ¿qué es lo esencialmente humano? Lo que no puede ser salvado, pero en su tensión imposible vislumbra el Rostro Único del Eterno; así la Realidad es lo Humano, lo que no puede ser modificado aunque dejes de creer en

14 “El poeta”, página 75 de la presente edición.

ella, eso es la Realidad. Pero, ¿qué de irremediable tiene el conocimiento de lo que solo sabe el cuerpo? También podríamos decir, lo humano es Bolívar, pero no, el rostro inverso de él, la otra cara de la moneda, no la cara, el sello que cierra las posibilidades de lo humano, pero que en su peligro es lo único que salva: la *agonía*, ese nocturno preludio de la muerte, la última ternura: la verdad sin palabras, en fin, el rostro.

Me vivo, sí. Por dentro estoy viviéndome.
por dentro. Por lo más escondido
de mí mismo.
Por lo más solo, por lo más desoladoramente mío.¹⁵

El hombre perdido es lo humano que no acepta salvación, es lo excepcionalmente humano que Aymará admiraba en la figura heroica de Simón Bolívar. El hombre que no se halla en ninguna parte porque no se vende, su omnipresencia es fidelidad a la tiniebla, esa capacidad sombría y la mayoría de las veces insoportable de encarnar el sufrimiento del mundo, de estar en todas partes y en ninguna. Prueba inconsolable de sufrientes ejemplares, como por ejemplo Leopardi en Europa, César Vallejo en Latinoamérica y Hernando Track acá en Venezuela con su terrible libro *Tiempo de callar*. En Aymará la patria no es un destino colectivo, sino individual; ¡qué límites tan claros alcanza el pregón célebre de Alí Primera en la obra poética de Dionisio Aymará, ¡la Patria es el Hombre! Pero a la vez qué inimaginable tormento habitarlo con la verdad de ser hombre en esa búsqueda inestable de ser un bastardo de su época. Es cierto lo que Graciela Scheines argumenta al respecto de la identidad latinoamericana: “Si bien el yo nunca puede ser del todo un estar, la identidad supone una acción continua, acumulativa, o una forma estable con la que coincidir, una

15 “Cita del canto”, página 95 de la presente edición.

tradición, un pasado pisado, fundamento de lo que somos aquí y ahora”¹⁶. ¿Y este movimiento incesante no es acaso esa negra angustia de no poder fingir ante sí mismo, de no poder permitirse la muerte de sí mismo frente a los otros, lo que lo impulsa a gritar?, porque la injusticia y la desgracia son la fe que quema en lo hondo vivo de su ser que pervierte su humanidad de esta forma como una purificación preparatoria para su siguiente muerte:

Ahí tienes
ya no sabes qué rumor de ceniza
hay detrás de tu piel cuando hablas
y hablas
como si solo con palabras
pudieras abolir la angustia el miedo
ese ángel negro
que sacude las alas
como un paraguas hecho
(...)

Ahí tienes
el castigo
ahora quédate contigo mismo
hasta que aprendas poco
a poco
a desamarte
a ser también los otros.¹⁷

La patria es la soledad. La claridad de su verso es su amor por su patria. No es poesía que surge de la lucidez inteligente de un individuo, cada poema es la máscara desnuda del rostro que ya no puede mirarse a sí mismo, por vergüenza, por pudor de su

16 *Op. cit.* Graciela Scheines.

17 *Huesped del asombro*, “4”, página 307 de la presente edición.

conciencia revolucionaria de hombre primitivo congelado en la vigilancia anónima de las estatuas en la calle, y la caída de los rostros que velan una memoria omnipresente que azotan los demás rostros. Existe un mecanismo de martirio simultáneo entre la pérdida de identidad como hombre ante los hombres, esa defunción metafísica del hombre aymariano ante sus ilusiones, ante su guerra, ante su más sagrado vínculo con la vida, el descalabro de no hallarse en ninguna parte, de no ser sino ceniza. Es el hombre muerto que ha roto todos sus espejos y no se reconoce sino en la derrota. El individuo alienado que se escinde y se pierde y resucita y recupera su rostro. En Aymará la angustia de no poder verse y no sentirse nadie, ese es su mayor tormento. Leamos con detenimiento el poema que le da título a la presente antología, “Rostro de nadie”:

Vengo a ser solamente mi humilde luz mi ala serena
vengo a ser yo mi canto

Dejo atrás polvo y traje ráido
camino y caminante
dejo atrás piedra y nube

No me entiende el que muerde las uvas
sobre el pecho de nieve
no me entiende el que llora con el rostro en las manos
no me entiende el mendigo
No me entienden

Sin embargo estoy hecho de la misma materia
de la misma esperanza
de la misma luminosa miseria

Dejo atrás mis imágenes falsas
mis estatuas de humo

mi rencor solitario
mi máscara de niebla dejo atrás
No me entienden

Voy a ser yo
lo mío
fiel a mi libertad
soberano de mi tiniebla si es preciso
pero fulgor de nadie
pero rostro de nadie

eco de nadie¹⁸

Si su voz no es eco del clamor del padre de la Patria, entonces no es eco de nadie; si Bolívar, padre, “Dios airado de la guerra”, no vuelve su rostro, no lo mira, no preside su diálogo, es decir su conciencia crítica y bolivariana no cristaliza las acciones del hombre, entonces es *Rostro de nadie*, nada para verse todo maldecir la sombra que lo aplasta contra el continente agónico de su sangre.

Muchas veces releyendo sus poemas para la redacción de “La agonía del héroe anónimo” lo leía como si fuera un poeta de la Independencia en el s. XX. Bien decía el gran Spinoza que existir es resistir a lo que amenaza la capacidad de existir. Es decir, mantener un principio que no se discute, como en los guerreros de la Independencia, la Patria, y en Aymará, la ceniza. Lubio Cardozo, el mejor lector venezolano de Aymará, nos dice en su libro sobre la poesía escrita en la Independencia de América:

La literatura de la Guerra de la Independencia no se vertió en los moldes tradicionales de los géneros literarios más usuales. No usó ni la novela, ni los cuentos, ni la tragedia, ni la comedia; la

18 “Rostro de nadie”, página 267 de la presente edición.

cultura de esa situación, de esa contienda, suscitó otros vehículos expresivos: constituyéndolos el artículo periodístico, la oratoria, las epístolas, los libros de memoria, o diario de vida, y formas versificadas. Para redactarlas no se apoyaron en los escritorios, sino sobre la cureña de los cañones.¹⁹

En Aymará la blasfemia contra sí mismo busca el incendio, la desaparición, el cese, la automaldición es la peor, porque atrae violentamente la muerte hacia sí –como en el suicidio–, el poema se autoflagela ante la imposibilidad de expresar la angustia, entonces agoniza, es cuerpo, retorcimiento y quema. Soy este cuerpo de carne y huesos y silencio y las palabras no me alcanzan y a la vez estoy solo en el mundo. Pero ese estadio es de transformación, es el preludio nocturno de la muerte. La agonía es una lucha, un desprendimiento de la muerte acumulada en las raíces y la belleza que arranca el suelo pétreo de su bondad. La muerte es a la vez bondadosa destructora, aniquila, somete a la pena más cruenta, a la vergüenza, a la soledad sin medida, para la purificación, para que volvamos a ver la belleza con nuevos ojos.

La agonía es la voluntad desgarradora que se resiste a dejar de ser voluntad, que continúa siendo conciencia aún en el límite de esa posible imposibilidad.

19 Lubio Cardozo. “El mundo y el yo en la poesía de Dionisio Aymará”, *Actual*, Mérida (29): Mayo-Agosto 1994.

III. El loco, el primer revolucionario: el rostro de la angustia.

Las enfermedades son preguntas.

ERNST JÜNGER.

*La nada es abandonarse a creer en Dios,
a incorporarlo en tu rostro,
es la única manera de ser visto.*

MARÍA ZAMBRANO.

La ambigüedad de la angustia en su instigadora indecisión, su contradicción atravesada por el pavor de la nada, permite traslucir el estado germinal del poeta desde su interrogación desgarradora: oscila entre la culpa y el desamparo, entre el temor y el ensueño de la ternura, entre la posibilidad siempre constante de otra nada superior a la angustia. En la nada el silencio es una mancha congelada en la sangre. La fe es el lenguaje, pero en los poemas de Aymará que denominamos liminares o germinales – por su condición limítrofe con la muerte, poemas casi *terminales* por su condición denodadamente clínicas– el lenguaje es súplica de más nada, aún más nada, reclama más nada, la atrae hacia sí con violencia, palabra que se alimenta del grito cuando su nada es superior a la existencia que acusa. En los poemas de Aymará la máxima del filósofo alemán Soren Kierkegaard, se cumple: “La angustia es el vértigo de la libertad”:

Por obra y gracia de la noche un hombre
alguien que huele a desamparo
interroga
devora su silencio y alza sus hombros porque nada podría
responder y se halla súbitamente ante su rostro último

y tiene miedo de sí mismo miedo de su ternura
de su manera de aferrarse a quien ama.²⁰

Los poemas de Aymará son un aullido por el espíritu perdido. Asume su sabiduría de acero en la fidelidad a la derrota. No te salves, no degrades la sombra intacta de la muerte. En el estado de la angustia se encuentra presente como una llaga la conciencia del riesgo, el arrepentimiento de serse en la angustia, la imposibilidad de sí mismo en su humanidad preconcebida con la perdida profunda de saberse el no-yo. Humanidad preconcebida con la perdida profunda de saberse el no-yo:

y era un poco él y un poco
los demás
al mismo tiempo.²¹

La soledad es la perdida de mí mismo, porque soy todos, pero lejos de mí retorno a lo que sería cuando me diferenciaba de todos y era algo, no la transparencia atravesada por todos. Esta simultaneidad de encarnación es en sí el oculto y anónimo sentimiento cristiano, pero se trata de un padecimiento ontológico difícil de describir, su misterio de dolor, estigma y pasión es la condena del hombre y a la vez su salvación: la paradoja eterna del sufrimiento absoluto. Continuemos con el autor de *El concepto de la angustia* para acercarnos más al misterio:

El espíritu tiene angustia de sí mismo. El espíritu no puede librarse de sí mismo; tampoco puede comprenderse a sí mismo, mientras se tiene a sí mismo fuera de sí mismo; ni tampoco puede hundirse el hombre en lo vegetativo, puesto que está determinado

20 “Por obra y gracia de la noche”, página 206 de la presente edición.

21 *Nocturnos de Lázaro*, “7”, página 291 de la presente edición.

como espíritu, de la angustia, no puede huir, porque la ama; amarla, no puede propiamente, porque la huye.²²

La imposibilidad de encontrar la verdad, porque la verdad es un estado; la angustia. La verdad desde la quema, cada poema pareciera decir: *esto es lo que soy yo, nada*, como si en su aislamiento persona-ceniza, un corazón se volcara en las sombras, como si denunciara el tormento de su soledad al tribunal de las sombras. La entonación de la agonía de lo que queda, la vigilancia del fuego que mengua, el poema como resurrección, escribe con las cenizas de su muerte, muerte transparentada por las interrogaciones del hombre último. La desolación definitiva de verse a sí mismo sin palabras, socavado por el espacio de la muerte anterior, inaugura, desde la ultimidad fatal, el balbuceo de la súplica. El poema en Aymará es estigma, la carne y los huesos interrogan el origen del daño, una y otra vez, con la recurrencia de las mismas imágenes y palabras.

No soy yo solo
el ávido alucinado.

No soy yo solo. Tú también
bajo el fuego nocturno
te embriagas con un zumo de inmensidad serena
cuyas ciegas fascinaciones no conoces.²³

La súplica emerge de la desesperación de la muerte, perdida para siempre en el infinito de su otredad. La compasión desahuciada del yo poético denuncia su destino de fondo silente. Muchas veces siento los poemas de Aymará como máscaras precarias de muerte. El tiempo de lectura/escritura del poema en Aymará es la inmediatez, el pulso vivo de escribir para verse a sí mismo porque

22 Soren Kierkegaard. *El concepto de la angustia*, Espasa, Buenos Aires: 1943.

23 “No soy yo solo”, página 163 de la presente edición.

ese sí mismo se desvanece perdido en la última volubilidad del martirio. ¿Cuál es la naturaleza de ese estado?:

En ese estado hay paz y reposo; pero hay al mismo tiempo otra cosa, que, sin embargo, no es guerra ni agitación —pues no hay nada con que guerrear. ¿Qué es ello? Nada. Pero ¿qué efecto ejerce? Nada. Engendra angustia. Este es el profundo misterio de la inocencia: que es al mismo tiempo angustia. Soñando proyecta el espíritu de antemano su propia realidad; pero esta realidad es nada; y la inocencia ve continuamente delante de sí esta nada.²⁴

Con obvia herencia el héroe anónimo es un antihéroe, pero no en el sentido de que encuentra su conjunción con el héroe que contrapone su valor, sino como una sombra en soledad del héroe que un sujeto encarna. Es por eso que el sujeto social que más encarna la figura del héroe anónimo, o que con mayor claridad lo representa en todos los poemarios de Dionisio Aymará es, a nuestro ver, el loco, el alucinado —poética-sujeto de *Aconteceres del alucinado*—, más cercano a la entraña, al grito, a la soledad de la nada, al abismo de la ceniza que borra hasta la última luz o reflejo de la luz del rostro, de lo que vela y guía u oscurece de pronto todo al ver ese acaecimiento.

La construcción de personajes aislados, solos, encerrados, dentro de sí mismos, condenados habituales por la historia del mundo, se articulan en la figura del alucinado. La construcción de la evasión maravillada del tormento, consecuencia de la desgracia en el amor. Es como si los ideales más altos del comunismo, de la solidaridad, de la fraternidad de los desposeídos, fuese una responsabilidad marginal relegada a la figura del alucinado, el místico lumpen proletariado que, al no poder ayudar, se autodestruye o escribe.

La esperanza golpea y se eleva, furiosa, ternura de rabia, cólera encendida de ideal ebrio y fulminante. La exigencia de los valores del

24 *Op. cit.* Soren Kierkegaard.

hombre en la poesía de Aymará es alta, desgarrada, es el hombre que se quema. ¿Acaso toda su poesía no es la epopeya de la purificación?

IV. Los vocablos iracundos del héroe anónimo

*Pero no tocan sus orillas,
nunca,
no tocan su silencio,
no llegan nunca a interpretar sus símbolos,
no pueden ver la llama que se alza del fondo
del rumoroso corazón de este hombre.*

D.A.

Existe un estado germinal de la angustia y la agonía que se resiste a ser nombrada, porque su nada imposible atraviesa al hombre en toda su ultimidad, condenándolo al silencio ciego de su sangre detenida. En ese estado germinal la sustancia de la sombra es en sí misma el signo que enlaza el mundo con el hombre, porque en su desaparición el rostro del hombre es la última verdad, la existencia del fondo de cara a la muerte, la ausencia de signo revela la presencia de la muerte como rostro. En ese estado germinal y/o marginal, en esa gran noche, el desamparo es indestructible, entonces el alarido surge como relámpago recorriendo las sombras de la infinita garganta; a veces logra ser un poco más que canto, coronando las tinieblas de su perdición. El canto es la defensa contra la muerte, ceniza emancipada el hombre revienta con su furia más allá de la dignidad visceral: el grito.

El tono de sus poemas, por ejemplo, en el alucinado, son como llamaradas insomnes, son como despavoridos, arden en su lectura, son zarpazos, golpes secos de puertas o de tumba. Dios es la última miseria, lo que queda. La poesía de Aymará es real, ¿Qué es la realidad para Unamuno? Yo diría que la realidad es cóncavo esplanto, el presente de no pertenecer sino al escombro, la única salida:

aullar, gritar, romperse en alardos, denunciar la existencia ante la existencia, declarar el fondo con las últimas palabras que nos cede la última muerte desde la álgida nada donde nadie regresa sino a fuerza de lágrimas y sed. El poema en Aymará es una resurrección, o por lo menos los poemas que traslucen en su devenir agónico el drama de arder y arder vivos para nadie entre nada. El poema en Aymará es la muerte anónima, desplazada, el terror abismal de ser hombre sin dios y dios sin hombre. La agonía de vivir sin un *para qué*. La paradoja triunfal del pensamiento de Unamuno.

Yo estaba cerca de los vocablos
iracundos,
el ademán rebelde
y los hombros sangrantes del alucinado.
Tengo la certeza de que nunca
noche alguna conoció más terrible castigo.
Tal era la atmósfera de las imprecaciones
y tal era el rencor sepultado en el corazón durante largo tiempo.

Tales eran las manos vencidas, las manos
impotentes,
abandonadas como una oración que nadie escucha.²⁵

En el libro de sonetos de Aymará *Todo lo iracundo* advertimos en el título de varias de las composiciones el gesto honorífico de ciertos nombres célebres de la lírica castellana, continental y nacional, como por ejemplo Francisco Quevedo, César Vallejo y Manuel Felipe Rugeles, entre otros. Con este canon aymariano de la poesía se propone una plataforma ideológica de lo que es para el poeta tachirense la esencia de la poesía. En un soneto titulado “Ciertos poetas” critica el oficio del poeta en ciertos ámbitos donde

25 “Voz del alucinado”, página 157 de la presente edición.

la aparente y fingida libertad de la creación se termina confundiendo con la absoluta ausencia del compromiso social, humano:

No perturba un clamor su paz creadora
ni una lágrima el muro que se cierra
la soledad que ayer no más cantaran.

Como si no vivieran esta hora,
como si no estuvieran en la tierra,
como si nada vieran ni escucharan.²⁶

La crítica reivindica a su vez la emancipación humana de la sensibilidad poética, la desnudez del nervio vallejano de la compasión y el dolor de la injusticia. El soneto de Aymará es pregón que se convierte –sin ser notado– en panfleto.

De la métrica sonora, la proclama-soneto: denuncia y clamor, no sentimiento, aunque sí, de lo uno y lo diverso. Lo iracundo como totalidad formal reclama al mundo –desde su composición– lo fragmentado por causa de la desigualdad y la miseria. El soneto es justicia métrica que alegoriza con gesto simultáneo la medida de su dolor y de su compromiso. Leamos un fragmento del último soneto del libro, “Epitafio”:

Vivió con su destino siempre en guerra
como se debe, así se pudra todo
sin sonido debajo de la tierra.²⁷

El anhelo de precisión sonora en la forma poética suple el ideal del dolor por la pasión última del hombre atrabilado por su condena de ser hombre. La poesía si cabe en la existencia cuando resiste

26 “Ciertos poetas”, página 245 de la presente edición.

27 “Epitafio”, página 258 de la presente edición.

ante aquello que amenaza la capacidad de existir, se enuncia como “desvalida verdad”. Verdad menguada, pero verdad al fin, resiste moribunda en la ceniza de su voz:

Toda la ira y la amargura juntas
en una sola voz innumerable
cansada de oraciones y preguntas.²⁸

La funcionalidad del soneto se revela en las raíces de la protesta y de la indignación emanada desde la heráldica de su corporeidad. Su preocupación existencial por el hombre, en cuanto ente sufriente y combativo, adopta con el soneto una intención de canto-filosófico, de pensamiento sonoro, de cuerpo musical *crítico*. Declaración de un corazón rencoroso de luz que fluye en salmo con la rima del cuarteto. La unidad ideal entre la estructura y el contenido propio del buen soneto, afirmado desde su silogismo lírico con la angustia que no cesa en las venas de la armonía.

El soneto que cultiva Aymará es el soneto de Francesco Petrarca, cuya cima formal apreciamos en el libro *Il canzoniere*, cuya composición es la siguiente: ABBA-ABBA-CDC-DCD. Si tomamos prestado del discurso de la lógica el orden del silogismo, tendríamos que los primeros dos cuartetos corresponden con las primeras dos premisas (ABBA-ABBA) y la conclusión con los tercetos restantes (CDC-DCD). El soneto así se enuncia –desde su entonación en silogismo lírico– un ansia de verdad: el orden inmanente de validez en sus postulados rítmicos. Leamos “Arte poética”:

Junto a cada dolor la poesía:
la certeza más honda. Contra todo

28 “Desvalida verdad”, página 248 de la presente edición.

lo que humille o lesione de algún modo
al ser humano en su terrestre vía.

Contra el odio que mana noche y día
la verdad de la muerte sin apodo
y el fulgor de la sangre sobre el lodo
traspasado de oscura rebeldía.

Contra la sed y el hambre milenaria
contra el coro que canta en la espesura
al compás de la música honoraria.

La poesía, larga quemadura,
pávida voz, diadema planetaria,
hecha toda de cólera y ternura.²⁹

El lenguaje de Aymará nace de la humildad martirizada que nace de la muerte: lenguaje sencillo, humilde, sobrio, natural, ingenuo, franco, severo. La humildad de su lenguaje es coherente con su poética, con lo que defiende. ¿Y qué defiende Aymará? La justicia de ser Hombre –aún en su contradicción más desgarradora: dejar de serlo, que es también serlo desde su agonía de resistir para seguir siéndolo–:

Por eso callo ahora
Para no ser simple cólera o nada
Para buscarme para hallarme con todo mi silencio³⁰

Existe una división entre lo que el poema expresa y lo que pudo expresar; es decir, existe una división entre lo que es el poema y la

29 “Arte poética”, página 240 de la presente edición.

30 “La búsquedas”, página 216 de la presente edición.

imposibilidad del poema; en la certeza de la muerte cotidiana y, a la vez, su condena en las palabras. Ante la imposibilidad de mirarse en el rostro amado de la ternura, las palabras devuelven su nada a su ausencia de rostro. El destino es una condena, la imposibilidad de salvarse es agónica defensa de la llaga, el patetismo explícito de sus versos revela en la sinceridad de su angustia un rostro lacerado por la ausencia de significación. Aymará no busca el fulgor de la imagen, como ocurría en la mayoría de las tendencias poéticas de la época, no, sino el látigo de una certidumbre:

No eres
no podrás ser jamás toda la vida en un instante
ni toda la muerte
de golpe
porque debajo de tu piel creció el odio
el eterno castigo
y fuiste solo llama de rencor y deseo
látigo y tiniebla al mismo tiempo.³¹

“El poema se construye con certezas irreconciliables”, dice Aymará, no con imágenes. El poema es una herida. El horror de ser un espejo negro, de no verse, de no encontrarse, sin ternura y sin amor, es la condena de la escritura, es el desarraigado innombrando. Nombrar ese espacio desgarrado de orfandad es tan imposible como vivir, entonces, el poema enseña su rostro de ceniza, su definitivo rencor que no miente, sus uñas, su carne y su hueso, su barro resonante, su llaga, su muerte. Ya bien decía Wallace Stevens: “El lenguaje es un ojo”.

Ante la imposibilidad de hacer justicia con la propia mano se nos muere algo en el rostro que nos impide vernos con verdad. Las palabras no alcanzan para ser martirizadas –como en *Trilce*

31 “Castigo o soledad”, página 217 de la presente edición.

desde su desarticulación inmanente en la invención arbitraria de neologismos— si no alcanzan su cenit en el clamor dirigido de golpe en golpe contra la nada en un lenguaje desprovisto de giros estilísticos complejos, de allí su distancia radical con la poesía venezolana de esa época sumergida en una búsqueda de reinvenCIÓN y depuración del lenguaje; ya que en su insuficiencia lírica de significación aparente, como en su desolada exposición idiomática por lograr la desnudez del último rostro, roza los *vocablos iracundos*, alarido que diría cualquier hombre común que sufre, dice el poeta: “el hombre de ciudad, el carpintero, por ejemplo”. La cercanía con el hombre de carne y hueso desde su lenguaje se logra a través de lo que hemos llamado *escritura física*, los mapas lingüísticos del dolor. Entonces hablaríamos de un lenguaje que es coherente con la agonía y su imposibilidad de expresión, aunque ciertos versos lleguen al patetismo e imágenes menores en refugencia revelen su urgencia de denuncia, es su sinceridad la ingenuidad lacerada del que no se ve y apenas alcanza a gritar desde el fondo.

La soledad del estruendo es nuestra incomprendición, la desdicha de ser en sí lo último, un yo anónimo que persiste con su muerte y su ausencia frente a las cosas que alguna vez fueron amadas, frente a la otra muerte que lo acecha desde más allá de la ternura transitable. El estruendo mudo de Vallejo es traducido en su lenguaje sin ripios, frontal y claro como un cuchillo; el sí mismo reventado más allá de la miseria, la pasión de no verse y no encontrar consuelo ni en Dios ni en la amada ni en nadie. La fidelidad del infierno, la condena como salvación, la imposibilidad de salvarse es, en su humilde ceniza, el porvenir del Hombre, el hombre que nació de su muerte más cercana, que nació para morir otra vez entre las cosas, entre la multitud, entre los libros, entre los papeles, entre toda la verdad que ya no es verdad para la sombra del hombre anónimo que agoniza en las ciudades, perdido, único, hurgando en

la basura de su humanidad lo que queda, el residuo, el átomo, lo ínfimo, la “luminosa miseria”: la esperanza.

DANIEL ARELLA
EL VALLE, 11 DE SEPTIEMBRE DE 2014.

MUNDO ESCUCHADO
(1956)

La eternidad, el hombre

Entre la noche súbita
y el mar,
entre dos gritos naufragos
batidos por la sombra de los acantilados,
entre un muro de amor que derrumbamos
a fuerza de horadar su cal con lágrimas
y una pared de odio que se nos cae sobre la ternura,
con las manos transidas
de esa orfandad que dejan flotando las palabras
la intemperie de las desolaciones,
caminamos al fondo de nuestra memoria,
vemos caer sobre la tierra inerme
nuestra humana estatura, destruyéndonos,
nuestros humanos ojos,
consumiéndonos
nuestros pasos atónitos, tenazmente olvidados, persiguiéndonos.

Hay un sordo rumor que desgarra el espacio
y siega la canción de los labriegos
en los surcos inermes.
Hay una voz herida sobre el campo arrasado.
Hay tantos hombres solos con la muerte.
Tantas mujeres atisbando detrás de las ventanas
el rostro hermoso y triste de su amor que regresa.

(Las ciudades quedaron
atrás, entre la niebla sepultadas.
Los caminos huyeron lejos de las aldeas
y en la puerta de cada casa había
un niño abandonado contemplando la muerte de los ángeles).

Sin embargo, aún nos queda
una mirada ilesa,
una profunda luz entre las venas,
para instalar el alba
en cada sitio amado,
en cada espiga, junto a cada muro,
junto a cada dolor o piedra, en cada labio
terrestre y dulce
y en los árboles hondos
como la noche misma que resbala por ellos.

Aún nos queda una brizna
de voz, un aire trémulo
de gozo en la garganta,
porque estamos doblados hasta los cabellos
sobre la piel morena de los campos,
rodeados de invisibles gestos amorosos,
de seres que nos llaman y responden.

Sin embargo, aún nos queda en la voz
un gozo trémulo
para cantar la hermosa presencia de la tierra
fecunda y nutrita por el hombre
edificada en sombras por el hombre
y por el hombre alzada
en cenizas y lágrimas y arcilla de esperanza,
en pura sangre suya construida.

Ya para qué la muerte viene a talar de golpe
la luz cordial, herida de un dulce sobresalto,
con que una tarde alegre descubrimos el mundo,
si en cada surco abierto
nuestras manos sembraron una canción, un gesto
de amor, una actitud de compañero,

la certidumbre hermosa de la espiga,
del fruto
que ha de brotar un día sobre toda la tierra.

Ya para qué la muerte.

Si un día volveremos a morar en la tierra,
transfigurados, confundidos,
en la carne y el sueño de un hijo interminable
o en el rumor eterno
de la espiga o del árbol
que ha de subir gozoso desde nuestra ceniza.

Poema o soledad

Para llevar el alma hasta sus estratos más profundos,
hasta la llama última en que se quema
permanentemente,
basta empapar los ojos un poco en el recuerdo
en la noche sin lámparas o en la soledad
en el amor
que es como la soledad, el recuerdo o la noche
cuando caen de súbito sobre los párpados.

Basta cerrar los ojos
todavía mojados en su luz subterránea
y abrirlas a un espacio de cenizas y lágrimas.

Basta oír a distancia
el rumor olvidado
de una edad sumergida en la sangre,
a cuya ardiente sombra
cuerpos llenos de amor deshabitaron
los sueños que una tarde quedaron para siempre sin nadie.

Para llevar el alma hasta la raíz
de su oscura agonía,
basta atender los brazos como nubes o lámparas
a ese espacio en que alguien
ya no espera
ni una palabra
de esas que abren de pronto un mundo nuevo.

Poética

Tus ojos con un ruido de olas
sepultado adentro,
con un cielo precipitado
de paloma muriéndose olvidada
sobre el último alero del mundo;
tus ojos de navío en zozobra,
revelados de golpe
como ciertos gritos anónimos en la madrugada,
se escapan de sus órbitas,
caen de ti, que solo permaneces
con el oído, el tacto, los cabellos,
olorosos a brizna y estériles recuerdos,
alargados en aire, en humo ardiente,
llama a llama abrasando esa atmósfera de lloradas aldeas
que circula en tu voz
cuando sueltas las manos de tus oraciones.

Dispersa tu mirada con sus enredaderas
y sus ríos desmesurados.
Deja que fluya entera como los bosques en el agua.

Libérate corriendo fuera de tus párpados,
encima de los seres que rodeas tenazmente.
Eres único y cierto, y eso basta.
Eso basta para que encierres en tus brazos
ese espacio de amor cotidiano que te pertenece.
Hablas como tú mismo.
Al fondo de tu pecho preparas tu voz desorbitada.

Escucha tus pasos atónitos
cruzándote las venas,
andando en la noche que brota de tu cuerpo.
Tus pasos buscando el instante
que te espera escondido en la fiera penumbra
que invade las alcobas
donde los desconocidos
se despiden un poco de sí mismos.
Tus pasos buscando el instante de tu muerte.
El día de tu muerte escondido en su lecho de
piedra.

Acerca el oído a la lenta colmena de los días.
Detrás de tus palabras escuchas crecer los horizontes,
los dulces campanarios que escalan
el musgo de los años,
el pávido latido que cae de tu pecho
incendiando el espacio que se ahonda en tu sien.
Alzas tu voz henchida de oscuras tempestades.
Te escuchas a ti mismo y te vuelves
a tu sitio de origen.
Allí donde te mueres sordamente.

Poema del retorno

A cada instante vuelves a mí transfigurada
—brisa, suspiro, lumbre,
renovada presencia—
dulce viajera experta
por las rutas del aire,
solamente tú sabes el camino del sueño.

En tus brazos de niebla
se adelgaza la tarde
y hay un vuelo indecible de palomas
en fuga
paralizado en tus largos ojos ausentes.

Puedo esperarte ahora
para siempre, tranquilo.
Nadie podrá llevarte las doradas espigas
de tus miradas remotísimas.

La tarde tristemente
se diluye en el aire
y en la noche que torna de la ausencia,
habitada
de rumores, y sombra, tu recuerdo infinito,
a fuerza de dulzura y distancia
corta la luz de las violetas y la frente que te ama.

Elegía de la voz deshabitada

Siento mi voz viajando por submares de llanto
y me vuelvo a mí mismo
cada vez más lejano.

Me asedia el estupor de la noche que horada
con sus lentas espadas
el costado del día.

Soy un campo crecido de insaciadas raíces
donde la muerte labra
los minutos inermes.

Arcilla atribulada.
Sollozante materia.
Grito herido rodando sobre el surco del tiempo.
Por mis hombros resbalan cabelleras oscuras.

Miro en torno
y los ojos
ni una imagen recuerdan.

Qué rumor sumergido de incendiados navíos
asciende por mis venas,
más allá de mi sangre!

Qué soledad de todas las aldeas vacías,
sin corazón de llamas ni marea de sombra!
Con el ciego clamor.

La encendida verdad

Alucinado.

Ciego
como un hombre en desvelo,
perdido entre las luces de un pueblo
abandonado,
deshabitando imágenes al fondo
de los ojos,
huyendo tenazmente
desde todos los sitios del olvido,
voy hacia donde nadie podrá medir los ámbitos
de la voz con que canto,
desde un país sin nombre
rodeado de vastas soledades
hasta la sumergida ceniza de mi sangre.

Cuando lleguen
los últimos navíos del atardecer
y las manos de las mujeres se alcen
como una oración de jazmines unánimes,
encendiéndo la luz de los recuerdos
junto a las ventanas,
desandaré mis pasos,
mis miradas oscuras,
mi soledad también debajo de las lámparas.

Por todos los caminos buscaré su presencia,
porque estarán dispersos
por todas las esferas
su infinito latido, su desatada fuerza,
sus brazos desolados llenando el universo.

Con qué vigor, entonces,
la vida por mis venas soltará su galope
delirante
de llamas
y llenará mi pecho de profundos luceros,
para que suba el alba
sangrando hasta los labios!

Con qué voz derramada de los labios,
con qué alta melodía en la voz
hablaré por el hombre,
por un ser sacudido de misterio
y asombro,
por su sombra extendida largamente en la tierra!

Ahora,
como un árbol talado,
como una voz ardiendo,
total, abandonado sobre el campo,
cae sobre mi vida
la encendida verdad de mi destino.

Nutro el fuego que se alza poderoso
de la muerte constante.
Me revelo en el hombre
—labriego, marinero,
obrero con el himno de la fragua
en el pecho—
doblado por el peso de tanta eternidad
arrojada a sus hombros.

Entre la luz incontenible
que brota sin medida,

de mi verdad,
nuestra verdad,
y el mundo,
hace saltar estrellas mi corazón efímero.
Mi corazón que os habla de una luz profundísima.

Nocturno de la soledad y la esperanza

Cuando marchamos en la noche
como si buscáramos
algo perdido
y nos vemos de súbito vagando sin objeto,
sembrando tristemente
sobre la tierra estéril nuestros pasos
vacíos,
entonces, el silencio,
la soledad que tiembla entre las hojas,
caen sobre nuestros cabellos y resbalan
por nuestro ser –oh pávido latido,
oh desvelado fuego de nostalgia en las venas–
mientras sobre la arena se desbordan
nuestras sombras desnudas
y sentimos en torno de nosotros la muerte impenetrable
deshabitando imágenes, sitios, horas perdidas.

Con los brazos colmados de esas luces errantes,
solitarias,
escapadas del fondo de remotas ciudades
donde un día dejamos un poco
de ternura olvidada,
nos hallará como antes,
erguidos en la niebla,
la aurora que se acerca por las altas colinas
de puntillas, descalza entre el rocío,
para no arrebatarnos ese resto de sueño que nos queda.

Los que andamos en medio de la noche sin lámparas,
sin la presión alada

del amor en las manos,
ciega ansiedad girando bajo la inmensidad,
los que podemos escuchar sobre la hierba
húmeda
ese ruido que hacen las lágrimas
detrás de las paredes,
sabemos por qué, a veces, las palabras
se desnudan en gritos,
por qué hay tanto dolor en la tierra
sepultado en el pecho, desterrado del canto,
por qué mueren los ríos,
en los ojos oscuros de los hombres.

Hemos volcado todo el corazón
desmesuradamente
sobre el pecho recóndito del mundo.
Convivimos con lento marineros
y labriegos huraños
en cuya voz mojada de matinales lluvias
la ternura del campo maduraba.
Cruzamos con alegres vagabundos
por caminos y aldeas.
Compartimos la noche con los desheredados.
Sorprendimos el alba en las ventanas
de las casas humildes
y atardecimos con los pescadores
a la orilla del mar y sus asombros,
sobre la tierra,
en plenitud de amor y entre los hombres,
hemos volcado todo el corazón.

Salmo del hombre y su destino

Desde aquí, desde el fondo de la alcoba donde yerran mis brazos,
mis pisadas oscuras,
mi soledad de ceniza sin lágrimas,
mis ojos interminables, ebrios,
consumiendo sus últimas hogueras en la noche,
desde aquí, donde te hablo con palabras
cordiales,
puedo escuchar el eco de tus pasos,
la voz de las pequeñas criaturas que saludan
tu profunda actitud,
ese rumor tristísimo del aire en tus cabellos
cuando, fuera de ti,
junto al sereno corazón de los árboles,
marchas bajo la sombra
de los astros
con un himno de amor sepultado en el pecho.
Crece la soledad sobre la tierra,
sobre el espacio herido por tus pies solitarios.

Miras en torno tuyo la opulencia de los campos desnudos
donde cada mañana el rocío
enciende sus pequeños luceros repetidos
y tus ojos abrazan a los hábitos,
ruedan
sobre la dura tierra donde van a morir.
Pero escucha un instante la escondida del mundo.

Todos los seres, todas las cosas
en desvelo
cerca de ti palpitan con tu propio latido.

Si acercan el costado hacia el lado del viento,
a la encendida memoria atmósfera que circunda tu frente,
tus palabras,
tu gesto de marino en naufragio,
escucharás el pulso de Dios entre las hojas,
su claro poderío
restaurando la savia
que brotó de las venas de todas las espigas
degolladas
su aliento propagándose en el alba,
en el mar, la noche que emerge de los sitios
donde posas tu cálida mirada irreparable.

Para ti, que conoces
ese secreto idioma
que no entienden los hombres cuando, ciegos,
se alejan de sí mismos
y destruyen los campos
y horadan el hermoso silencio de la noche
y perturban el sueño de los niños
y sorprenden el alba instalando la muerte,
sembrando sus oscuras banderas de exterminio
allí donde los surcos esperaban
el don de la semilla;
para ti, todavía los árboles frutecen
y las noches maduran
y los ríos
se abrazan a la tierra,
y para ti, que entiendes su colmada ternura
la vida nace igual cada mañana.

Acércate a la dulce substancia de las cosas
que te rodean y ponles tu infinita

certidumbre de amor,
y te hallarás en ellas habitándolas
y nutriendo su entraña, su recóndita luz,
con tu profundo ser multiplicado.

¿No escuchas, ahora mismo,
la voz menuda de la hierba
que fluye mansamente?

¿No escuchas la oración de la llovizna,
el palpitar oculto de las flores
y la lengua del agua?

La vida está naciendo poderosa
alrededor de ti cada minuto.

No estás solo en la noche.

Óyeme junto a ti, junto a tus pasos.

Hombro con hombro marcho
contigo, compañero.

Marino, pon tu oído junto a los altos mástiles
y escucharás la música del mar y sus navíos.

Acércate, labriego, a tus espigas,
a tu colmado mundo de harinas y dulzura.

Yo necesito amigos,
compañeros, hermanos.

Yo, como tú, conozco los racimos de sombra,
las raíces oscuras
de la desesperanza,
la noche que se cae en nuestros hombros
como un árbol desnudamente solo talado sobre el campo,
como nosotros mismos nos caemos
sobre el musgo perenne del olvido,
como nosotros mismos
nos caemos
en el amor, al fondo de los bosques,
sobre la tierra, un día, para siempre.

CLAMOR HACIA LA LUZ
(1959)

Invitación al canto

Así cantemos la certeza
de vivir
con los brazos en alto
y con la frente limpia bajo los soles de verano
la fuerza de la tierra nos infunde su oscuro
poderío
como a los campos en las noches de las germinaciones.
El aire prende a nuestras células
la llama de la vida
profundamente. El aire cuyo cuerpo aspiramos
para sentir el pulso de los astros y el aroma terrestre.

Así cantemos: con el corazón colmado de árboles,
madrugadas, rocío.
De pie sobre los pastos verdes y la lumbre del agua,
junto a los animales que habitan en los montes
y retozan felices,
ebrio del suave olor de las resinas
que las brisas expanden.

El día fluye lento,
sosegado,
purísimo,
sobre nosotros, fluye como una miel dorada.
Lo amamos en su túnica de luz y en sus ojas
de violeta cegada por su propio reflejo.

Así cantemos desde el alba
hasta la noche primitiva y hermosa
con vegetales arpas

y voces cuyo rastro no olvidan los más largos caminos
y con amor
como se da la espiga a la mañana.

Las nubes pasan, altas,
el mar, los días ávidos.
Nosotros somos tierra pasajera y cautiva
y atados a la tierra transcurrimos
de llama en llama, ciegos,
y perdidos.

Hay olas de pavor, hay todavía
destrucciones y llanto.
Hay puertas que se cierran implacables
y mendigos de pie bajo la lluvia.

Así cantemos, sin embargo,
erguidos sobre el puro corazón de la vida:
con todo el ser gozoso
de cumplir su destino
junto al dolor y junto a la esperanza.

Así cantemos sin cesar. Mañana
conquistarán los hombres lejanísimos astros
y sembrarán ciudades y caminos
en sus calladas extensiones y otros mares serán
cruzados por navíos y canciones.

Así cantemos sin cesar
mañana,
cuando la muerte llegue, nos hallará cantando.

Esto somos: El Hombre

Este hombre tiene un corazón de ceniza
tristísima.

Un corazón de estopa
silenciosa y amarga.

Un vano corazón, algo que muere y muere
noche a noche,
terriblemente solo, como el mar,
como un hombre
frente al mar y su sombra.

Los que a su lado pasan son los hombres que llevan
sobre las sienes que el verano enciende
el signo de los ungidos
y el resplandor de los himnos triunfales.
Pero no tocan sus orillas,
nunca,
no tocan su silencio,
no llegan nunca a interpretar sus símbolos,
no pueden ver la llama que se alza del fondo
del rumoroso corazón de este hombre.

De este hombre que vive alrededor
y al fondo de nosotros, en desvelo.
(El huracán golpea
su corazón de estopa triste, alegre).
Vedlo terriblemente solo
como una estatua en la mitad de un bosque.
(De tanto ver el mar se fue quedando ciego.
De tanto ver el mar).

Este hombre que somos
en lo más hondo de nosotros
tiene la voz herida por secretas ortigas
y los brazos colmados
del vacío del mundo.

Este hombre que somos
de la sangre a los sueños,
del silencio a la carne, de la pena a los huesos.
Este que nos señala desde dentro,
que busca su olvidado corazón por las calles,
que un día, en fin, sin una sola espada
ni una sola pregunta,
ha de vencer la muerte.

Este hombre somos. ¿Quiénes
dirán su herida voz o desamparo?
¿Quiénes de nosotros
dirán su misma voz,
pero con otra llama y otra sed y otra historia
sangrante?

Este hombre somos. Vámonos
tras su sombra, sigamos su destino hechizado
por una calle larga
de la tarde, por una calle sola
del invierno, entre nubes
que bajan a beber soledad en sus ojos.

Mariposas oscuras, sus pisadas lo llevan
¿hacia dónde?
Alguien llama en la sombra.
Alguien sigue sus pasos
hacia mustios faroles
que sangrando apuntalan sobre nieblas la noche.

Hacia el mar, hacia nunca,
remotísima huella, corazón, llama viva.
Ciega espada de llanto.

Este hombre que somos
sin saberlo, tan frágil,
tan efímero y solo,
tan silencio, tan polvo, tan mortal pesadumbre,
y sin embargo poderoso como los dioses
y como la ternura en el corazón de los humildes.

Cántico para el hermano

Hermano, hermano, escúchame
en tu asilo terrestre,
en tu noche más alta,
en tu más defendida esperanza.

Tu barro soy, te grito.
Soy tu lengua: No importa que la muerte
ande mañana cerca.

Aquí, detrás del nombre,
está tu hermano. Escúchalo.
Más allá de la carne,
más lejos todavía del agrio desamparo
y la solemne
y miserable estatua en que me erijo
y caigo cada día.

Es cierto que el olvido
vendrá mañana.
Ahora
la alegría rebosa inmensamente
de nuestros corazones victoriosos.

¿Qué importa el latigazo
del mal que no perdona,
si todavía hay gentes con luz dentro del pecho
y campos y ciudades
por donde el hombre deja sus pasos olvidados?

¿Qué importa que la muerte
venga mañana y queden nuestros cuerpos sin nadie,
si ahora somos llama,
clamor,
himno de júbilo,
y una sola, una larga claridad por las venas?
Hermano:
soy tu hermano.
Tú y yo somos el barro y la esperanza.

Origen y elegía

De átomos, de vulnerables, de tristísimos
átomos,
de la misma materia o sombra,
casi de aire estamos hechos
de átomos, de movimiento solo o de alarido,
los hombres y las piedras
y el vegetal asombro de la espiga que se alza
poderosa.

De átomos, de espacio y tiempo, de átomos
estamos construidos
el mar con sus moluscos y sus algas,
la ceniza,
los árboles,
nosotros.

En el clamor de la primera noche,
duro viento de angustia o sombra,
en un primitivo clamor está el origen.
El mar tiene, por eso, voz de súplica
o llanto.

Los árboles, por eso, desamparo.
Nosotros mar,
latido,
soledad.

De átomos, de vulnerables,
de tristísimos átomos estamos hechos
los hombres desde siempre.
Pero aún más, pero más todavía

los de hoy,
los que andamos perdidos
en la implacable noche de esta edad.

De átomos. De vulnerables átomos.
De puro movimiento
y eternidad estamos hechos.
Como el amor, indestructibles,
y fuertes como la certidumbre
de Dios en la noche del hombre.

Canción

Aquel mar, lo recuerdo,
aquel amado mar:
su largo beso,
sus cabellos como una cascada de música
salobre,
el aire que vagaba por sus hombros,
la ternura o la luz
que en el verano
de su frente volaban.

Aquel mar, su nocturna agonía,
sus ojos incessantes,
su oleaje de sueños,
su dulcísima flora.
Lo recuerdo, rodeándome
total, interminable,
oh mar ya solo mío
y de mi sombra que pasó por sus olas
llorando.

Aquel amado mar.
¿No volveré a su orilla commovida,
a su sal, a su lumbre?
¿No volveré a su cálido silencio,
a su sueño, a su sangre?
¿Será destino, me pregunto, el olvido?
¿Seré yo solo
el que, empieza a morir
en el amor, yo solo?

¿En vano, todo en vano?

¿En vano, será en vano
todo este afán de repartir la luz entre nosotros?

¿Este llevar el pecho abierto a la ternura
y a la verdad
y al soplo de la belleza más profunda y amada?

¿En vano este buscar desoladoramente
la puerta de la dicha?

¿Este estrechar el corazón de Dios,
sentir su vivo pulso
en la mano y la cálida unidad de los humildes?

¿Este buscar la claridad total, su invocado sosiego,
por entre túneles de corazón y ciegas llamas
para siempre?

¿Será en vano este largo camino
de la vida a la muerte,
de la muerte al amor y a la resurrección?

¿Este mirar el mundo por un instante solo
y comprenderlo para siempre y ser su imagen?

¿Este llamar las cosas por un nombre nuevo
y apreciar su tamaño solamente
por la cantidad de luz que llevan dentro?

¿En vano, todo será en vano,
y nosotros, nosotros no seremos fuego,
propagadora lumbre,
eterna vida y soplo de infinito y armonía sin fin
y mundos no perecederos, girando
en la órbita de Dios,
como si nunca hubiéramos sentido un solo latigazo del odio?

Cántico para olvidar la muerte

1

Dónde empezó tu alma a devorar ciegos espacios
a consumir el cielo y la ceniza,
a caminar por la memoria
oscuramente,
oh fuego profundísimo?

En qué nube incesante,
en qué fuego profundo de la sangre,
tu lumbre poderosa
inició el crecimiento de los ocultos gérmenes
que llevan
los que amamos: la vida
o el amor que nos llama ciegamente
o la muerte
y la frente amenazada?

2

Nada. Tu labio
nada diga a mi sombra.
Beso, sangre, poema, larga herida,
certeza
de nacer en tus sílabas y cantar en tus hombros
y ser aire debajo de tus alas perennes,
solo sentirse en los profundos ámbitos
en huesos, carne y sueño,
en lo más hondo de la vida basta!

Solo sentir tu lenta quemadura.
Tu ardida voz. (El mar que contemplamos
no fuera turbadora violencia
o inmensidad sin ti.
La noche, sin tu halo de misterio y asombro,
no fuera noche, simplemente,
o cálido silencio).

Toda la tierra tiene sobre su cuerpo el signo
de ti misma,
el dominio del hombre
la perdurable huella de la luz sobre el barro
y la profundidad de las raíces,
solo por ti, primera claridad
sobre la frente,
sobre el mundo que vigilan los astros,
oh largo soplo que la vida
infundes,
oh circundante llama!

3

Pequeños somos. De materia frágil
estamos hechos.
De metales livianos.

Pequeño miedo somos en la noche.
Muerte llevamos dentro.

Somos la sombra, apenas, que propagan los cuerpos.
Llevamos sangre o llanto por los túneles
oscuros de las venas.

4

Pero tu lumbre llega
y amanece en nosotros y, de súbito, somos
astros, luces errantes, perdurables fragmentos
de otra luz cuyo nombre
no sabemos. Al fondo de nosotros
empieza toda eternidad.

Al fondo
de este barro, este ser, este latido,
esta profunda claridad sin límites
que heredamos de todos los que fuimos
en el espacio y el tiempo
donde, ahora, no quedan
sino nuestro alarido y nuestra humana
memoria desolada.

5

Possiblemente todo lo hemos sido algún día,
en algún sitio, alguna vez lejana:
conmovida ceniza, ámbito ciego,
sangre
sobre muros y puertas
y sin embargo, cuánta lumbre ganada
para el amor y cuántas
soledades perdidas en la noche del odio!

Alguna vez lejana
lo fuimos todo, acaso: unos recuerdos,
una piedra, unos nombres,
una secreta angustia,
unos latidos corazón adentro,

una tierra que canta y una tierra que gime
y un silencio
y una última brisa de silencio.

Todo lo somos: diminuta arena
o astro distante donde nunca se escucha
el clamor de los hombres.

6

Cada minuto, cada hoja que cae,
cada latido que se aleja,
somos más de la muerte,
oh poderosa, oh siempre rescatada ternura.

(Déjame que tu nombre
diga una vez. Yo, para no morir, yo que conozco
la nada de mi nadie,
quiero decir tu canto,
quiero arder en tu lámpara,
quiero ser lumbre y vibración
profunda de tu juego
y no seré ceniza ni silencio
sino después de haber cantado
y haber sido tu lengua,
tu llama y tu temblor completamente).

El poeta

Ni revueltos cabellos.
Ni trasmundos. Ni sombra en la mirada.
Otros fueron creados
para las roñas tristes
en las casas heladas de metales y ricas
maderas que olvidaron
su origen vegetal.
Ni una rosa en los dedos
para las sonrisas de moda en la estación.
Ni arpa en las manos para cantar los
ojos dorados de las niñas.
Solo corazón para sentirse humano
y ser lengua del tiempo
y voz del hombre.

Las paredes

Entre las cuatro duras paredes donde siempre
me esperan
mis papeles, mis libros,
mi álbum de recuerdos,
rostros amados que me miran fijamente,
cuando, a veces, lo abro
para ser un poco
lo que he sido: alto júbilo o sueño
sin regreso;
entre los cuatro muros que golpean mi voz,
mi sombra pávida,
mi espacio de agonía de donde fluyen días,
noches,
días tan negros como noches sin lágrimas,
noches tan blancas como días sin nadie;
entre la sorda cal, entre, las cuatro
paredes implacables
que caen sobre mí constantemente,
ya no puedo con esta
silenciosa contienda,
no puedo ya con esta quemadura en la frente,
con este duro viento que me dobla los ojos,
ya no puedo con esta luz amarga,
con esta soledad, con este hondo
desamparo que hay
entre las cuatro
paredes donde mueren mis palabras conmigo.

Poema

Como el espacio y el tiempo que conllevan
Aquellos que se mueren por dentro
en las horas de soledad y de duro silencio
no escuchado.

Como quien pasa, súbito,
sin oídos, sin párpados, por una calle larga
donde los hombres huyen de sí mismos
temerosos de una verdad o un sacrificio.

Loco pasea el hombre,
el hombre nuestro.
El que solo encontramos en ese instante mismo
en que dejamos de buscarle.
No le creáis, amigos.

Porque el labio que cae por el aire sin una quemadura
profundísima,
jamás podrá ofrecer una sola verdad
a la sed de los hombres que le escuchan.

Vedle, perdido, solo.
Pero no le escuchéis.
Si la sombra que hacen sus palabras
golpearía sin término vuestros oídos,
no quedaría nada dentro de vosotros.
Nada, sino los ídolos.

Aquellos que hace millones de años
empezaron a caer definitivamente.

Autorretrato

Un clamor, una viva quemadura
sobre la estatua de la carne
y el alma.

Una sombra en la tierra derramada,
una voz sola; una perdida llama
ardiendo sola,
una frente sin rumbo,
un caminar atónito
entre el amor y el miedo.

Una ciega ternura y un desolado viento
y un mar
y una revuelta cólera
y otra vez y otra y otra
una ternura ciega.

Esto soy. Esta voz. Esta ceniza.
Esto, no más.

Mañana
no escucharéis mis pasos en la tierra.

Clamor hacia la luz

1

El despertar

En la inminente noche de los ídolos,
después de tanta sombra caída sin rumor
sobre mis hombros y los tristes cabellos
de los hombres;
a quienes aún llamo mis hermanos
lo mismo que a los árboles, el rocío o la luz,
el fuego profundísimo y el viento poderoso
en que icé hace mil años
mi tremendo alarido
como una bandera largamente humillada;
en esta noche de los ídolos,
temeroso,
olvidado,
me despierto y me encuentro de súbito
con ciudades oscuras,
con grandes barcos como las ciudades,
con edificios, torres y crueidades alzadas
como luces punzantes
contra los ojos de los astros más desprevenidos;
me despierto y escucho
el latido metálico de los aeroplanos,
el adiós impasible de los trenes
respirando
pesadamente el grito de las máquinas
que tiñe de humo y hace cada día
más débil y pequeña
la voz de los viajeros

entre quienes también
yo cantaba,
porque ahora no canto,
no podría,
no quiero cantar,
sino gemir interminablemente
más noble que esta noche en que abro los párpados
y miro
un mundo construido sobre acero
y hollado por las potentes máquinas
y el miedo
que galopa por campos y jardines triturándolos
y miro nuevamente
y me asombran
estas grandes ciudades sin ambición ni sueños
donde la noche se hace cada día,
y el día negro como la miseria,
estos barcos sedientos,
estos trenes diciendo ásperos adioses,
este hierro, este acero,
este metal cegante
y esta luz de mercurio, diferente,
de la amorosa aurora que ceñía
las sienes –verde helecho perenne y derrotado–
de las aldeas implacablemente
destinadas,
inermes,
a morir y olvidarse
como este mundo mío y desolado y hermoso
desde el segundo día de la muerte.

Los ídolos

En la noche,
en su mano gigante en que ídolos
y hombres
confundidos y vivos todavía los unos y los otros
y tristísimos
todos,
yo, habitante de un mundo perdido
definitivamente,
me levanto y escucho y echo a correr mis ojos
con asombro y pavor
por incendiados bosques,
por grandes calles lúgubres y frías avenidas
y muelles donde un día arribó la tristeza
y resolvió quedarse con nosotros para todo el tiempo.

Cegados aún mis ojos
por esa luz violenta que se escapa
desde todos los ángulos donde caen
amargos,
yo también quiero huir, quiero saltar los muros
del espacio y el tiempo, ante el asedio
de las falsas estatuas
que vigilan la tierra en que hace siglos
se arrodillaba el hombre
y se doblaba
lo mismo que una espiga,
hasta poner su oído sobre el musgo
para escuchar el vegetal latido
de la vida terrestre.

Me despierto en la noche
donde yacen,
después de la contienda milenaria,
barro solo de edades cuya luz ya no basta
y primitiva fuerza superada,
los dioses
en que el hombre creyó vencer un poco de su muerte
y un poco de su miedo y de su sombra
y un poco de su hermoso y tremendo desamparo
y un poco
de su antigua impotencia,
y miro en torno mío:
muerte y miedo
y un súbito aletazo de soledad y muros
que se alzan y ciegan implacables
la desolada y última esperanza.

En esta aura noche
que se nutre de todo el estupor, de todo
el llanto o sangre
desde siglos y siglos,
me despierto y escucho las ciudades, los puertos,
las aldeas crecer
con su definitivamente humano poderío.

3 El Castigo y la Muerte

Miro hacia adentro del recuerdo. Así era.
Así es todavía.
El sol lame los campos y las calles
y juega con los niños
y las mujeres dejan sus manos

en las flores que arreglan sobre el lino purísimo
donde el amor sin sombras se multiplica y se reparte.

Qué ráfaga de luz rompió los tímpanos
del mundo, así, de golpe brillantísimo
y áspero!

Confundidos
el hombre y las tinieblas
de súbito quedaron.

Qué súbita la muerte por el aire cayendo!

Qué pavorosa cabellera tronchada
por el cielo, de pronto! Qué cegante luz
sola de artificiales lunas
sobre el hombre!

Cómo el sol, casi humano, casi humana alegría,
vagaba por las calles de la ciudad
con casas y jardines,
con muchachas aéreas
canciones!

Y un segundo después, solo un instante
pequeñísimo luego,
cómo el amor, las casas,
la ternura, los árboles,
se doblaron de súbito, materia casi humana
energía que el hombre fue con sangre,
con brazos, con afán, multiplicando,
cada día,
con barro de esperanza
y largo corazón multiplicado!

Después de la tiniebla

Desde entonces la soledad se hizo estéril
 y la memoria dolorosa y punzante
 como la piel del cactus y la voz, desde entonces,
 quemadura, temblor, helado viento!

Desde entonces

tienen forma de herida la sonrisa y las flores
 y la frente el color del naufragio
 en la noche oscurísima.

Los niños olvidaron las oraciones y los sueños
 y olvidaron la infancia, desde entonces.

Desde entonces la muerte
 está más cerca de nosotros, más cerca
 de los ídolos.

La muerte, desde entonces,
 crece en la luz del trigo con cada madrugada.
 El agua suena tristemente y en su pecho los peces,
 tienen el mismo brillo de la muerte.

Ahora todos somos un poco Abel y un poco
 Caín. Pero no se oye
 la voz que rompió nubes y horizontes
 para inquirirlos por nuestra propia sangre.
 Sin embargo,
 en la manera de caer nuestras palabras
 sobre la memoria,
 algo tremadamente acusador y desolado
 nos golpea a menudo
 en el oído todavía doloroso,
 como el musgo reciente donde caen las uñas de las fieras.

En los valles abiertos,
a la orilla del mar,
en la montaña,
dentro de nosotros,
vaga la sombra solitaria y sangrante de Caín
todavía.

5

El clamor

Es necesario que clamemos
hasta ser solo voz, grito, lamento.
Es necesario que clamemos
hasta ser solo brazos unánimes.
Es necesario que clamemos interminablemente
al cielo duro y sordo.
Porque el amor no en vano se crucifica y muere
y nace luego
en cada fruto, en cada hoja menuda de hierba,
en cada día y en cada corazón.

Tengo dos brazos huérfanos
para el clamor a que me debo
sin huida ni término.
Tengo una frente consternada y una voz
vertical
para el amor o el odio a que me debo.
Tengo el día que pasa verdemente
y el azul que no pasa.
Tengo la noche a mi servicio,
la noche con sus altas cúpulas de tiniebla,
para olvidar el júbilo que no me pertenece.

Poeta de esta edad del acero y la muerte,
poeta de esta
de las plantas atómicas,
escribo con el pulso de este tiempo en que el hombre
perdió la luz guiadora
en su larga aventura terrestre.

6

La victoria

Después del cataclismo:
viento cruel que arrancó los cabellos
de todas las mujeres,
viento sordo, implacable,
llamas ciegas, voraces,
que destruyeron con idéntica furia
la madera y el hierro,
y después de la luz cegadora
que marchitó los ojos tempranos de los niños
y los ojos del hombre desolados y mudos,
todavía crecen, sin embargo,
el sol y las espigas
y los caminos llegan a las mismas aldeas
y en los aeropuertos hay adioses y lágrimas.

Es la vida que alienta innumerable
en el maíz lo mismo que en el rudo labriego.
La vida que propaga su espíritu y su fuerza
a minerales y hombres.
Son la tierra y el aire.
Son el fuego y el agua.
Y son mil seres y mil cosas que alientan
en todo lo que vemos y escuchamos

y en todo
lo que nuestros sentidos no alcanzan.

Hoy hemos aprendido
que convive el clamor de esta época
con el gozo perenne de la luz repartida.

La vida con la muerte convive estrechamente.
Convive, hoy lo sabemos,
el halcón en su altura luminosa y tranquila
con la hormiga oscurísima
que incorpora a la tierra su ignorada energía.

El hombre que ha cumplido
su profundo destino
porque oyó la voz pura de su ser en la noche,
convive con el hombre que camina sin rumbo
porque no supo oírse a sí mismo
y no supo que hay sombras, hay palabras,
hay sangre,
que es posible salvar escuchándolas.

7

Encuentro del amor

Poeta de esta larga sucesión de naufragios,
poeta de esta dura tiniebla,
de esta sorda batalla con la vida,
poeta simplemente, como los seres
que en torno mío danzan tristemente
la efímera danza
como las hojas viajan a su muerte amarilla,
exactamente como la ceniza o la lluvia

danzan unos instantes
anteriores al llanto,
para integrar esa flotante desolación de los recuerdos
cuando golpean en las noches del invierno
los dedos del viento en que alguien
ha empezado a morir.

Poeta simplemente, amo este espacio mío
donde transcurre dulce y doloroso el tiempo
que, hecho latido o sombra,
circula por los ciegos subterráneos en cuyas oquedades
—minera presurosa—
la muerte horada rojas soledades, silbando
un aire lento y ebrio de violetas insomnes.

Amo la luz, el fuego.
Amo la tierra con sus ríos tenaces
y su savia y su fuerza de hace millones de años.
Amo los anchos mares con navíos lejanos
y moluscos
y voces navegantes.
Amo, igualmente, la madera noble
compañera del hombre desde el primer asombro.

8

La salvación por la esperanza

Poeta simplemente, yo os convoco
a comprender el hondo sentido de este tiempo
en que caen
pasos humanos, pasos malheridos
y derrumbados rostros igualmente humanos.
Porque detrás del llanto,

más allá del amor derrotado,
más allá del temor y del odio,
hay todavía un alba, un largo espacio
de indomable ternura
para el amor que aún resiste
poderoso e idéntico.

Entre la noche densa de soledad,
unánime de angustia,
triste de oscuras lágrimas
y turbia de amenaza y sobresalto,
entre la noche la esperanza,
atónito, tambaleando,
herido, alguien espera;
entre la noche donde mueren las sílabas
sin alcanzar la luz de las palabras;
entre Dios y la noche, alguien está esperando.
Alguien espera, edificado en huesos,
carne o dolor o pávida ceniza o llamarada.
Alguien espera: el hombre todavía no ha muerto.

EL CORAZÓN COMO LAS NUBES
(1959)

Poema interrogante

¿Qué somos, te pregunto, mientras la noche se aleja
por tus ojos, buscándome,

qué somos sino un solo corazón que el infinito
cierra y abre como una ventana?

¿Qué somos cuando se buscan nuestros pasos
inconsolables, cuando
por dentro de nosotros se derrumban amados
rostros ciegos?

¿Qué somos sino una sola llama
y una sola ternura
y una erguida muralla de amor contra la furia
de los años voraces?

¿Qué somos frente al mar, frente a los siglos,
sino una voz herida cuya sangre
resbala desde la eternidad
como en el viento los largos cabellos
de las lluvias polares?

¿Qué somos, qué silencio quemándose, qué labio
sellado por un gesto de olvido,
por unos dedos de antigua tristeza,
por una mordedura de sombra?

¿Qué somos cuando en vano gritamos
contra los muros del tiempo, cuando en vano
extraemos del fondo del pecho
gemidos y recuerdos
y lágrimas y otras cosas que no pueden salvarnos?

¿Qué somos sino un solo corazón que el infinito cierra y abre como una ventana?

Cita del canto

1

Ahora sí, callad, oscuro viento, gemidoras aves,
humana tempestad contra las losas de los siglos en vano
golpeando.

Ahora sí, callad, negras criaturas de la noche.
Que nada turbe el curso
de la voz, hecha sangre para salvar del rencoroso tiempo
los nombres y los símbolos.

Ya se apagó la sed de las preguntas sobre la sorda arena
donde solo un oasis de llanto emergía de pronto
ante los ojos ávidos.

Fallecieron clamores hondos como las nubes,
nostalgias de otros astros, soledades, guitarras,
sombras de otros planetas,
pequeño duelo de las bestias
caídas bajo la airada red del cielo.

Ahora siembro como un árbol,
como una poderosa semilla de futuras raíces,
esta voz habituada al invierno
y a la temperatura del abismo
y al súbito zarpazo del viento en los desfiladeros
donde la muerte, silbadora, acecha.

2

Para nombrar el pan, la tierra, el hombre
con el sangrante corazón abierto al mundo que ama,

hay que llevar la lengua hasta la altura
o las profundidades del amor o la sangre,
hasta quedar en cuerpo vivo,
en llama,
desnuda,
en ardentísimas potencias.

Para nombrar los seres,
para nombrar las cosas que existen en el mundo
perecederamente,
para nombrar ese tremendo espacio de agonía
que va de la asombrada luz primera
hasta la última mirada,
es necesario despojarse de ropajes y de sueños
y bellos ecos sin profunda raigambre
en la tierra,
en los huesos.

3

Por eso los bosques, por eso las montañas como un herido
que gime abandonado,
por eso las ciudades llenas de desconocidos y de interrogantes,
por eso
las espadas,
la tiniebla,
el espanto, castigan mis vocablos.

4

Me nutro de esa oscura,
desolada hierba
que crece como un vello sobre la piel de los sepulcros.

Me embriago de ese vino siniestro
de vivir entre tantos y tantos muertos deshabitados
que pasan junto a mí con el pecho tan alto
y tan definitivamente muerto.

Me nutro de este pan amargo
y esta sombra también dolorosa
y amarga.

Me vivo, sí. Por dentro estoy viviéndome.
por dentro. Por lo más escondido
de mí mismo.
Por lo más solo, por lo más desoladoramente mío.

5

Lejos, cerca, trabaje sin descanso la muerte,
suene cuernos azules.
Yo, Dionisio Aymará,
vivo y canto y me basta todo este fuego triste
que crece día a día
debajo de mi nombre
hasta morirse.

6

Ahora,
porque vuelvo mi corazón al fondo de mí, porque me inclino
sobre mi abismo propio,
comprendo con terrible claridad, con punzante certeza,
por qué comienza mi apellido,
este que yo elegí para ponerle
a mi pena,

a mi asombro,
con ay, con este ay que nunca me abandona.

Comprendo todo. Ocupo mi sitio, mi vestido.
Sigo mi huella,
sigo mis costumbres.

De tantas ayes
acaso al fin no quede
ni el ay con que comienza mi apellido.

7

He hablado ya de mí. Pero antes os he cantado a todos:
hombre, llama a Dios,
aves,
árboles, tierra,
noche tan largamente amada como el silencio al fondo
de los ojos que se aman.

(La noche, cuerpo errante,
pasos de sombra,
azules dedos de aire,
bajo una lluvia de tristísimos vuelos
tocó a mi puerta. Abrí. Miré su rostro
y se quedó conmigo desde entonces).

Todos los días se despide
con cada nueva lumbre, con cada madrugada se despide.
Se despide y se queda.

También canté las nubes,
unas brillantes, altas,

otras bajas, oscuras,
las nubes como el corazón, siempre cambiantes.

Hasta la asustadiza violeta, hasta el gusano
que habita bajo la tierra,
hasta la pena que invisible roe,
acudieron puntuales a la cita del canto.

La muerte en los espejos

De qué llanto invisible, de qué despavoridos ojos
sin fondo,
alucinantes, de qué morados surcos, de qué gestos
pálidos de sobresalto,
de qué agudas aristas, de qué temblor, Dios mío,
de qué viva tiniebla modelamos, instante tras instante,
nuestro desnudo rostro, la piel cubierta de misterio, el pávido
destello
del dolorido tránsito,
nuestro último espacio cruzado de líneas amargas?

Escrutamos la noche, su cinerario abismo
en cuyo fondo hay ateridas sombras
y ángeles conjurados
que recuerdan oscuras rebeliones.
Escrutamos la noche en los espejos
donde empezamos a morir hace ya tantos siglos.

Miramos con asombro, con silenciosa ternura,
sobre el azogue de implacable luz muerta,
nuestro semblante, el óvalo donde la dicha
o el dolor se reflejan,
nuestro semblante, el estupor, la llama que, sin tregua
el viento largo de las noches
apaga,
mientras al fondo de las calles
se tambalean los bultos, las heladas sombras,
los trajes hace tiempo cubiertos de polvo funerario
que habitamos a veces.

La fría luna del espejo,
el agua dura, inmóvil, nos devuelven
las huyentes imágenes
que, sin embargo, habían
dejado un brillo triste en nuestros ojos,
un consternado brillo que tan hondo
nos quema la mirada.

Aquello fue lo amado, lo jamás poseído,
la súbita
revelación de la belleza
bajo la frente ciega,
desgarrándonos.

Cuántas antiguas primaveras,
cuántos hermosos rostros cuyo perfume no se olvida
pasaron,
se hundieron en la profundidad de los espejos,
en el radiante abismo donde quedaban solamente
las dolorosas memorias
flotando sin sonido, como el llanto
que resbala sin fin
por las mejillas de la noche.

No son los siglos

Los siglos –las montañas– gravitan sobre nuestras espaldas
como cadenas de recuerdos
que nos atan a un mundo cuya lumbre perdimos.

Los siglos, la marea de piedra y de silencio
caída sobre los huesos de millones de rostros
que ya ni el alba ni la luna contemplan
en la hermosa extensión de esta tierra
que amamos con callada,
con desgarradora insistencia.

Los siglos, la montaña de fechas
sepultadas
y pueblos de cadáveres
y sueños
pudriendose en los abismos de la tierra
sin huida posible.

Los siglos
son los siglos, decimos,
los que tumban paredes y torres y ciudades
y cuerpos por donde pasaron primaveras y besos,
¡y no sabemos que es el instante, el mínimo
espacio de estupor que ahora vivimos,
el que por dentro horada,
el que por dentro
nos golpea y destruye!

La súplica

Mírame, oh amada, estoy como dormido.
Despierta mi corazón, pulpa de un fruto
para los pájaros
voraces de la muerte.

Toca mis hombros con los nudillos de tus dedos
y dime:

“Te he esperado bajo las estrellas
durante tantas noches
que mis ojos se han vuelto morenos
y en su fondo
lejanamente brillan
las diminutas llamas del rocío”.

Dime algunas palabras,
dame tu aliento en ellas,
para que me sostengan erguido como un árbol
cuyas ramas se tienden
como brazos desesperados hacia ti.

Déjame en este sitio donde me quedo inmóvil,
solitario,
viajando.

Déjame aquí, donde contemplo
mis perdidas memorias,
mi luz equivocada y mis encuentros
y mi asombro de hallarme
frente a mi rostro de otros días.

Tú sabes que hay en torno mío grandes muros
alzados contra mi corazón. Tú los conoces.

Tú sabes que en vano he gritado,
llamándote.

Tú lo sabes. Tú has visto mi sombra
caminar en la noche, buscándote con sobresalto.

Mírame,
oh amada, mírame con tu profunda
inclinación hacia las cosas que amo
y que tú también amas,
recordándome.

Acércate a mi orilla, cuerpo mío,
ternura.

En ti comienza el alma.

En ti, donde mi vida apasionada empieza.

Donde me instalo,
donde me refugio.

Donde me quedo largamente para que la muerte me espere.

Batalla con la sombra

Para quedarnos al fin solos,
escrutándonos en silencio las miradas vacías,
la ceniza, el espanto,
los gestos fatigados de ocultar vanamente
la pena de recónditas uñas,
para esto, no más, hemos vivido siglos
de implacable batalla con la sombra?

Para tender los ojos
como una funeraria seda nocturna
sobre tantas imágenes caídas en el olvido,
en la muerte que ciñe bellos torsos
aún encendidos?

Para llevar la dicha o el amor en las venas,
subiendo a prometidos paraísos,
para llevar el hielo del odio
o la tristeza
pegados a los huesos,
para ganar el pan y el sueño,
los besos y las cálidas vigilias
y la noche, la noche de hondo pecho
poblado de astros y silencio,
para esto nacimos una vez y mil veces caemos
en la tierra.

No preguntemos nada. Ni la noche
profunda
ni los seres que habitan
sus grandes latitudes, podrán nunca
oír nuestra ceniza interrogante.

Por oscuras ciudades sepultadas,
por comarcas perdidas bajo el mar, hace siglos,
por caminos de largo desamparo,
buscamos nuestro ser innumerables
y hallamos solo sombras que huyen,
solo laureles muertos,
solo paredes negras
que en torno de nosotros se levantan
y nos ciegan de golpe y nos detienen.

Después de todo, hay encendidas huellas,
sobresaltos, vestigios,
de un escondido llanto
que llevamos por dentro
y cuyas gotas de amarilla luz muerta,
cuando caen,
carcomen, como un ácido desgarrador, el alma.

Después de todo lo vivido,
de todo lo perdido y adorado,
nos quedamos aquí, bajo la noche,
inmóviles,
erguidos tristemente sobre nuestros huesos,
sobre nuestra armadura de cal y soledad.
Después de todo, nos quedamos
silenciosos e inermes bajo el cielo.

Viene el amor, cantemos

Vienen los días y se van
como nosotros. Vienen jubilosos
y se van fatigados,
también como nosotros.

Viene el amor y crecen
alas en nuestros hombros.
Vienen la claridad y la ternura.
Viene también el odio.
Vienen las lágrimas y los laureles.

Acaso llega todo.
Y tanta vida y tanta piel gastadas
para quedarnos solos.

Vienen los días y se van
y no hay espera ni sosiego en torno.
Solo una lucha silenciosa y recóndita
con nosotros, al fondo.

Vienen las noches y se van
y se llevan los rostros,
las brillantes corolas,
el efímero lodo.

Viene el olvido y no se va ya nunca:
se queda con nosotros.
¡Cantemos, que la muerte está más cerca,
pero el amor más hondo!

Palabras, tal vez

De palabras, tal vez, de diminutas voces
y de largos silencios
llenamos nuestra vida.

De palabras, de múltiples palabras
y de lo que nos queda
después de las palabras.

Lo que nos queda solamente:
la soledad que somos y los gestos,
las consternadas sombras, los caminos,
las venas
por donde vamos, ciegos, hacia el mar o la muerte.

No hay tregua ni evasiones.
Cadenas de palabras nos atan y quedamos
inerme, sometidos a hierro y desventura.
Palabras: muro, olvido,
ceniza, nos rodean.

Buscamos las imágenes en cada voz oída.
No hay formas ni colores
ni corazón adentro.
Solo el silencio puede
llenar todo el vacío,
solo su innumerable labio puede
llenar, tiempo y espacio y soledades.

Decimos: “La luz crece
donde el amor vigila”

y todavía sembramos el odio, todavía
hay seres que deambulan bajo el invierno,
hay seres
que olvidamos al fondo de las noches
donde ni un solo corazón acompaña y sosiega.

Decimos a menudo: "La primavera viene"
y están los campos verdes
y se visten de lumbre y hojas nuevas
y las ramas se inclinan bajo el peso de canciones
y frutos,
y todavía hay gente sin una casa,
sola,
y sin hermanos, sola,
ya sola para siempre en la tierra.

Nos duelen las palabras.
Su látigo golpea la carne y la ceniza.
Sus ácidos nos gastan los ojos
y se llevan
todo esplendor. Su duro golpe helado,
su puño de tiniebla
nos castigan.
Su aguda, su desoladora espada nos penetra.

Y somos este cuerpo
y estos brazos que ya a nadie convocan
y esta sangre que clama ciegamente y perece
y esta desgarradora herida
y esta muerte
que amamos como a una mujer dolorosa y leal.

Una gran voz airada

Para oponer al viento, a la embestida de las noches
más lúgubres,
teníamos una voz convocadora y cálida, una voz que rasgaba
la tiniebla, el espeso silencio,
el torvo vuelo del invierno.

Para oponer al agrio olvido,
a la amenaza de estar solos de pronto,
teníamos una voz llena de abrazos y raíces,
una gran voz airada
cuyo clamor aún arde, profundísimo,
aún arde en la memoria como llama o castigo.

A fuerza de buscarnos en el corazón de las palabras,
de buscarnos al fondo de los seres,
al fondo de las cosas que ocupaban sus sitios exactos,
había crecido en nuestra voz
ese ademán profético que hace hermosa y terrible
la mirada sin ojos de los ciegos.

Cantábamos.
El mundo resonaba en nuestro canto.
Resonaban los astros, la noche, las ciudades,
el mar,
el milenario tránsito del hombre desposeído y solo.

Cantábamos. En torno nadie oía nuestro latido unánime
ni el miedo de la muerte ni la desesperada
soledad que agitaba,
desde las trémulas raíces

hasta las ramas sumergidas en el agua del cielo,
hasta la voz de sangrantes abismos,
de planetario desamparado.

Ahora somos solamente el silencio que resbala
por el aire,
después de la pregunta
y de la sed.

Ahora,
junto a la luz de las batallas hace tiempo perdidas.

Preparación para la muerte

Si decimos que el mar es menos hondo y poderoso
que el corazón cuando el amor castiga o besa
su commovida entraña,
es porque estamos cerca de la luz como nunca,
porque nos levantamos desde la miserable vestidura
de polvo
que nos ata a mortales designios
y atónitas vigilias.

Hay noches en que oímos caer muros,
derrumbarse los hombres en sus lechos, romperse
la tiniebla,
para que fluya en el espacio
el movimiento del alma
con más profunda fuerza, con amorosa plenitud,
con ese ritmo de universo que lleva
todo el ser cuando canta y se libera.

Es verdad que a menudo nos asomamos
al espejo del aire
donde la eternidad y las imágenes más puras se reflejan
y nos vemos mudables como las estaciones que recorren
la tierra
y nos vemos pequeños y perecederos,
débil fulgor de llanto,
débil fulgor del llanto,
sepultado clamor que se pierde bajo la madrugada:

Es verdad que ocultamos nuestro rostro de siglos
bajo los nombres que se quedan un día

tapándonos la luz
y sin embargo, ¿olvidaremos campos y ciudades,
ríos y campanarios
y besos y ceniza que amamos
de pronto y para siempre?

¿Se quedarán los bosques, las aldeas,
la noche, allá, a lo lejos,
como si nadie hubiera muerto,
nadie sobre la tierra?
¿Todo lo que cantamos se quedará en su sitio,
imperturbable y mudo?

No, no es siempre el olvido,
lo que tememos con mayor sobresalto.
Es este quedar ciegos de golpe,
quedar definitivamente solos,
sordos a la ternura y a las convocaciones
del amor y a las cálidas voces
con que invisibles seres nos llaman y requieren.

Tal vez morir no sea sino cerrar los ojos
y despertar en un mundo más claro.
Tal vez decir adiós es solo abrir caminos,
conocer dimensiones más profundas, llenarnos
de distancia.
Porque la vida es solo sombras,
imágenes que se van y no vuelven.

Y vivir no es sino prepararnos
para que alcancen nuestros brazos
esa orilla distante donde ya no hay preguntas.

HORARIO DE VIGILIA
(1960)

Vigilia

Mientras tú duermes
mientras tú olvidas en tu lecho profundo
en tu sosiego de hombre que ha ganado
con limpio corazón la batalla
de vivir diariamente
mientras tú duermes justo con el rostro
bañado por la majestad de la noble ternura
hay alguien que se pudre
en la alta noche donde Dios ya no reina
hay alguien que se dobla
bajo el peso de su condición miserable
hay alguien con un ay con una llaga con una garganta
manando sangre
hay alguien que se destruye
minuto a minuto
con la piel con los huesos con las uñas moradas
inerme.

Yo extraviado en los laberintos de la noche
yo ciego
yo herido mortalmente tristísimo como un reptil
me arrastro
como un ebrio que ha perdido las llaves
me quedo con la lluvia tambaleándome
mirándome las manos
vacías como nunca.
Yo apenado con una gran vergüenza de mirarme
en mis actos
en mis desoladas circunstancias
en mi terrible forma de gusano aplastado

muriéndome
sudando un pus verde conociendo
mi nada y mi camino
negro
mi camino que no termina sino en un hoyo
negro
sino en unos centímetros de tierra llena de tablas
negras.

Ah y estos ojos míos
qué pueden contra las mariposas del invierno
qué pueden
contra tantos espectros que desprenden
sus pobres retinas
ya definitivamente cansadas de ver el mundo sin tregua
pasar con unos gestos agrios
con una cara amarga con mil caras que el aire
contamina de espesa muerte y sombras laceradas.

Ah y estas manos mías
que escriben palabras y palabras
y siempre ásperas palabras
mientras tú duermes en tu inocente calma
en tu pureza de hombre que ha luchado lealmente.

Ah
y estos brazos míos que dan vueltas
en vano
y esta cabeza mía que mañana
se quedará vacía
después de la labor de los diminutos
y sin embargo implacables obreros de la muerte.
Mientras tú duermes sin temor ni amargura

y caen afuera el agua o las remotas
lágrimas
yo soy el que huye despavorido
debajo de los pinos
yo soy el que ha perdido la esperanza el que ha dado
su corazón a las tinieblas
el que ha entregado su alma
a los caídos ángeles de la angustia
el que anda solo
el que se aleja solo
con el iracundo pecho poblado de alimañas
yo soy el que marcha como un príncipe destronado
sin refugio sin lumbre
confundido con los mendigos pero más doloroso
más miserable que ellos
porque llevo en el ser en su más hondo abismo
grandes llagas ocultas
fieras uñas que se hunden bajo la carne.

Sí
mientras tú duermes en tu sosiego
que nadie perturba
yo soy el que se muere
sin una sola súplica
yo soy el que golpea como un loco las puertas
y huye y mira a los lejos
que le guiñan los ojos y le burlan.

Entonces
qué certera estocada
profunda sobre el pecho.
Qué larga herida de la piel hacia dentro.
¡Qué negra desgarradura en un lugar del alma!

Palabras y palabras

Sobre el papel
palabras
y palabras.

A veces salen de mi pluma
oscuros símbolos
goteantes olvidos corolas muertas
sombras.

Hay a menudo sangres
palpitaciones tierra
en mis palabras.

Sin embargo
la noche sabe qué canciones escribo
sobre la mano azul del aire.
La noche oye mis pasos
cuando camina entre los árboles mi corazón alucinado.

Como quien mira su semblante
en un espejo
y se halla de súbito frente a su enigma,
así me reconozco en mis palabras.

Invado con mis brazos
con mi clamor de solitaria criatura
terrestre
la alcoba donde en vano
quiero empezar cada mañana
una vida distinta

donde en vano
me sacudo el polvo
la prematura ceniza del tiempo
el desgano
los sueños.

En vano.
Siempre en vano mi querer obstinado.
Sobre el papel
palabras
y palabras.

Humano poderío

1

La fuerza original

En aquel tiempo eran los hombres todavía poderosos
y puros como el fuego y el agua
que se levantan en el alba sobre los grandes bosques
tañedores de verdes guitarras.

Todavía reinaba en los habitantes de la tierra
el sentido de la justicia.
Ni el desamparo ni la angustia habían tomado
los corazones por asalto armados de sombrías espadas.

Todos sabían convivir bajo la noche.
Los hombres ocupaban sus campos sus dominios
las mujeres hilaban el lino de los sueños
y los tranquilos animales andaban
en libertad por las montañas.

No habían aparecido ni el sacrificio ni la soledad
en las ciudades populosas.

No había hambre y sed ni obligadas tinieblas
horadando la piel y las raíces de los seres.

2

Dominio perdurable

Ahora en cada piedra o sombra limada por los siglos
reconocemos nuestros rostros sin violencia ni azoro

hechos ya polvo eterno
cal sosegada que la noche no turba con sus lágrimas.

Sobre esta arquitectura de huesos sostenemos la magia
de milenarios sueños
alzados limpiamente
como una espada en las manos de un héroe.

En todo nos hallamos profundos y veraces.
Crecemos con la hierba
con el alba
con altas voces
poseemos la tierra con ásperos y amorosos labriegos.

Nuestro latido todo lo penetra y lo establece
como una luz ordenadora en el caos de los símbolos.

Si pasados mil años alguien volviera
todavía
sobre toda la faz de la tierra encontraría nuestro dominio.

3

La eternidad

Hacia el azul magnífico
se precipitan las señales del hombre.
Las aéreas fogatas las banderas los mástiles
las silenciosas catedrales ascienden.
Del limo oscuro
de la lívida sombra
manos insomnes levantaron ánforas y radiantes secretos
hundidos bajo la sangre
o bajo el sueño de lejanos espectros.

Crecieron las ciudades como colmenas implacables
a orillas de los ríos
porque tal vez sus habitantes
habían padecido la locura de los desiertos.

Entonces
abrieron caminos en el corazón de las montañas
porque amaban el mar que destella a lo lejos
y talaron los bosques
porque necesitaban
llenarse de eternidad en la cuenca del cielo.

Destino

Así con tierra y lágrimas
en el rostro
apareces
vestigio de los siglos vividos repentinamente
perdidos en un solo momento
en un abrir y cerrar de ojos marchitos.

Colérico ademán forma terrible de infinito
te reconozco bajo la máscara que oculta tu miseria
te miro sin rencor ni amargura
causante de mis estériles vigilias.
Me rodeas fantasma de mí mismo me pones
entre la espada
y la pared de mis días inermes.

Me azotas con tu látigo de ceniza
me tumbas sobre el cieno con tu golpe
devastador
y sin embargo
no te maldigo
porque comprendo la ultrajada ternura
que albergas en el hueco del pecho.

Así con tierra y lágrimas te contemplo
te mido hueso a hueso
palmo a palmo te llevo por la vida
te empujo hacia tu destino de serpiente o de ángel
y tú empiezas a andar súbitamente
ciego
como quien busca
el rostro del amor en la noche.

Oda al héroe en su tránsito

Bolívar: es tu humano resplandor lo que amamos.

Aquí quedaste ciego.
Te rasgaron la piel las vestiduras
las manos
los recuerdos.

Te dejaron sin una sola voz
para de nuevo levantarte y señalar sus nombres
y sus rostros tatuados por el odio.

Ocultos bajo la noche que traían
en sí mismos
cumplieron sus oscuros designios:
contra tu corazón tiraron piedras
te arrojaron ortigas
perturbaron tu amada paz dejaron a su paso
solo ruina
solo polvo y tiniebla por el aire.

Quedaste solo.
Era una viva rosa tu cuerpo en agonía.
Mirabas a lo lejos sus corazas de acero
sus corazones muertos
donde no habitó nunca la ternura
ni maduró una sola
palabra verdadera
ni una actitud amiga
ni una pequeña claridad para los hombres.

A tu martirio saben
el pan
los vegetales
el agua.

A tu tremenda desolación nos saben.
A tempestad nos suena el vuelo innumerable
de las abejas en el campo.

A tempestad.

A dura muerte tuya.

A dura muerte nuestra
sucesiva
tenaz.

Desesperado solo quedaste sin memorias
en la impalpable orilla.
En torno tuyo
cerca de tus brazos profundamente huérfanos
pasaba sin rumor una guadaña
y un doloroso tiempo.

Así te vemos: rostro
corazón
nombre diáfano.
Ah noble hermano nuestro
desde tu sacrificio nos sentimos más cerca
de lo humilde y pequeño
más humanos más limpios
y acaso más perecederos y más hondos.
Más de tu barro y de tu luz rebelde y pura.

Oh combatiente
díctanos tu fuego de heroísmo

para que un día dejemos a los hombres
la misma fuerza irreduceble
y la misma ternura que tú nos has dejado.

Aquí quedaste ciego
iluminándonos.

Este fuego de América

1

Aquí en América
en el hermoso océano vegetal que nos ciñe
con sus desmesurados brazos de agua o de implacable arena
aquí nacimos
junto al maíz dorado y los helechos
al desamparo de los vientos que bajan de las altas montañas
y barren las solitarias avenidas,
los parques
la fría piel que en vano oculta
las llagas de las grandes ciudades.

Aquí nacimos
es decir
nos dejaron, inmensamente solos
bajo los soles iracundos del trópico
en los quemantes cráteres de la noche.
Aquí nacimos y lloramos sobre la verde almohada
del musgo
de los campos
donde los ángeles del alba dejan sus alas de rocío
olvidadas
y andamos entre los árboles como si fuéramos sus errantes
sombras
golpeadas por el aire y las nubes.

América está junto a nosotros
desnuda como sus ríos sobre la pétrea llama de su lecho
y amamos largamente su cuerpo hecho de guitarras

y flores
y amamos largamente
su agobiadora juventud llena de besos y colmenas.

2

Del encendido barro de América los dioses tutelares
modelaron los rostros que llevamos
los cántaros donde bebemos los astros y los sueños
la terrenal dulzura del edén que habitamos.

De la encendida sangre de América
se nutren
nuestras raíces ávidas.

Del barro
de la sangre de América
nacieron la soledad y la esperanza.

3

Por esta soledad próxima al júbilo
por esta poderosa
repartida esperanza
por esta luz sobre las sienes derramada sin tregua
nos inclinamos con labriegos profundos
sobre el surco reciente
en las azules madrugadas de América
y tocamos el aire con el corazón
asomado a la piel como un lento rocío.

La deslumbrada flora nos invade con sus verdes legiones
y su espada de aroma nos penetra

y su rumor innumerable
camina por las venas como una luz apasionada
y somos
súbitamente el llanto
la ceniza
las secretas hogueras
que se levantan desde el fondo de América.

Las noches de los cuernos aborígenes sonando a la intemperie
de los páramos solos
horada nuestros huesos
y consterna los campos
se hunde en nuestras voces ateridas
y golpea la entraña del silencio
con milenaria furia
con tinieblas.

4

Aquí estamos de pie sobre el verdor amado
de América
de pie sobre sus campos y sus bosques
 llenos de sombras palpitantes y futuras guitarras.
 Andamos por las calles de sepultados pueblos
 donde se sumen las estatuas en un olvido lento
 andamos ciegos y distantes
 por ciudades que giran velozmente
 debajo de los párpados sin sueño.

A veces nos hundimos con los mineros silenciosos
en las profundidades de la tierra
donde las negras fauces de las minas
devoran manos

gestos
vestigios de lo humano que sacude el espanto.
Desde las altas soledades que coronan los Andes
y encierran en sus círculos la milenaria podredumbre
la luz del altiplano
hasta los valles que calcina el sol de América
poderosamente luminoso y continuo
bajo oscuras aguas de llanto
tenaces rebeliones
impetuosas mareas de la sangre
bajan oscuras aguas de estupor y tristeza.

5

Somos los habitantes de este imperio vencido
y sin embargo indomable como los vientos de los llanos
tatuados por el galope de los cabellos en la noche.

Llevamos sobre los hombros
todo el peso de América:
sus ríos desmesurados y sus asombros vegetales
su gran desolación de extensiones calladas
y sus aldeas dulcemente apoyadas sobre la infancia.

Llevamos todo el aire de América sobre los hombros
toda la luz de América
todo el profundo fuego de América llevamos.

Antiguo rostro

Torno a mirar tu antiguo rostro
tu piel donde la soledad y el tiempo trabajan implacables
exploro en cada gesto la velada melancolía
el noble fuego de los sueños
la huella devastadora de la cólera
o el resplandor de la ternura
la majestad de la ternura como una lluvia
un agua
de labios infinitos
sobre el ardor de la sequía.

Atravesé los más ásperos días
las noches más impenetrables
el tiempo más oscuro y padecido
por hallarte en tu sitio profundo
en tu barro
en tu imagen
tan cerca de la sangre
en tu ademán tan cerca de las oraciones.

Atrás quedaron olvidados los rencorosos laureles
que inútilmente habían ocultado en sus hojas ya lúgubres
la posesión de las victorias fugaces
la sed abrasadora de la conquista
del océano negro
donde el alma pesada de ambiciones y cadenas
se hundió una vez y para siempre en el
siniestro légamo.

Torno a mirar tu antiguo rostro
ahora lleno de silencio.
Hay huellas de crepúsculos muertos
hay quemantes vestigios de rocío
sobre la piel por donde pasa el desolado tiempo.

Hay laberintos
sombras visionarias.

Qué madrugada
qué serena piedra
qué vegetales brazos planetarios
acogerán tu rostro
cuando caiga apagado en la muerte.

Arte poética

1

Mundo escuchado

Primero fue el asombro
frente a la vida en su tremenda dimensión de hermosura
en su luz de alucinado poderío
en toda
su terrible evidencia.

Desgarrada la piel por los zarpazos de la luz que fluía
desde un hueco del cielo
me alcé sobre mi apasionada posesión sobre la tierra
para alcanzar con mis oídos
el cuerpo vivo del silencio
la oculta música.

Entonces todo el cuerpo fue oídos
toda el alma fue oídos
para escuchar el insistente tumulto de la sangre
la cálida palpitación del universo
para escuchar el crecimiento
del día
el ancho viaje
del viento sobre la frente del planeta.

Busqué palabras en mi atónito olvido
para crear el mundo
para amarlo
y hacerlo
a la medida de mi sueño.

Sin embargo la realidad fue más hermosa
más puro su milagro.

Mi sed de descubrirlo y verlo todo

ardió tan hondo
que secó el agua de mis ojos
y me quedé súbitamente sin luz y sin vocablos
Y fue el mundo escuchado.

2

Clamor hacia la luz

Desde la gruta de mi sangre
desde el rincón de mi silencio
salí a la calle al aire pálido
de las ciudades populosas donde no crece el musgo
ni se escucha el rumor del rocío.

Salí a la calle
vi caminar sombras
caer miradas rotas como pájaros de vidrio.

Oí noticias que punzaron la carne mil veces para siempre.
Una mañana
la sangre lo recuerda
cayeron sobre los rostros más claros bajo el sol
cayeron
sí
la sangre lo recuerda
cayeron sordamente
de súbito
el fuego la ceniza las lágrimas del infierno
la muerte.
Una mañana
tanta muerte caída de golpe
tanto dolor sobre la tierra extendido
y tanta muerte.

(La sangre lo recuerda).
Alcé los brazos hacia el cielo
donde impasibles astros golpeaban la tiniebla
alcé las sienes suplicantes
la voz herida de preguntas
tendida hacia la inmensidad agobiadoramente sorda.

Entre la noche que caía total sobre mis hombros
Busqué la salvación por la esperanza
y hendió el silencio mi clamor de luz.

3

El corazón como las nubes

Cantando largamente aproximándose al labio
del silencio
el corazón descubre cada día la tierra
cada minuto el mundo
sus orillas
sus claros habitantes su milagro sin tregua.
Solo el tiempo amenaza la piel amada
el rostro
los ojos incesantes en cuyo fondo el infinito
resbala como ciertas miradas
como ciertos ademanes secretos
que se recuerdan durante toda la vida
y aun
durante toda la muerte.

Canté la noche alta de espacio y lágrimas
el mar ancho de música y eternidades solas
el amor como el mar como la noche
como la noche poderosamente cruzada de relámpagos.

Canté la piedra y el olvido
y el agua en cuyas olas viajan las estrellas
los peces
el verano.

Todo encontró su sitio
su tamaño
su forma exacta
en el canto es decir en el centro de la vida
en el profundo resplandor de la sangre
en la raíz y el ala del misterio.
El canto vencedor de tantas muertes
y el corazón pasando
pasando
el corazón como las nubes.

4

Horario de vigilia

Y ahora con el mundo escuchado
con el clamor hacia la luz
con el crecido corazón hacia las nubes
entre todos los seres
entre todas las cosas que habitan
esta luz sollozante
este planeta que gira en el espacio
pesado de muertos
ahora cuando asumo mi destino
cuando asumo el poder y la miseria de mi cólera
le hurto a la ceguedad de los días fugaces
la certidumbre de que aquí finalmente me encuentro

aquí vuelvo a buscarme aquí en la tierra
aquí
al fondo de mi oscura vigilia.

5

Para alcanzar el júbilo

Barro mío:
Te hablo con la voz
de la ternura.
Te hablo con las palabras más profundas.
Con la voz inclinada hacia la sangre te hablo
pequeña muerte oculta
en este cuerpo que se adhiere tenazmente en el espacio.
Vengo a tu oído y te hablo.
Toco a tu puerta en la noche lluviosa
te llamo por tu nombre.

Y por el nombre de los seres
que habitan tu silencio.
Soy esta pobre construcción de ceniza
y de llanto.

Busco un noble semblante
unos leales gestos
que acojan la nostalgia que traigo
desde no sé qué puertos o qué pueblos remotos
acaso nunca conocidos.
Busco unas diáfanas memorias
una sonrisa

antigua como el trigo
un brazo en qué apoyar el peso de mi sombra.

A veces oigo tu rumor bajo las hojas que caen
sobre la transparencia azul del agua.

A veces oigo
corazón tus desencadenadas
tempestades
tu iracundo oleaje.

A veces eres el amo y sus alas.

A veces
la protesta con sus puños cerrados.

Pero acércate siempre a los seres a todos
los seres que te rodean barro mío
y ámalos
y alcanzarás el júbilo de habitar en la tierra
y compartir con ellos
el pan la luz el mundo a manos llenas.

Escúchanos, Libertador (1961)

|

Vuelve tu rostro, Capitán, tu noble rostro
donde la eternidad y las serenas líneas de la luz se reflejan
míranos:
alzamos hacia ti los brazos huérfanos,
la ceniza
la sangre
como una lámpara de cabecera interminable
ardiendo en tu pasión de libertad y sacrificio.

Oh, dios airado de la guerra.
Oh poderoso capitán de la ternura.

Míranos:
abrazados a tu cuerpo tallado en piedra viva,
levantado en el aire de América,
en tu región celeste,
en tu mundo
de largo corazón desgarrado,
te convocamos, Padre, para que tú presidas nuestro diálogo
el tiempo donde cada minuto
nacen y mueren nuestras voces;
para que tú presidas
la mesa humilde a cuya orilla
cada día
repartimos el pan y la esperanza.

Escúchanos, oh Padre,
somos eco de tu clamor,
somos reflejos de tu luz perdurable,
somos tu aliento
tu esforzada batalla por alzarnos
de la miseria y de la sombra,
tu don de vaticinios repartido.

Vuelve tu rostro, Capitán, tu noble rostro,
bañado ahora por la majestad de la noche más alta,
inspíranos;
llevamos en lo profundo de los párpados
tu imagen recorriendo las soledades de los Andes,
tu estatua sobre los llanos proyectada,
tu extendido corazón de gigante
que infunde nueva vida
a su país, nuestro país que gime y canta
con la piel abrasada bajo la llama del petróleo
y el hierro.

Tus brazos de horizonte se ciñen
a esta América tuya
hecha para nosotros
y para todos los que luego
vendrán a ocupar nuestros sitios.
Tus ojos desde la eternidad,
como ángeles custodios,
velan sobre tu hermoso continente y tus puños
golpean sobre todos los hombros
para que no olvidemos que hay un alba escondida
en cada palpitación de la noche.

II

Amamos tu heroísmo, Libertador, y tu ardiente
vocación de libertad, tu fuego
que no apagan los años
ni el olvido
y amamos
tu pasión y tu sed de justicia
lo que de humano hay en las honduras de tu carne y tu espíritu.

Bolívar,
solitario varón con el pecho cruzado de relámpagos,
abierto a los grandes aconteceres
de la historia, Bolívar;
imploramos tu conducta magnífica,
tu radiante lección de martirio
tu silenciosa voluntad de amar y de vencer continuamente.

Ay, ¿quién sino tú pudo
enseñarnos el camino que conduce a la altura
donde solo los más puros destellos
del espíritu habitan?

¿Quién sino tú, Bolívar,
pudo cruzar las desoladas cumbres de los Andes,
los mares,
las tinieblas
para dejarnos este sitio, esta herencia terrestre
donde no sabemos
cantar de rodillas?

III

De tu encendido tránsito, Bolívar, de tu llama apasionada,
de tu dolor y tu profunda fortaleza
se nutre aún
la tierra
pura que nos dejaste
bajo la formidable majestad del firmamento americano.

Con tu espada flamígera
nos señala
el tiempo liberado
por cuyas hondas naves pasa todavía
la rebelión de los indígenas,
de la luz ganada a golpe de hueso y sangre airada,
el amor y su júbilo
conquistado una vez y mil veces
perdido, oh soñador
de circulares Chimborazos,
domador de montañas,
anunciador de un alba nueva cuyo clamor profundo
nos invade las venas.

IV

A ti, Bolívar,
claro conductor de los ejércitos libertadores,
Capitán de la aurora,
cruzado del afán victorioso,
nos volvemos
en esta edad del átomo,
la cólera,
los cohetes que buscan el corazón del infinito.

V

Evocamos tu gesta magnífica, tu lucha desigual con la sombra.
Tu fuerza levantando la arquitectura de la Patria,
oh forjador de pueblos.
Tu grito de libertad rompiendo las nubes,
desgarrando la atadura de los milenios
y milenios
de látigo y ceniza
volcados sobre el rostro del hombre.

Hay cálidos vocablos
—Casacoima, Angostura,
Carabobo—
para nombrar los astros que tus brazos invictos
colocaron en el cielo de América.

VI

Vuelve tu rostro, Capitán. Fulgor y sangre tuyos
abonaron el suelo
donde luchamos por el pan y los sueños diarios
y donde tú nos enseñaste
a ser libres y ser nosotros mismos,
Bolívar;
con tu esfuerzo de titán vencedor de la muerte.

Desde tus claridades profundísimas
sabemos que nos oyes y conduces
hacia el único destino que soñaste para nosotros, Padre
el de ser como tú, pasión y vida,
presencia visionaria,
llamas de un mismo corazón invencible,

oh dios airado de la guerra,
oh poderoso Capitán de la ternura,
Padre Libertador.

SONATAS
(1963)

Sonata de la noche

Acércate al candor de la noche,
al aire
que acaricia los ojos de las constelaciones.
Mira crecer el horizonte
del nardo, más allá de su perfume.
Bebe el zumo del silencio
y escucha.

Los mundos invisibles
donde se buscan sin cesar nuestros espíritus
flotan entre dos filas
de árboles, casi a ras del planeta.

Esta es la noche en que podríamos
amar o morir de la misma manera,
como si recobráramos de golpe
todo el gozo perdido.

Esta es la noche terrible y hermosa,
como todas las que se hundieron
en su sombra,
su fábula.

Esta es la noche
solo parecida a sí misma.

Quien amado una vez llevará toda la vida
su imagen, su rumor bajo la frente.

Sonata de los besos

Ala de sombra, collar de silencio,
la brisa devastadora de los besos
recorría corolas,
musgo, cimas doradas,
extensiones de nieve,
mientras sonaban a lo lejos
los cuernos de la luna.

Comenzaba a morir sobre el pecho
el brillo de una flor, su luz tenue.
Ya nada podía detener la marea
creciente de la música.

Verdad más honda que los sueños,
el tiempo era una llama ciega,
cabía en una sola mano,
en un ademán solo.

El mundo era un enjambre
cuyo rumor se oía cada vez más lejano.
Entonces estallaron los astros
en la sala,
derribaron las puertas.

A plena noche cayó el sol de los besos.
Los besos, el collar desatado.
Nunca una victoria sobre la muerte fue más breve.

Sonata de la lluvia

Allá quedaron, apagadas,
sus manos
suaves como el recuerdo de la música.
Allá
quedó su cuerpo
bello aún, en lo oscuro.
En otros sitios
nadie
sabía que un minuto de llanto
bastó para llenar todas las fuentes.
Al otro lado de la tierra
nadie escuchó la lluvia.
Al otro lado
de las altas paredes
¿quién iba a llorar si no sabía?

Sonata de los amantes

Como si todo el universo
pudiera sostenerse con las manos
unidas,
con los alados hombros juntos,
así
asoman sus rostros
la agonía de la noche,
así se miran en su espejo infinito,
en su temblor innumerable,
así ordenan
una nueva armonía
a las celestes criaturas de la tierra,
mientras se hunden al final de sí mismos
y anudan sus cuerpos
cubiertos de olvido,
mientras se buscan
sus sangres o sus espíritus
fundidos en un solo temblor,
en una sola llama continua.

Sonata de la memoria

Alguien allá, en las cavidades
de la noche,
de pie, con la mirada límpida,
con el rostro
severamente hermoso.
Alguien espera junto a la puerta.
Así la augusta imagen
al fondo del corazón,
en el más puro sitio de la memoria.
Veo ahora bajo la piel de roble
curtida por el tiempo,
su fortaleza,
su ternura capaz de resistir el asedio
de los más duros días.
Sí; memoria precisa,
piel cubierta de tiempo,
perfil puro
del abuelo caído al otro lado del enigma
como un roble valiente.

Sonata de la muerte

Como una muchacha desnuda
corra la noche sobre el campo.
Venga la lluvia con guitarras
y firmamento nunca oído.
Floten las dulces madrugadas
junto a los rostros en desvelo:
caiga la sombra de los besos
sobre los cuerpos encendidos.
Las vírgenes olviden
la realidad, y al sueño
entreguen su terrible secreto:
el aroma triunfante
de la piel que no acaba.
Desaparezca el tiempo, su rumor no se escuche.
Solo el enjambre de la dicha
zumbe.
Solo estallen las uvas
a nivel de unos senos
que apuntan a otro fuego crecido.
La muerte es una amante que espera,
que no conoce el infierno de los celos
porque sus ojos nunca miran en vano.

ACONTECERES DEL ALUCINADO
(1964)

Voz del alucinado

Dijo el alucinado
al alto muro erguido contra su cuerpo tambaleante:

“Apártate de mi camino,
vuelve a tu sitio milenario;
apártate, implacable devorador de mis horizontes,
fantasma condenado a cien años de sombra”.

Yo estaba cerca de los vocablos
iracundos,
el ademán rebelde
y los hombros sangrantes del alucinado.

Tengo la certeza de que nunca
noche alguna conoció más terrible castigo.

Tal era la atmósfera de las imprecaciones
y tal era el rencor sepultado en el corazón durante largo tiempo.

Tales eran las manos vencidas, las manos
impotentes,
abandonadas como una oración que nadie escucha.

Hay algo mío

Como el alucinado, a ciertas horas estoy lejos
de mis raíces,
viajo en la espalda de las nubes,
tomo la ruta más oculta del cosmos y me hundo
en sus remotas vasterdades.

Atrás he dejado la playa aún cubierta de sangre.
Pero una parte de mí mismo ha quedado
luchando junto a mis compañeros.

Hay algo mío en la tenacidad de los que bajan de las minas
para arrancarle lágrimas al carbón.

Hay algo mío
en los que toman en sus manos el pecho de los campos
y acarician el fruto de los ciruelos.

Hay algo mío en los que hacen las casas, la esperanza,
la avenida de las urbes.

La llamada

Las cegadoras luces de la ciudad
bajo la lluvia parpadean
me miran
con sus ojos innumerables.
No saben que soy yo quien ha gastado
las frías aceras
de las calles.
No conocen mi condición de raíz aventada
lejos de la cosas que amo.
Y yo no sé
quién soy ahora,
mientras me acerco a los suburbios
silenciosos
de la ciudad mientras llamo a sus puertas
como el mendigo que huye de su propio desamparo.

El huésped

Yo soy el huésped de una urbe donde nadie contempla
la cabellera de los astros
extendida sobre la tierra.

Me detengo en las calles oscuras de los suburbios
para escuchar voces anónimas
o súplicas o llanto de muchachas en vela bajo la luna
y desgarradas hace tiempo.

Veo arder en sus ojos las azules monedas
de noches que llegaron
hasta los sitios más remotos de la tristeza
y canto
en voz alta o me hablo casi a gritos
para que tanta soledad tanta agonía ajena
tanta cólera propia
no me espanten de nuevo como en otros momentos
en que también yo he muerto para siempre.

No se muere una vez

Quien ha vivido con la fuerza de todos sus sentidos
alucinado
sabe que el amor suele engañar a veces
y que no siempre la ternura es una fácil dádiva.

Frecuentemente es el deseo
el origen de toda tristeza.

No se muere una vez si no se han aventado las máscaras.
No puede ganarse la orilla del misterio
si antes no se ha conquistado la muerte.

Muerte y resurrección

*...Quien ha vivido
su muerte muchas veces
no puede morir del todo.*

D.A.

Me punza la mirada esta lluvia
que lame las aceras
donde quedaron para siempre mis pisadas marchitas.

Oigo el rumor de la tormenta
y estoy a la intemperie
y sin embargo permanezco sin sobresalto ni tristeza.

En este instante temblaría de pavor
si no hubiera muerto y resucitado muchas veces.

No soy yo solo

Pero no soy
yo solo
quien inclina la frente
bajo el peso de sus propias imágenes.

No soy yo solamente
quien calla
junto a la vida.

Tú también
en tus hombros donde se abren
y cierran
los labios de la luna
sostienes la arquitectura del silencio
las nubes
de la pasión, el lento cielo
del olvido.

No soy yo solo
el ávido alucinado.

No soy yo solo. Tú también
bajo el fuego nocturno
te embriagas con un zumo de inmensidad serena
cuyas ciegas fascinaciones no conoces.

Vencimiento de la tristeza

Donde se pudren tus guitarras
allí también comienzas
a pudrirte tú mismo
a desnudarte hasta ser solo huesos.

Andas al fondo de tus párpados
a solas con tu sed de sollozantes infinitos
y tu semblante ya no es tuyo
es de todos
los que padecen como tú tiempo y espacio.

Tiempo y nubes que pasan
sin dejar huella
eso eres.
Relámpago y espacio
y otra vez tiempo
eso eres.

Con tu alarido solamente
vencerás la tristeza.

Eternidad inconquistable

Frente a las fuerzas impasibles del cosmos
con el habla paralizada
por el estupor de la belleza que avanza
sobre la bestia planetaria
soy el hombre
su piel de llama viva
su cal de hueso duro
su sangre de alarido y violencia
sus ojos escrutadores
ciegos
sus brazos extendidos
sobre el madero de sus ángeles oscuros
sus serpientes radiantes
su obstinada batalla
con la luz su agonía
su inconquistable eternidad de cólera y espanto.

VIENDO LA NOCHE
(1965)

Viendo la noche

Con las manos teñidas de atardeceres
deshabitados hace tiempo
con la sangre inclinada hacia el limo nocturno
y el párpado cerrado
a nivel de la lluvia
otra vez apareces como un huésped con una mortaja
de silencio
y otra vez nos sacudes los huesos y otra vez
nos señala la puerta secreta
que conduce a este mundo
poblado de fantasmas que sueñan
o mendigan un pan en las aceras
o gimen por el amor que está lejos
a la hora en que el deseo brilla más en los ojos.
Conocimos primero tu vestidura de ceniza
tu piel sucia de humo
y alardos anónimos
escritos en las paredes y en el aire.
Conocimos tu olor de bestia planetaria
tu sonido que golpea en la sombra.
Después nos aprendimos de memoria tus calles
que empezaban un día cualquiera
y morían en los suburbios de la luna.

Henos aquí después de padecer tu locura y tu dicha
desgarradora
ciegos para una eternidad

que de súbito nos devora las manos
y los ojos en cuyo fondo no hay preguntas.

No somos sino los hijos de este tiempo.
Llegamos cuando las grandes máquinas
ya habían invadido la tierra
cuando las trepidantes naves de metal perforaban el cielo
y habían huido para siempre los dioses
derrotados
los santos derrotados
el paraíso derrotado.
Pero el amor era aún más poderoso
como la noche primera del mundo
como la fuerte respiración de los que se aman.

Alaridos ahora desgarran el tímpano de Dios.
Pero el amor es poderoso todavía.
El odio crece como los hongos venenosos
ocultos bajo la sombra
pero el amor es poderoso
también.
Los corceles del miedo galopan sobre los campos
donde cayeron cuerpos jóvenes
vencidos en su minuto más radiante.

PERO EL amor
es poderoso todavía
Las vírgenes inmoladas aún gimen con las manos
cruzadas sobre el pecho
Pero el amor es poderoso todavía
Celebremos la fiesta de vivir
Bebamos todos su vino dulce y áspero
Recorramos su cuerpo largamente
Los días huyen y no vuelven
Es preciso es preciso que vivamos ahora
como si mañana fuésemos a morir
con las últimas estrellas del alba
Lo ignorado está lejos
Nos seducen los ojos más distantes
El viento roza el agua
toca apenas su rostro
Después huye también
Queda la música.

SOMOS APRENDICES del viento
Oh plenitud de plenitudes
Oh locura radiante que circulas
ciega por nuestras venas como el silencio más terrible
Luciérnagas de eternidad los dioses
nos encendieron por un instante solamente y después
nos arrojaron a la intemperie
Pero nosotros castigamos su soberbia
los hemos destruido uno a uno
los hemos desterrado y ahora yacen en su cielo de fábula
condenados a la impotencia y al olvido
mientras aquí en la tierra cuyo vaho caliente
nos da vida
nosotros descubrimos
la fuerza desatada del canto.

SOMOS LOS HIJOS de este tiempo
No bastan la belleza y la vida
si no están llenas de pasión como unas sienes ebrias
como unas manos que comienzan a ser llamas del aire
No bastan las palabras digámoslo otra vez
y millares de veces
si no están apoyadas sobre la sangre.

NECESITAMOS OLVIDAR
para salvarnos
Nadie sabe la hora
en que termina el llanto
y el olvido comienza
Nadie sabe
Los días se acumulan
al fondo de los ojos
se llevan las estatuas amadas
Para vivir necesitamos olvidar
Para no destruirnos
Para no ser un poco de viento.

VENGAN LOS COROS de ángeles
cansados de ser ángeles solo
venga el vino que enciende los sentidos
y venga la mujer con su sábana blanca
y con su herida roja y con su sombra
adivinada
y vengan los tañedores de laúd
porque debemos olvidar
todo lo que una vez perdimos
porque debemos olvidarnos
para no ser pavesas ni vestigios de humo.

HOMBRES CON una cruz sobre los hombros
con una rosa de invisible resplandor sobre el pecho
Hombres y bestias
y hombres
Aullidos y sollozos que rasgan
las vestiduras de la noche
No sabemos qué manos
qué palabras nos destruyen o salvan
no nos vemos oscuros como somos
no nos reconocemos en estas viejas máscaras
que ocultan fieros gestos
vivas desgarraduras
y ceniza
no nos vemos sombríos como somos
no podemos mirarnos
porque estamos tan cerca no nos vemos.

AQUÍ TENGO tu rostro
y aún no puedo reconocerlo
en otro olvido
aquí tú y yo diciéndonos adiós aquí tú y yo
como dos llamas blancas
como dos
espejos que cruzan sus espadas
sus íntimas fulguraciones.

NO SABEMOS sino pocas palabras
no sabemos
quiénes somos cuando se inquieran
nuestros ojos
tal vez
así el amor no traiciona
ni pide otro nombre que el suyo

Veo ahora tu rostro y no solo
tus ojos no solo la llovizna
que me recuerda tu secreta melancolía
llorar con la cabeza apoyada en mi recuerdo
llorar y llorar y llorar
como si nadie hubiera llorado bastante
como si nada hubiera bebido
la sal del mar toda la sal del mar
en unas lágrimas capaces de encender la más helada
estatua del invierno

¿Quién canta
en algún sitio quién?
¿Quién canta o pasa por encima de su cuerpo?
¿Quién se levanta desde su polvo rencoroso y mortal?
¿Quién dime canta?

“Suave amor nunca
estuviste más lejos
que entre mis brazos”
¿Quién sino tú canta o se aleja
de la muerte?

No somos
eso que nos señalan los que se visten de palabras
solemnes
no somos sino los hijos de este tiempo:
guerreros sin batallas qué ganar pero heridos
viajeros sin navío pero naufragos
hortelanos sin tierra pero con cicatrices en las manos
miembros de las familias pero huérfanos
adoradores de la eternidad pero terriblemente mortales

y además...
qué sabemos de lo que somos
qué sabemos siquiera de nosotros
si transcurrimos como las salamandras
como el cráter que ignora de qué
procede el fuego devorante
que alimenta su entraña
Qué sabemos....

DESDE EL origen de toda quemadura
de toda soledad mal llevada
sobre el lomo tristísimo desde el origen
de toda desesperación
quiero decir
de toda muerte mal nacida en el polvo
que a diario se muerde
en ese mismo lecho de polvo
donde se yace cada noche desde el comienzo
avanzamos en medio de una tormenta parecida al rencor
cantando vagos himnos
con los ojos alzados a una luz que jamás será nuestra
cantando
para olvidarnos de las llagas
que nos roen por dentro hasta dejarnos solo
el hueso donde tal vez empieza el alma
el hueso mismo de la vida.

SOMOS LOS hijos de este tiempo
en que andamos a tientas debajo de los puentes
pegados a la tierra y al agua
donde pululan monstruos invisibles heraldos
de podredumbre
larvas
de vergonzosas agonías.

AHORA
hay que cantar
para olvidar para salvarnos
aquí donde aún es hermoso el cielo de la noche
donde aún son hermosos los cuerpos que saludan al sol
en los amaneceres más delgados
aquí
cuando quedan en pie todavía
las casas de la ternura
podemos esperar otro tiempo
en que aparezca la palabra
hermano
en cada boca en cada semblante en cada muro
escrita sin temor.

¡ESTÁ DOLIÉNDONOS ahora
todo el dolor del mundo!
Fuera palabras cáscaras de sonidos
músicas a menudo vacías
porque ahora y después
es necesario que dejemos constancia
en todos
en absolutamente todos nuestros actos
de haber pasado por aquí
de haber sido tal vez un fragmento de luz
en las manos de la tiniebla.

ES NECESARIO que lo digamos
ahora y vamos a decirlo
con las voces unánimes con el silencio unánime
con el amor y con la piedra
con el aire también y con la muerte si es preciso
ahora
acorralados entre el miedo de los otros
y la nuestra
acorralados pero con toda la esperanza
al fondo de los ojos que vigilan sin fin
viendo la noche.

EL TESTIGO
(1965)

JURO DECIR la verdad
toda la verdad que conozco
y solo la verdad cuya lumbre terrible
he palpado
he sentido con toda la piel
y toda la vigilia y el ojo
de mi conciencia más abierto que nunca

Y digo de seguidas
ese día tal vez era como los otros que he vivido
pero llovía tenazmente
llovía
en todas partes
en todo el universo llovía o debía llover
porque el hambre y el odio
y el desamparo y la amenaza
y tantas otras cosas que duelen hasta el fondo
se convocaron para el más funeral
de los ritos
para la más desgarradora
de todas las ceremonias que se han celebrado
a través de los siglos

Y vi un mendigo que tenía la cara
parecida a la nuestra
que tenía llagado el pensamiento
como el nuestro
vi una calle donde otros hombres se confundían
con la niebla y el polvo
según el clima propio del lugar
vi una plaza cubierta de anillos
piedras falsas
palabras también falsas

una plaza cubierta de pequeñas serpientes
aves sacrificadas
baratijas
y botellas colmadas de lejía
y de otras poderosas substancias
destinadas a carcomer
Allí soplaba un viento
una ceniza
pesada de antigüedad y mercaderes
y numerosos mercaderes
cuyos nombres no vale la pena decir
pues eran tantos como las hojas que se pudren
en los pantanos desde tiempos inmemoriales
eran tantos son tantos
que podrían abatir
a pesar de su pequeñez todos los puentes
si pasaran unidos pero no se unen porque no son capaces de amor

Digo la verdad
lo que he visto

Ese día se cometió un asesinato
se robaron ovejas para ofrendarlas a quién
sabe
qué ídolos
se cometieron otros delitos mayores y menores
y todo porque el hombre tenía demasiada facilidad
para quedarse ciego a su arbitrio
para olvidarse de sí mismo
de su desnudo semejante
todo porque el hombre olvidaba
con demasiada facilidad

la sangre los incendios las grandes devastaciones
que ocasionaron sus pasiones sus manos
a lo largo de millares y millares de años

Y yo he visto con estos ojos míos con esta
mirada mía que apagará por fin la tierra
todo lo que hago constar
lo que he presenciado desde mi ser
llagado de impotencia
desde el abismo de mi más absoluta desesperación

Los automóviles
ruedan velozmente por calles
y avenidas nocturnas
y casi interminables desoladoras autopistas
y hay en la noche trasatlánticos y gigantescos edificios
que parecen zozobrar y cohetes que giran
en el espacio y están todos
esperanza y angustia y otra vez
 llenos de piel humana y corazón también humano y
y millones de veces
esperanza y angustia

Y mientras todo gira
todo se mueve como los astros con las hormigas
la sangre
aquí una mano se prepara en la sombra
para herir aquí mismo
precisamente en este planeta
y se consuma
la nueva degollación
de los inermes de los últimos inocentes de este tiempo.

Yo he visto cómo bailan el twist
en los festines más amargos
los jóvenes que invalidan la noche
con el ruido de los motores
yo los he comprendido
los he visto desorientados y sin prójimo

Muchachas que pudieron amar
acechan desde sus sitios más oscuros
muchachas que pudieron ser
amadas como las damas que en el fondo
de insultantes mansiones
se horrorizan de la prostitución
y no saben
y no quieren saber que detrás de los rostros
bellas fachadas muros dignos
detrás de toda piel
de toda superficie arde un incendio
arden unas imágenes a menudo inconfesables

Repite que juro decir la verdad
toda la verdad que me quema los ojos
y solo la verdad cuyo terrible resplandor
cuchillo de relámpagos
me hiere como un
largo dolor por dentro

Vi una mano crispada vi los brazos
de un hombre golpeado de pronto por toda su soledad
por todo el horror de este mundo
y fui testigo de su lucha y de
su agonía solísima
(yo nada puedo hacer porque uno se muere a pesar

de las palabras que nos llaman
para que no nos alejemos
nada pude
la gente pasa pero allí donde uno
se enfrenta con su propio destino
solo uno tal vez sabe morir como es debido)

Fui testigo del hambre y del espanto que alargaba
los rostros
hasta no ser sino gritos de humo
ramalazos de odio
y vi con estos ojos que serán pábulo de la tierra
toda la angustia la amenaza y el miedo
que hoy se disputan el dominio del hombre

Todo esto lo ha presenciado
lo ha visto ese testigo
imparcial y veraz que soy que he sido
Todos estos y otros muchos delitos menores y mayores
los puede ver
en un lugar cualquiera del mundo
a cualquier hora un hombre
un ser cualquiera de este tiempo.

Es todo

Esto que soy
piel de ávidas vigilias piel cubierta de oídos
carne para gritar
hueso que me golpea o me levanta
desde lo más oculto
según quiera morir o cantar
esto que soy
esta estatura de ceniza que aún arde
entre mis pasos y las nubes
este cielo esta tierra este aire que se me vuelve
ritmo en las naves de la sangre
esto que soy
dos ojos y ninguna mirada
cuando la ira crece ante la humillación
de quienes llevan su ternura al hombro
esto que soy
materia hecha de agonía también
materia sola y última como el olvido
que solo se conquista después de vivir
esto que soy pero además mis semejantes
y los que no se me parecen
mundo y criaturas encendidas
tiempo mío y de todos
y además
espacio desgarrado por astronaves y palabras
esto que soy cuenta y riesgo de mí mismo
es todo cuanto debe quedarme
hasta ese día en que no pueda
gritar con tinta o con voces terribles como la tinta
mi condición desesperada

mi soledad tu compañía
nuestro destino solidario
es todo cuanto soy
cuanto debe quedarme hasta el final.

Dos nocturnos de Lázaro

1

Junto a los muros de la noche
mi cuerpo tenaz apoya su sombra
y estoy ciego
mirándome
y estoy callado
oyéndome
y estoy solo habitándome
y estoy sin manos palpándome las llagas
asomado al pozo de olvido
al hueco negro
donde se ahoga mi alma

2

Me he sentado en la acera
Arde la noche en sí misma
Arden los árboles
se quema el viento
Arriba también arden los astros
Ya solo soy pavesa
ya solo soy memoria de otra llama
Veo pasar mi rostro
entre dos filas de ceniza
y no le digo que se parece a la soledad
ni que es el vivo retrato de mi muerte

EN ÚLTIMA INSTANCIA
(1966)

Si no hago reverencias

Si no hago reverencias
ni arrodillo palabras
si no tengo para cada ocasión una piel diferente
si no hago exactamente como está señalado
y además
me permito escribir como quiero
si vivo con un pie sobre la tierra y otro
más allá de la luna
si me encuentro de pronto
con mi yo más anónimo
y me odia o tal vez me agradece
porque no lo conozco
si levanto la mano y toco el cielo
si bajo la mirada
y otro fuego me espera y otra miseria
toco
si amo pero a quien ama
se le arroja ceniza hasta ponerle
la cara triste
si me voy sin moverme de aquí
si me quedo pero ando en otros pies
sobre otra superficie planetaria
si asumo como míos
el dolor y la ira de todos
si me vuelvo hacia mí pero me veo
con los ojos de todos
si saludo a un mendigo
en cuya voz me reconozco y sé que hay llagas
debajo de los trajes lustrosos
si soy al mismo tiempo

la liebre y la jauría
el pez grande y el chico
el que golpea y el que cae
si en fin soy uno y todos
es porque sobrevivo
a tantas cosas que se dicen o callan
a tantos aconteceres que en vano
se quieren olvidar
a tantos invisibles desastres
de esos en que participamos diariamente.

Muchas gracias

Muchas gracias señores
por el cielo que ofrecen
cambio de la muerte del sexo
de la entrega del alma
o del silencio necesario
para que nadie diga no
señores
muchas gracias por ese paraíso
que prometen a cambio
de la vida o de algunas monedas

Muchas gracias señores
por esa eternidad de dicha
al lado de los ángeles
por esa eternidad ofrecida
como un pastel celeste
a cambio de una poesía sumisa
a cambio de una voz fuera de tiempo
a cambio de unos ojos cerrados
incapaces de descubrir
otro mundo que el suyo
Por la cuota de sueño
que aún nos dejan después
de la batalla cotidiana
por ese espacio último
de realidad que nos conceden
cuando toda visión soñada huye
por la ventana
con la noche bajo la frente
muchas gracias señores

muchas gracias por esa realidad
por ese sueño
hay algo en ambos que nos hiere por dentro

Por el amor que nos toleran
aunque no haya jazmines
ni guitarras
ni un astro que tocar con las manos
muchas gracias y por
aquella edad que en cada beso ardía
y por aquel verano
que se hundía debajo de la piel
muchas gracias
y por la noche aquella
donde el amor no hallaba sitio

Muchas gracias señores
por permitirnos ver el mar y sus sirenas
por darnos
este bello regalo de la lluvia
por dejarnos danzar sobre el abismo
mientras unos cabellos suaves
nos separan del mundo y por dejarnos
aquí yacer como los vivos y los muertos

Señores
muchas gracias
por todo lo que ofrecen
a cambio de la muerte del sexo
a cambio de unos ojos cerrados
a cambio de una poesía sumisa
a cambio de una voz fuera de tiempo

Yo prefiero el infierno.

Me pregunto

Me pregunto
si tienen dignidad las mil muertes
los mil aconteceres
las derrotas innumerables que a diario padecemos
me pregunto
si tienen cara de volvemos a amar
a su modo
con todo su egoísmo
aquellos seres que nunca tuvieron
debajo de la camisa
corazón para entendernos
para no condenarnos sin antes
habernos oído durante unos segundos
me pregunto
si tienen dignidad los altísimos compañeros
de viaje
que nos miran con insolencia
que nos miden la dolida estatura
como si no necesitaran ocultarse
para ser los esclavos más inicuos
de sus cinco sentidos
me pregunto
si tienen cara de indicarnos el camino del cielo
los que han mancillado la radiante
pureza del deseo
los que han arrojado ortiga y piedras
al mendigo que se parece
demasiado a ellos mismos me pregunto
si tienen dignidad los olvidos
preparados por ciertas personas

que destruyen a diario felicidades conquistadas
con dolor
me pregunto
si tienen dignidad los que odian
la vida
si tienen cara los que se ocultan
detrás del papel o las máscaras
si tienen corazón los que apagan
la llama de la ternura
y asesinan y mienten
y siegan la inocencia que aún fulge
me pregunto
si tienen dignidad
si tienen cara
si tienen corazón.

Arte poética

A causa de mi oficio
de mi quehacer alucinado a causa digo
de mi diaria batalla porque me oigas
debo escribir en un idioma
lleno de claridad como un día de labor en el campo.

Debo decirte lo que es
necesario y auténtico.
Exactamente como el corazón
como esa soledad de los seres
abandonados a sí mismos.
Exactamente como la angustia o la esperanza.

Para que tú me entiendas debo hablarte con la simplicidad
de un cántaro de una hoja encendida
de unas manos labriegas,
que recorren la cintura terrestre.

Debo hablarte sin vagas construcciones
de música
sin ropajes que en vano
cubren la quemadura de pequeñas miserias.
Para que tú no digas que los poemas están
de palabras vacías
(yo sé que esto sucede demasiado a menudo)
debo escribir con el pulso encendido
con toda la vida
si es posible.

Solo para que tú me entiendas.
Tú que bien puedes ser un hortelano
un hombre de ciudad
un carpintero por ejemplo.

¿Qué puedes, qué podrías?

Con esa cara de hombre
o de animal según la hora que marquen los relojes
con esa cara siempre igual a tu actitud rebelde
con tu cara cansada de mirarse a sí misma
cada mañana
cuando limpias de sueño tus párpados
qué puedes
qué podrías hacer para no hundirte de manera definitiva
en la primera habitación que encuentres
qué podrías hacer para no sepultarte
donde los cuervos
huyen a la carroña
donde ya ni la muerte es posible
porque no hay sino piedra y abismo
y otras materias igualmente inertes
qué podrías hacer para salvarte
de esa miserable eternidad que no pediste
qué podrías
hacer con esa cara
tuya y de nadie al mismo tiempo
tuya una vez pero siempre de nadie?

Por obra y gracia de la noche

Por obra y gracia de la noche un hombre un punto negro
casi final un punto
desde el balcón de un 6º piso mira cómo se extiende
ante sus ojos la ciudad llena de imágenes sin dueño
habitada de sombras que danzan
oye cómo las voces de los insomnes
se mezclan con el rumor oscuro de las cosas
y engendran vagos coros de fantasmas escapados de sueños

Por obra y gracia de la noche un hombre
alguien que huele a desamparo
interroga
devora su silencio y alza sus hombros porque nada podría
responder y se halla súbitamente ante su rostro último
y tiene miedo de sí mismo miedo de su ternura
de su manera de aferrarse a quien ama

Por obra y gracia de la noche hay alguien
con la frente
inclinada hacia el duro resplandor de la piedra
de los muros que en vano
trataron de sitiar sus ciudades sus puertas

Por obra y gracia de la noche hay un hombre
hay muchos hombres con los ojos volados
con el talón sangrándole
con todo el polvo del camino arrojado a su sueño
a su terrible lucidez de cenizas que piensan
de barro alucinado todavía en desvelo
también enfrentado a su temor de hallarse solo

Por obra y gracia de la noche
ahora está mirándose su abismo
un hombre
alguien que huele a desamparo.

La certeza

Y ya no digo sino pienso
aquí en mi celda donde tengo
por músculos paredes
aquí
donde por hierro tengo huesos

Qué dureza del aire
rodeándome la vida
qué sed implacable de ternura
en pleno centro del verano
qué hambre de volver
el corazón otra vez niño
allí sobre la hierba lejos de toda lágrima

Qué huérfanas mis manos
qué sin salida mi dolor
qué hombre ridículo
parado en la mitad de su pupila diurna
y horizontal de noche
cuando sueña
con ser eterno como un dios limpio de toda culpa

Y ya no digo sino pienso
qué última derrota mía es esta
de preguntarme si soy solo mi voz
si soy yo solo este hueco que queda
donde estuve
ese que toma el ascensor cada mañana

Y vuelve entre las 7 y las 8 pm,
con un maletín lleno de fantasmas

Y ya no digo
sino pienso
qué cumplida consternación
qué pavoroso horario
qué puntual abandono este en que vivo
dándome la mano en cada cita

Qué callados ahora
mis ojos a pesar de tanto asombro
mi ojera gris mi párpado
caído de repente
sobre la pobre arcilla
donde mi lágrima diluvia

Qué dureza del aire qué implacable ternura
qué hambre de volver
qué manos huérfanas
qué sin salida mi dolor
qué última derrota mía es esta
de preguntarme si soy solo
mi corazón
si soy yo solo el verdugo y la víctima,
la serpiente y el ángel
mi corazón perfectamente solo
caído entre oraciones y blasfemias

Y ya no digo y ya no pienso
nada
ya solo sé que tengo contada la alegría
y desmedido el sufrimiento.

Poema con humildad

¿Qué voy a merecer si tengo apenas
dos pies sobre la tierra
y una frente perdida en otros mundos?

¿Qué voy a merecer si no puedo
ser más de lo que soy
si no he podido
ser este y el que canta
y sufre cada día y se parece
más a la noche cada instante?

¿Qué voy a merecer si no he ganado una batalla
si no he tumbado un muro ni una puerta
si no soy el que lucha
porque el amor sea más que un nombre
grabado oscuramente
sobre la piel de un árbol?

¿Qué voy a merecer si me he quedado mudo
cuando hubiera podido
abolir la tristeza de toda una jornada
con un solo ademán
con una sola palabra dicha a tiempo?

¿Qué voy a merecer si no puedo
romper las sogas que me atan
si no puedo
cortarme los sueños
sin quitarme el sombrero?

¿Qué voy a merecer este crepúsculo
aquella madrugada
la noche que vendrá bella y terrible
como una mujer
que se desnuda frente a un ciego?

¿Qué voy a hacer si no merezco
nada
qué voy a merecer si no soy nadie
o soy ya casi nada
casi nadie
aunque lo diga ahora
para tratar de consolarme
cuando a solas me escuche vivir
cuando me vea y palpe mi pequeñez alucinada
cuando me sepa a lágrimas
el espectáculo del mundo?

Qué vanidad de cosas vanas
finalmente
qué triste yo este mío
qué débil ese tú donde te ocultas
de ti mismo y no sabes

Qué poderoso ese nosotros dicho
sin ese tú que se amortaja
sin ese yo donde me asfixio
donde ya no recuerdo
cómo aprendí a morir
de letra en letra hasta quedarme
poco a poco en silencio.

ESCRITURAS TERRESTRES
(1967)

Único rostro

Heme aquí
con mi único rostro
sacudiéndome las palabras hasta verme los huesos

El viento ha estremecido mis ramas fuertemente
Me he quedado sin hojas
desnudo como la llama que devora las sombras

No soy sino esta corteza que sangra
esta carne viva
que canta

Desde sus órbitas
mis ojos petrificados miran
mi cuerpo inclinado sobre todo lámpara terrestre.

La búsqueda

Algunas veces soy el que conoces
amiga la piel cerca el espíritu lejos

Pero a menudo
casi siempre no soy
sino un desconocido aún para mí

Por eso cierro con frecuencia los párpados
para no ver mi calavera
en un espejo
para no mirarme

Por eso hablo y no encuentro
la única palabra que podría tal vez
descubrir mi destino

Por eso callo ahora
Para no ser simple cólera o nada
Para buscarme para hallarme con todo mi silencio
antes del último minuto que la muerte
hace siglos comenzó a disputarme.

Castigo o soledad

A mil kilómetros de soledad están tus ojos
acechándome
oh reina de insondables designios
ávida fiera que prepara su instinto milenario
para el asalto de la carne y el alma

Entre la sombra permanece oculta
en espera del último instante
silenciosa
apagada
como ciertos ángeles con definitiva vocación de serpiente

No duermes
No contemplas la otra cara de la vida
al fondo de tus párpados
Te pesa demasiado el olvido
sobre los bellos hombros
donde los astros y otras flores nocturnas
se posaron mil veces

En vano tus intentos de alcanzar la otra orilla
de ti misma
tu antigua poderosa inocencia
Atrás quedó tu imagen deshabitada para
siempre como ciertas aldeas después de inundaciones y violencia

No eres
no podrás ser jamás toda la vida en un instante
ni toda la muerte
de golpe

porque debajo de tu piel creció el odio
el eterno castigo
y fuiste solo llama de rencor y deseo
látigo y tiniebla al mismo tiempo

Elegía

Solo la repentina destrucción de los cuerpos
caídos en su más bello instante
amortajados por el aire del naufragio celeste
solo la muerte vestida de pájaro
cubierta de metal destrozado
podían hurtar tu corazón al goce placentero
de habitar y cantar entre los hombres
en medio de la noche coronado de verdes relámpagos
desnudo frente al mar como un joven dios invencible

¿Qué sabemos de todo el espanto
y de toda la oscuridad volcada sobre tu rostro
qué
sabemos
de toda la nada extendida sobre tus brazos
como un gran traje negro
hecha a la medida del último viaje?

Sabías que vivir es oficio terrible
Hermoso sueño más real que los muros de piedra
sabías
y eras dócil solo al amor
porque todo lo demás es apenas vestigio de humo
eco de nada
(también es amarga tarea amar a veces
pero puede alejarnos de lo oscuro
salvarnos con una palabra que no se dice
porque una piel encendida cierra el labio)
No es preciso mover en el aire pequeñas velas blancas
para irse

devolverse a la tierra a la noche de origen
Poeta has sido y tus huesos seguirán siempre cantando
entre raíces
después de la consumación de los instantes
íntegra está tu voz

Quien ha vivido su muerte muchas veces
no puede morir del todo

Aquí nos quedan
ilesos tu laurel tu juventud inmarchitable.

Nocturno errante

Adónde pudridero de sueños calle voraz
fluir oscuro de cadáveres
adónde te llevarás esta ceniza que dispersa
el viento de la noche
adónde arrojarás estos brazos acostumbrados
la sombra
este bulto escapado de la prisión
de algún delirio
este fantasma
que aún anda con el olfato
al borde del aroma terrestre?

Así caminas
con los pies ateridos con los zapatos
con el corazón
con todo el cuerpo con toda la vida
a la espalda
como un fardo lleno de soledad de rencor
absurda alegría
de deseo
de amor
de silencio
de gritos anudados en la garganta de los siglos

Para quien anda con la piel pegada al rostro
de la brisa
cubierta de oscuridad
ya nada vale más que la única moneda
con que el alba paga toda vigilia

Para quien
ha gastado
su cuota de ternura
en el amargo oficio de quitarse su antifaz de vocablos

cada instante el sosiego
se parece más el humo
a la niebla

Tú eres ese que concreto abstracto
oculto o descubierto
según hables por ti mismo o por otros
cuya vida comienza a resonar en cada palabra tuya
cuyo rostro empieza a parecerse a tu asombro

Tú eres ese que indefinido
exacto ese quien miserable
y poderoso al mismo tiempo
(Reconozco entre todos tu corazón gastado
en tantos sitios
sobre tantas aceras
alrededor de los seres)
anda en ti y en otros que te ignoran
y cantas o interrogas en tu lenguaje
hecho de cólera y amor
de oración y blasfemia
de piedra y sangre
y piedra
y siempre sangre

oh misterioso rondador de calles terrestres y celestes.

El ausente

No estar donde nuestra envoltura terrestre
acumula melancolía polvo y tiempo
es difícil tarea:
arrojas sombra sobre la vida del ausente

No estar donde el rostro habla o calla
donde las manos interrogando gritan
es vivir solo la mitad de la vida
y acaso la mitad de la muerte

Así el amor hurtado al destino
podrá ser terrible y bello al mismo tiempo
pero algo le faltará a su hechizo:
la certeza de poseer
un cuerpo infinito y efímero
una piel una blanca nostalgia
donde se toca con la mano el misterio.

Certidumbre

Ya sabemos
destino o dioses rencorosos:
un día vamos a morir un día de esos
que acechan desde un hueco del tiempo
vamos a morirnos mañana
tal vez hoy
solo falta saber el sitio
la hora pero ¿quién
no ha empezado a morir desde el instante en que abre
los párpados
y el mundo entra por los ojos
hasta tocar el fondo de la sangre?

Ya sabemos:
también hay cuerpos
amados
bellas ánforas donde puede beberse el olvido
De mar entonces
de agua distante pueden ser los cabellos
que caen sobre la piel
donde toda blancura se quema
con los besos
De metal pueden ser las miradas
De metal duro y frío
cuando ha muerto el amor y el deseo no acaba
Sí
dioses o destino
vagos seres
que nosotros creamos
a imagen y semejanza de nuestra tiniebla

de nuestro miedo ancestral
aquí estamos
sobre la tierra erguidos en los días
de brillante canícula
o acostados tal vez en nuestro lecho inevitable
junto a los bellos muslos de sombras que nos sitian

Aquí aprendemos a ser árboles nubes
ríos de voces cálidas

Aquí bebemos el rojo enigma del amor
Aquí somos

No importa que mañana tal vez hoy
paguemos a la muerte
en monedas de soledad la oscura dicha
de haber vivido como dioses que ignoran
de qué miedo
de qué sorda tiniebla
de qué ceniza miserable están hechos.

Quiero ser como ellos

Soy igual soy acaso parecido
al que habita bajo mi traje a ese
de mi piel
o soy súbitamente todos los habitantes
del planeta
y por eso mi rostro es anónimo
¿por eso mis alardos son anónimos?

¿Soy de este tiempo
tengo mis pies sobre la tierra bien sembrados
o vivo en otros sitios
en edades cuya agonía sepultaron las rocas los océanos
o vivo en una nube entre los sueños
y por eso mis sienes
se apoyan en el aire?

Es verdad que me inclino hacia otros mundos
demasiado frecuentemente
es cierto que amo lo que está lejos pero
también estoy
junto al que lleva
luto en el corazón polvo en los ojos
interrogantes en la voz
en el agrio silencio lleno de temor o de cólera

Ando entre un muro de estupor
y un arcoíris de esperanza
Me acuso de mí mismo me quebranto
los huesos
pero quiero

estar al lado del que sale
desde el fondo de su tiniebla o de su casa
para llevarle los amados vestigios
la dicha que podría ser suya
a esos abismos donde caben
el cuerpo el alma todo lo que fulgura
y pasa

Quiero estar entre quienes saben
que es posible
destruir una noche radiante
apagar una mano como si fuera un lirio
arrañar una bella mañana
con un solo ademán con una sola línea del ceño
con un solo movimiento del párpado

Quiero estar entre quienes trabajan o sueñan
o aman
entre quienes
luchan contra sí mismos
contra su enigma o su miseria

Quiero ser como ellos
para que así mi canto sea
mío como el dolor de mis hermanos
como su sangre
como su esperanza.

La sentencia

El implacable juez sepultado en su traje negro
sordo
y ciego como la antigua justicia
pronuncia la sentencia de muerte
Pero no sabe con exactitud cuánto pesa la sombra
de su texto
sobre los hombros vencidos del condenado

Demasiado punzantes para no desgarrar una piel
un corazón de hombre
son los días de la espera
caídos como siglos sobre el aire inmóvil de la celda

Porque culpable o inocente
es el hombre
es el hombre quien oye su muerte
quien ha muerto infinitas veces
en la profundidad de sí mismo

El índice que señala la máscara del rostro
la corteza que oculta el alma
o la revela alguna vez
está movido por la cólera
y por eso están ciegos
el índice
la mano acusadora
los ojos que escudriñan un gesto del que espera
detrás del hierro que separa la vida
un gesto solo de súbita y definitiva impotencia
El mundo sangra en el oscuro silencio

cuando caen las terribles palabras
de golpe
como una pared negra
sobre el hombre abatido en su tremenda soledad

Alguien entonces muere
Alguien ha muerto en cada uno de nosotros

Epitafio

Aquí yace bajo la tierra
quien luchó con su ser
con sus palabras
y ahora se pudre en el silencio
hasta el fin de los siglos.

Después

No es cierto que después de la muerte
nada quede: algo mío
algo tuyo
ha de seguir flotando
aunque sea nuestra última vibración
nuestra nada
nuestro propio alarido.

TODO LO IRACUNDO
(1975)

Denuncia

Reaparezco en palabras, luego vivo,
respiro, me rebelo, espero, clamo,
me voy gastando en todo lo que amo
y en todo lo que odio y lo que escribo

A mis propias memorias sobrevivo
Y por su oscuro nombre al tiempo llamo,
pero nada le pido ni reclamo
que no sea mortal o fugitivo

Atenta a mi destino y lucha diaria,
no solo sangra en el silencio oscuro
mi escritura de estirpe funeraria

Porque también del alba que se anuncia
participa mi voz de metal duro
hecha para el clamor y la denuncia.

Batalla por la luz

Porque nos duele y duele que haya gente
con hambre, porque existe aquí y ahora
tanta malaventura de una aurora a otra,
sucesiva y tenazmente.

Porque nos sobrecoje de repente
la angustia de esta edad desoladora
donde no queda ya sitio ni hora
en qué poner la consternada frente.

Porque sabemos nombres y señales,
orígenes de todo lo iracundo
que responde en nosotros a sus males.

Vamos a defender la luz del mundo
con canciones, con palos, con metales
y con el corazón alto y profundo.

Origen y destino

Me reconozco en esta soledades
severas de los Andes. De su entraña
vienen mi áspero ser, mi voz huraña
curtida ya de sol y tempestades.

Ebrio de misteriosas claridades,
mi espíritu bajó de la montaña
y fui pájaro y árbol y alimaña
y habitante de lúgubres ciudades.

Por amar el espacio que no tengo
vivo fuera de mí, desguarnecido
y en mi airada palabra me sostengo.

Con mi destino estoy comprometido
y sé de qué rebeldes sitios vengo:
de tierra soy. De pueblo. De alarido.

Ciencia de padecer

Este dolor de ser, esta agonía
de vivir, estas penas y estos goces
serán restos del fuego, aire de adioses
memorias efímeras un día.

Desasido de ti, ya no sería
igual la luz que ignoras y conoces,
vida a la que amo tanto en otras voces
profundas y distintas a la mía.

Mala cosa aprender la dura ciencia
de padecer por vivos y difuntos
en otras y esta única existencia.

Mala también y buena ejecutoria
la de encerrar en una sola historia
mi dolor y el de todos siempre juntos.

Noche total

Anégame en tinieblas, si estoquieres,
noche total, ajena a todo duelo
del hombre, a todo lóbrego desvelo
del ser, ya sola imagen de otros seres.

Llama viva o ceniza, a un tiempo eres
piel del abismo o látigo del cielo,
pero no tocas este duro suelo
cubierto de encendidos padeceres.

Noche total la de esta edad oscura
de los hongos atómicos sumida
en la desolación y la pavura.

Nunca como hoy la carne desvalida
del hombre conoció una quemadura
más honda y enemiga de la vida.

Arte poética

Junto a cada dolor la poesía:
la certeza más honda. Contra todo
lo que humille o lesione de algún modo
al ser humano en su terrestre vía.

Contra el odio que mana noche y día
la verdad de la muerte sin apodo
y el fulgor de la sangre sobre el lodo
traspasado de oscura rebeldía.

Contra la sed y el hambre milenaria
contra el coro que canta en la espesura
al compás de la música honoraria.

La poesía, larga quemadura,
pávida voz, diadema planetaria,
hecha toda de cólera y ternura.

Cercana muerte

Tanta luz por el aire dura, inerte,
tronchada. Tanta luz por el verano.
Tanta luz resbalando por tu mano
y tanta sangre ciega de no verte.

Tanta ausencia o destino y tanta suerte
jugándote al amor y al tiempo vano.
Tanta luz por el cielo más lejano
y nubes por la más cercana muerte.

Tanta ausencia o camino y tanta espera.
Ah, si el instante, si la curvatura
del espacio de pronto devolviera
la ceniza a su azul forma de llama,
la harina lenta a su dorada altura
y la frente del hombre al centro que ama!

Encuentro

Allí, cerca del cielo, donde habita
la música. En la sien ensimismada
donde tiene el silencio su morada,
donde en vano la sangre calla o grita.

Allí, donde la piel es infinita
como quien ama y deja el alma en cada
beso a ras de la boca deseada
que al solo roce de la luz palpita,

allí nuestro primer encuentro: verte
ya para siempre. Fábula o historia
en que amarte fue igual a conocerte.

Allí, juntos, dos cuerpos sin memoria
de sí mismos. Allí, sobre la muerte
nuestra primera y última victoria.

Corazón

Pequeña inmensidad, breve puñado
de tierra palpitante, vago viento
modulado en la flauta del lamento
y en la noche del tiempo desatado.

Marinero rumor encadenado
al ritmo de su propio movimiento.
Secreta rebelión. Deslumbramiento.
Corazón, mundo ciego en el costado.

Llenas con tu fulgor la noche oscura,
con tu ceniza el fuego de tu anhelo
las olas del mar con tu amargura.

Con tu rumor la inmensidad del cielo,
el silencio lunar con tu voz pura
y la noche sin fin con tu desvelo.

Elegía

Después de vivir tanto, de alejarte
tanto de ti, cesó tu itinerario
y aquí tenemos solo el funerario
rostro que no podremos ya mirarte.

El tiempo te quitó la peor parte
y te hizo más justo y solitario.
Viejo iracundo, viejo atrabiliario,
déjanos para siempre reencontrarte.

Damasquino, librado de martirios,
eres un sirio más entre los cirios
que te alumbran la piel llena de muerte.

Pavesa del destino, te llevamos
en lo más hondo, mientras esperamos
que nos dejes tal vez ahora quererte.

Ciertos poetas

Ciertos poetas vagos, desleídos,
cubiertos de laureles como antaño,
ya de tanto escuchar su propio daño
o pena desgarraron sus oídos.

Poetas de este mundo desasidos
que dicen no llamarse nunca a engaño,
pero todos de idéntico tamaño
y ajenos a otras voces y alaridos.

No perturba un clamor su paz creadora
ni una lágrima el muro en que se cierra
la soledad que ayer no más cantaran.

Como si no vivieran esta hora,
como si no estuvieran en la tierra,
como si nada vieran y escucharan.

Protestas contra la guerra

1

No, no, nunca. La sangre, la cascada de sangre. No la muerte. El firmamento ensangrentado. No. Desata el viento olor de sangre. No. La luz tronchada.

La sangre no. La muerte. Sangre en cada palmo de tierra. El pávido lamento. Grito de sangre. No: desangre. Lento sol de agonía. Carne desgarrada.

La sangre no. La guerra no. El conjuro de tanta soledad: el aire duro donde ya nada puede retenerte.

No, no, nunca. La sangre como un río de lava y piedra ardiente. No. No hay frío más agudo que el frío de la muerte.

2

No más la muerte. No, no más el llanto. La herida insomne. El aire en que fulgura la sangre como viva quemadura. No más tintos en rojo espada y canto.

No más la guerra. No, que ya de tanto morir la tierra sabe a sepultura.

No más. Que el hombre es Lázaro y perdura
en su barro de cólera y espanto.

No más la noche convertida en día
y el día en la noche. No. Ni la agonía
de vivir siempre el último minuto.

No más ese fulgor deshabitado,
roto sobre la muerte del soldado
ese fulgor de anticipado luto.

3

No más ese relámpago de hielo,
ese grito de sombra, ese sonido
lúgubre de metal, de mundo herido
y luz amortajada en pleno vuelo.

No más la noche, el cálido desvelo,
el memorioso sueño: lo vivido
todo en un solo instante: ese que ha sido
dado para morir de cara al cielo.

No más el odio, el viento que cercena
cuerpos jóvenes, flores, rota vena,
donde queda el espanto coagulado.

No más desolación, llanto, locura,
castigando la piel de la ternura
sobre el pecho del hombre, desgarrado.

Desvalida verdad

Los pobres, la marea desatada,
el gran dolor apenas entrevisto,
los inermes ejércitos de Cristo
sobre el haz de la tierra devastada.

El aire que lastima la mirada
es duelo anticipadamente visto
y cuchillas de hielo siempre listo
para rasgar la carne desolada.

Llanto de los suburbios, desvalida
verdad, dura niñez, oscura vida
debajo del vestido miserable.

Toda la ira y la amargura juntas
en una sola voz innumerables
cansada de oraciones y preguntas.

Nocturno

Oye su cuerpo, amor, su cuerpo mío,
noche y ola, cantar bajo mi tacto.
Oye su cuerpo interminable, intacto,
hecho de musgo suave y de rocío.

Oye bajo su piel dorada el río
ávido del deseo. El puro acto
de contemplar su cuerpo tibio, exacto,
ciega todo de terreno y poderío.

Miro su cuerpo. Huye. Reaparece.
Nace en el aire. Entre las hojas crece.
En largas ondas llega hasta mi mano.

Oye su cuerpo, amor, su melodía.
Arena y ola. Beso y agonía.
Cruza el deseo, amor, hacia el verano.

Otra elegía

Bajo el cielo, en lo inhóspito, en la sierra,
cerca del río, al borde del abismo,
eras la sola llama de ti mismo
y de todo el dolor sobre la tierra.

Tu agónica pasión más vida encierra
cuando de pie, en mitad del cataclismo,
muestra la única vía tu heroísmo
en lucha desigual contra la guerra.

Eres todos nosotros y ninguno
y en cada uno va tu voz clamando,
muerto y vivo a la vez en cada uno.

Cristo del siglo XX, caminando
hecho pueblo, hacia el próximo XXI,
con hambre y sed hasta quién sabe cuándo.

Autorretrato

Mírame: este es el rostro donde empiezo
a pudrirme hasta el fin. Esta es la cera
que cubre lo que soy. La calavera
donde cayó tu más desnudo beso.

Este es el aire en que me muero, preso
entre guardias de cal. Aquí mi entera
desolación apaga la postrera
huella de esta pisada sin regreso.

Míame: este es el rostro donde cava
la noche hasta encontrar el hueso inerte
cuyo fuego fatuo el mundo acaba.

No hay sosiego en mi vida y escritura
y tú lo sabes: tengo de la muerte
la misma dimensión y vestidura.

Soneto cristiano

A tus eternos manantiales llego,
Señor de la azucena y de la rosa,
para oír en su linfa melodiosa
la voz de tu dulcísimo sosiego.

Vengo desde la noche donde ciego
busqué al azar tu luz maravillosa
y hoy, integrado a tu verdad radiosísima,
mi voluntad a tu palabra entrego.

Bajo esta soledad que me destierra
quiero seguir tus pasos desatados,
seguro de tu amor que nunca yerra.

Pero si yerra, vuélvete y, airados,
tus brazos se alzarán sobre la tierra
con los desposeídos y olvidados.

Certeza del sueño

Ella, más que como ella, única y cierta
es como yo la sueño: he recreado
su belleza en mi ser, y me he quedado
solo con ella, en mi interior, despierta.

Puebla su voz la noche antes desierta,
fulguran sus cabellos a mi lado
y hay una flor de cuerpo evaporado
en su sonrisa inmaterial abierta.

Herido de su gracia y hermosura
el corazón se asoma a la mirada
y se detiene a contemplar su altura.

Esta, más que la imagen de la amada,
es la del sueño. Toda la dulzura
en su más pura desnudez soñada.

Al Cristo negro de Massis

Si tú, el Hijo del Hombre, nuevamente
vinieras a este mundo amenazado
de exterminio, serías condenado
otra vez, pero a muerte diferente.

A muerte sin espinas en la frente
ni lanza de Longino en el costado,
más solitario aún y más negado
y más escarnecido entre la gente.

Pero si regresar acaso quieres
haz pedazos, Señor, en un segundo
el madero en que aún sangras y mueres.

Y del templo magnífico del mundo
sácanos los siniestros mercaderes
a golpes de tu látigo iracundo.

Simón Bolívar

Tú, General, querido compañero
que padeciste tanto desengaño,
pide que cesen este ciego daño
y este dolor de pueblo, verdadero.

Que cesen este aire lastimero
y esta ceniza y este fuego hurao
y este vivir en medio del engaño
y el miedo que recorre el mundo entero.

Pero si entre la sombra amenazante
en vano se ha esperado y el camino
se equivoca o lo cierran un instante

entonces, General, no pidas sino
ordena al pueblo que otra vez levante
tus banderas y cumpla su destino.

A nuestro señor Don Quijote de La Mancha

¿Qué súbita llamada de aventura
te armó, señor, poeta y caballero?
Ya sin coraza fiel ni limpio acero
puedes cruzar la ilímite llanura.

Tal en la luz su desolada altura
ciñe en la noche el pávido lucero,
puebla de claridades tu sendero
la encendida razón de la locura.

Apenas hoy, desnuda, en la memoria
yace tu sombra. Apenas la ilusoria
brisa del tiempo fustigó tu ceño.

Solo tu brazo, ciego en el vacío,
vela en su alucinado poderío
por la transida plenitud del sueño.

César Vallejo

Qué desesperación de vida y muerte
juntas, César, ardía en tu costado.
Qué madero de amor habías llevado
hasta caer sobre la losa, inerte.

Qué látigo de espanto, oscuro y fuerte,
castigó tu pasión, rostro tallado
en piedra de los Andes, puño airado
contra las embestidas de la suerte.

En la noche infinita se abre y cierra
la puerta de tu cálida ternura
batida por el viento de la sierra.

Nunca existió más honda desventura
que la tuya. Ni ser sobre la tierra
herido de mayor desgarradura.

Epitafio

Detente, peregrino: aquí reposa
lo que fue el cuerpo, júbilo o quebranto,
de quien consigo mismo luchó tanto
que selló con su sangre cada cosa.

Deshabitado ya, bajo esta losa
yace el que fuera hueso del espanto
y carne de pasión y piel de llanto,
piel, también, del deseo, misteriosa.

Iracundo, rebelde, de algún modo
tuvo su hoguera, su clamor, su sierra,
su apagado laurel de sangre y lodo.

Vivió con su destino siempre en guerra
como se debe, así se pudra todo
sin sonido debajo de la tierra.

LA TERNURA Y LA CÓLERA
(1977)

La súplica

Tú la más indefensa
perdónanos
porque hemos tocado tu rostro
con estas manos teñidas de sangre
con estas manos sucias
capaces de apagar toda lámpara

Perdónanos
porque hemos mancillado tus templos
donde oran y gimen cobardemente mendigos magnates

Tú la más honda
escúchanos a lo largo de siglos
hundidos en nuestra propia pequeñez y perdónanos
porque hemos pasado
con los ojos cubiertos de podredumbre
y vanidad
junto a los moribundos
junto a los que perdieron una pierna
dos ojos
una mano
la dicha de vivir completamente.

La gran desolación

Tú las más desolada
y la más apta para alzarnos
desde este milenario tugurio de ceniza
donde yacemos
tú la más apta para hacernos rebeldes
y para despertar grandes fuerzas
al fondo
desde hace millones de años
acompañanos
tú más apta para decirnos que el amor no se mata
tirándole piedras
y palabras
podridas por dentro
palabras con el corazón agujereado de mentiras
porque el amor es como la libertad
debe ser
como la libertad que se pide una vez o se toma
lo mismo que el amor y después se defiende
con besos con amor
con barricadas y fusiles
y sueños
y todo lo que fuere necesario para no regresar
a la primitiva negación de las sombras.

En medio de la tiniebla

Un latigazo fue bastante
un salivazo en pleno rostro una gran luz
desatada como la ira
que se acumula durante siglos
fueron suficientes
para dejarnos
de súbito en medio de la tiniebla
entre los coros de ayes
de fantasmas inconsolables
cerca de los ciegos mirándonos
sin luz
con una gran pregunta atravesada en la garganta
y Dios al fondo
llorando
preguntando
llorando como jamás
Dios preguntándonos qué hicimos
qué pudimos hacer para no dejar una sola piedra
sin huella de sangre
un solo hueco del espacio
sin la desgarradura de un grito de una llama terrible
arrojada a la cara del infinito.

También nosotros

Más mortales que nunca
nos hemos preguntado de dónde
pudimos sacar
tanta fuerza sin corazón y tanta cólera
y tanta devastación
sembrada con cuchillos
con látigo
con ametralladoras y otras armas mayores y menores
igualmente capaces de herir y destruir
todo asomo de vida planetaria
y dónde pudimos sacar tanto descaro para vernos
después
para decir que somos parientes
de los ángeles
hijos de Dios

Qué última miseria qué
burla qué ironía
qué última
miseria
ganada a golpes de traición
qué pequeñez dispuesta al odio
qué ácidos letales
depositados en las vísceras
más allá de la sangre
más allá del fulgor de los huesos.

Poderío de amor

Y tú la más desgarrada
la más desgarradoramente humana
has llorado en el absoluto silencio

Allí donde puede conocerse el asombro
la gravedad
el terror de ser hombre

Y has llorado con nuestros ojos acuchillados de tiniebla
tú capaz de salvarnos
tú sola
poesía insultada golpeada por quienes
han llegado a tus puertas
desde hace millones de años
hasta tus puertas solamente
porque se necesita amor
poderío
de amor
para cruzar ciertos umbrales
y todo el idioma
no basta para alcanzar tu claridad

es decir
tu misterio.

Hasta el final

Tú la más honda
tú la más desgarrada
la más desgarradoramente lúcida
la más apta
para hacernos humildes y poderosos
como el amor
nos seguiste a lo largo de las edades
y en esta
que nació con la agonía de millones de hombres
estarás con nosotros
estarás con nosotros hasta el final.

Rostro de nadie

Vengo a ser solamente mi humilde luz mi ala serena
vengo a ser yo mi canto

Dejo atrás polvo y traje raído
camino y caminante
dejo atrás piedra y nube

No me entiende el que muerde las uvas
sobre el pecho de nieve
no me entiende el que llora con el rostro en las manos
no me entiende el mendigo
No me entienden

Sin embargo estoy hecho de la misma materia
de la misma esperanza
de la misma luminosa miseria

Dejo atrás mis imágenes falsas
mis estatuas de humo
mi rencor solitario
mi máscara de niebla dejo atrás
No me entienden

Voy a ser yo
lo mío
fiel a mi libertad
soberano de mi tiniebla si es preciso
pero fulgor de nadie
pero rostro de nadie

eco de nadie.

Otra cosa es vivir

Una cosa es decir que se vive decir que se ama y
ceñirse de súbito sin consultar el corazón
los laureles de lujo
esas palabras
muertas
esas ruinosas construcciones de música

Una cosa es decir que se ha vivido
que se ha amado entre locuras y agonías
y que quedan no obstante
las cenizas del ser
tal vez la llama
de deseo allí dentro viva aún

Una cosa es decir contra viento y marea
“viviré seré barro que canta
y agua que sueña
y alarido que un día va a morir”

Una cosa es decir que se tiene de pronto
todo el cielo en la palma de la mano
sometido pequeño
y otra cosa es vivir otra es hallarse con toda
la noche a la espalda
con el asombro y el dolor sobre la sien
y otra cosa es haber vivido en medio
de tempestades y lujuria
y otra es saber que siempre
se vivirá mientras el cuerpo pueda con el peso del alma

Otra cosa es vivir quedarse solo con todo el paraíso
y con toda la muerte
y con todo el amor y todo el odio
y todos
los olvidos.

Balada

Niña tu amor es un paraguas
para cruzar el desamparo

Yo estoy adentro de mi traje
como un alucinado

y veo caer junto a mis plantas
el polen dorado de los astros

Toma este ramo de nostalgia
para aromar tus ojos glaucos

No veré nunca tu perfil
junto a la sombra de los barcos

Porque la muerte se irá un día
ciega llevándose mis cantos.

No hay tregua

He aquí mi campo de batalla: un ser llagado
por la pena una sangre rebelde
castigada por la tiniebla
un hombre
carne y lágrima
hueso y desamparo.

No escucho ya el rumor del rocío
bajo la noche
no escucho el viento de la luna
ni la música de las hojas
que viajan sobre el agua.

No escucho la respuesta del sueño
ni la llamada del océano
estoy sordo
no quiero oír
no puedo
solo ruido de destrucciones llevo dentro.

Estoy en guerra con la muerte
desde mi nacimiento
estoy en guerra a muerte con el olvido
con el minuto con la eternidad
con Dios conmigo mismo.

Estoy en guerra contra mi propia vida
con mi propio desgano
guerra con mis palabras
y guerra también con todas
las palabras.
Estoy en guerra a muerte con mi muerte.

APRENDIZAJE DE LA MUERTE
(1978)

Quién eres

Quién eres en este sitio donde yaces
como ciertos fantasmas tratando de inquirirse
a sí mismos, quién eres en este mundo
poblado de criaturas de diferentes condiciones,
ahora, cuando has conocido
el dolor y el terror de ti mismo
en este sitio donde te han humillado con idéntica saña
los ángeles más anodinos y los vendedores de caballos
y de otras especies sujetas a transacción?
No te pregunto, al menos en esta escritura,
quién fuiste en otras latitudes, hace siglos tal vez,
hace algunos instantes,
cuando en el hielo del espejo
que está al lado izquierdo de tu habitación
te mirabas y no
te reconocías
como quien pasa junto a una persona cuyo rostro
le recuerda vagamente los gestos de otra.

No te pregunto
ahora
quién serás cuando hayas vivido otro tanto
oh pávido sujeto de la desolación.

Dime quién eres en este momento, en este sitio
donde brotan terribles palabras de tu pluma
y luchas con un homicida embozado bajo la noche.

Llamo a tu puerta

Llamo a tu puerta. Golpeo con su aldabón
la madera color de sombra:

Un sonido largo recorre el interior de tu casa,
los lugares donde tal vez habrás soñado
contigo misma,
amor mío,
con tu perfil lleno de enigmas
como el de una diosa antigua.

Llamo otra vez. La última,
ahora un alarido vegetal huye hacia el fondo.
Hacia el salón donde reina tu cuerpo.
Allí también hay lámparas.
Pero tú no sabrás
cómo duele la tiniebla en los párpados.

Allí estarás, apoyados los codos sobre tu lecho,
definitiva como eres, piel dorada
capaz de cubrir el pudridero de peces salvajes
donde tu alma se descompone
y tú no puedes impedirlo,
no puedes
evitar
que huela tu alma
aunque bajes la tapa del ataúd.

Así maldigo el tiempo que destrocé buscándote,
llamándote bajo la lluvia que apagaba mis cigarrillos
mientras ardía con más fuerza

la cólera,
mi única respuesta al dolor,
en los confines de mi ser indefenso y llagado.

Cansado de llevar

Cansado de llevar tus propios muertos y tus vivos,
antiguos acreedores los unos y puntuales aves de rapiña
los otros,
como un animal acosado por el presentimiento de su fin,
te hundes en lo más fiero de la noche,
en lo más resguardado de tu madriguera.

Eres el que ha deshabitado su casa, su patio azul
bajo la luna,
perseguido por no saber qué ángeles implacables,
qué ruidos de hechicerías y de sórdidos ritos
grabados en tu memoria en donde ya
no caben tantas cosas
y sobre todo tantos seres como te han atormentado.

Déjame morir un poco contigo.
Un poco solamente porque también debo morir con otros.

Ya viví demasiado detrás de tu epidermis,
en la profundidad de tus huesos
que mañana serán pábulo de fuegos fatuos
encima de los sepulcros donde mueren los muertos más apasionados.

Donde tú mismo dormirás, si es que puedes,
con un resto de soledad en cada párpado
y una nostalgia de alas en los hombros.

Los que me dieron

Los que me dieron este júbilo,
esta ebriedad de vivir,
de ser inmensamente como el aire lleno de ojos
que saben palpar la suave piel,
las misteriosas superficies,
las cavidades donde crece la luz entre raíces,
agónicas herrumbres y ruinas de otra edad sepultada
desde hace millares de siglos;
los que me dieron
esta alegría poderosa
de estar aquí, bajo la sombra de tu cuerpo,
de ser ávidamente
como el agua
que lame tus brazos
donde es posible morir del más feliz olvido;
los que me dieron este gozo tan parecido a la locura
de amar, este gozo de ser humildemente
como una hoja del verano o mejor
como una hormiga que transporta esa hoja;
en fin, los que me dieron
todo esto que me rodea con ternura
y que llevo
por dentro,
me dieron también una fuerza, una ira secreta
para hacer frente
al dolor y me dieron también
la cantidad de sueño que se requiere
para sobrellevar este tristísimo metal, esta materia,
palpitante sarcófago al que me ataron para siempre;
me dieron este dolor y esta alegría

y este desgarramiento de ser
y de decirlo a gritos, a aldabonazos de silencio
contra las puertas de la muerte.

Niégate

Niégate si esoquieres y confúndete de una vez
con la tiniebla
pasa como el brillo del día sobre el agua:
ni una huella dejes
ni la más leve imagen tuyá
dejes aquí,
devuélvete a tu materia original, a tu nada colérica
cuando hayas terminado,
si estoquieres
pero antes
sé tú, sé inmensamente tú cantando contra la tempestad,
sé nosotros también
cantando contra las olas de la muerte,
sé tú y al mismo tiempo nosotros
hasta dolerte nuestra piel,
hasta sentir en tus huesos
nuestra cal, nuestro blanco alarido,
el mismo fósforo en que tu calavera se derrumba.

Arranco mi corazón

Arranco mi corazón, raíz carcomida
por un ejército de invisibles gusanos,
mi corazón desesperadamente asido a los seres
que ama
a su poca esperanza,
arranco este rojo fruto donde madura la muerte
y lo echo al aire húmedo de noviembre,
al aire herido de metal y azucenas
para que caiga luego sobre la tierra como una
semilla podrida, ya sin otro destino
que el de volver a su osario común,
semilla rota,
hueso quebrado, fruto que no regresa,
pero en cada caída transcurrirán mil años
de mi vida, de lo que soy
y no soy,
en este duro haber sido, rodeándome de mí,
conociéndome
en toda la dimensión de mi ceniza
blanca de ira. Odiándome.
Desconociéndome también.

Con interrogaciones

Con interrogaciones, con largos ojos
llenos de cal y de otras substancias igualmente punzantes
con un amor desesperado debajo de la piel,
con blasfemias y cólera
en los poros,
adentro,
mar adentro del corazón, maestro mío,
discípulo rebelde para el aprendizaje de la muerte,
con dudas, con temor,
con esperanza, con todo esto que es la vida,
qué hago
aquí
en el centro de la sala,
entre los visitantes que se mofan de mí,
de mis preguntas,
de mis largas miradas llenas de cal
y de otras materias igualmente punzantes,
qué hago aquí en el centro
de la sala donde me observan implacables
los fantasmas que yo mismo he creado
y que ahora se mofan de mí, de mis blasfemias
y mi cólera,
de mi espanto, mis dudas, mi obsesión primera y
última
qué hago,
pienso a gritos, aquí con este amor desesperado,
dándole vueltas al sombrero de mi alma,
dándole
vueltas,
y más vueltas?

Los días vividos

Los días vividos con soleada pasión
en un pueblo ahora remoto
son apenas un halo de niebla
alrededor de cierto rostro, cierto espacio
adorado hasta el límite, allí
donde se toca
la piel del enigma,
¡el aire resplandeciente del deseo!

Nunca más la tristeza, su apagado violín
vuelto lágrima bajo el arco
de la noche ojerosa. Nunca
más ese pulso turbado por la locura
una vez solo
bajo la llama devastadora de la frente.

Ahora somos los que se amaron un instante
en alguna edad ciega pero desgarradora-
mente hermosa. La única
tal vez
que podemos oponer a la muerte,
al abismo en que ardemos como dos barcos
separados por todo el océano,
por toda
la eternidad, el frío espejo de la nada.

Devuélvete a tu noche

Devuélvete a tu noche de origen,
a tu primera soledad, mago sin más poderes
que el amor y la cólera.
Atraviesa la región del enigma
donde flotan tus párpados
pesados de recuerdos.
Tus párpados que cubrieron mil veces
las terribles criaturas
donde te miras como en un rostro muerto,
espejo último, hielo de un infierno
que fue paraíso también.
Levántate del polvo donde habitas
entre las bestias y las piedras
desde hace tiempo.
Ya no quedan
caminos para elegir. Y sin embargo
buscas otras imágenes,
otro hechizo, otros mundos.
hechos para el amor o la cólera,
otro paraíso y otro infierno.

No

No,
no te conformes con ser lo que eres,
con lo que has sido a través de los años,
los siglos que has vivido en tan poco tiempo.

No,
no te conformes con la mínima ración de esperanza
que te dejan para tenerte adormecido.

Nada de sumisión:
solo tu único designio,
tu obstinada manera de atravesar la estación calurosa
el invierno, tu propia desolación frente al destino, tú mismo.

No,
no te conformes con lo que tenías
que haber sido,
no aceptes otra luz que la tuya.
Hacia atrás nada: ni un solo paso
y si no tienes luz
preferible tu propia tiniebla,
preferible tu cólera, tu sola desgarradura,
tu alarido final a dos pasos más allá del abismo,
todo,
antes que pasar como ciertas alburas
semejantes al algodón de los corderos,
todo
antes que vivir sin dignidad,
todo,
inclusive la muerte.

NOCTURNOS DE LÁZARO
(1986)

Soy Lázaro, soy Lázaro!
Aunque lo haya callado durante siglos,
soy Lázaro:
me identifico por mis llagas.

Todos me reconocen
por el rostro que llevo
cubierto con mis manos ya carcomidas,
mis manos transparentes de mendigo
sentado junto a la puerta
de la mansión donde su dueño todavía
viste de púrpura y de rico lino
en la hora ciega de la fiesta.

Soy Lázaro
aún busco los mendarugos que caen
de las mesas
aún los perros lamen mis úlceras,
esas heridas que ni el tiempo ha cerrado
aún me escucho gemir desde el infierno
que ardo desesperadamente,
asido a mi cal iracunda,
desventurado,
pero con una espada y un incendio por dentro,
rebelde con una espada y un incendio por dentro,
rebelde como el ángel caído sobre la tierra.

Porque viví con todo el cuerpo
habitado de corazón, porque vivo con toda
la piel llena de ojos que rozan el infinito,
porque así viviré hasta la hora
en que despierte en otra orilla,
porque soy de la misma estatura
del polvo, de la misma materia
de la cual se construyen
las casas de las hormigas,
los hormigueros de los hombres
y tantas otras cosas igualmente capaces
de encerrar soledad y miseria,
porque soy
como la tierra y tengo sed
y como el mar llevo en el pecho naufragios,
porque soy ese espacio que hay entre mi ojera
y la ceniza,
entre mi sangre y las palabras,
porque soy casi todo y casi nada al mismo tiempo
y nadie algunas veces y lo digo,
me alejan de sus casas suntuosas,
me confinan a sitios desde los cuales no les llega
el clamor que por dentro adormecen
como serpientes,
me apartan de su lado para no ver mis llagas,
para no comprobar
que me parezco demasiado a ellos mismos,
a su manera de ocultar bajo el párpado
al mendigo que se mira en mi espejo.

Iba por una calle
solo bajo su piel.

Iba cantando solo
iba haciéndose
solo
preguntas y preguntas
que nadie pudo
nunca
responder.

Iba perdido en sus cavilaciones.
Iba como contando
los pasos que le faltan
para llegar a su destino.

Nadie podrá
saber
dónde comienza su agonía,
dónde brillan
sus huesos,
dónde clama su sangre.

Iba por las orillas
de sí mismo
y era un poco él y un poco
los demás
al mismo tiempo.

12

Y si no queda otro camino
que la intemperie.

Si no queda después de andar sino el espacio
donde van a morir nuestros pasos
ya definitivamente solos.

Si no somos otra luz que el espejo
de lo que alguna vez
entrevimos
en otro tiempo más hermoso.

Y si nos encontramos de pronto con la piel
apagada y amarilla de tiempo
y nos miramos fijamente
sin saber quiénes somos.

Si no reconocemos otros maestros
que nosotros mismos,
si no reconocemos nuestros rostros
desleídos de tanto desencuentro?

Olvídate un instante de ti.
piensa primero que has venido desde ese
pudridero de lo siglos
donde unos hombres que no sabes cómo eran,
cómo blandían en el aire los huesos de las bestias
o los picos de piedra,
fueron tus antepasados y los antepasados de estos hombres
que salen de las minas
o bajan de los andamios con los rostros tiznados.

Olvídate de ti, de tus parientes,
de tu más personal lección de muerte,
de este dolor,
de este desgano, si es preciso,
porque vendrán también otros seres
que trabajaron en sitios donde la luz no reina,
vendrán con los ojos llenos de polvo y lágrimas,
con los cabellos húmedos de sangre
y lluviosos de olvido,
vendrán a tocarte los hombres y a decirte
que eres uno de ellos,
los queridos fantasmas de la desposesión,
de la primera desgarradura que apareció sobre la tierra.

Ahora queda el más helado viento
rodeándome,
la más honda desgarradura,
recorriéndome el corazón y la conciencia,
ahora, madre, cuando yo también he muerto un poco
contigo y he perdido una parte de mi nombre
porque ya no lo dice
tu voz venida desde el fondo de la infancia.

En las mañanas soleadas y tristes,
según el rumbo que el espíritu lleve,
frecuentemente llego al sitio de la tierra
donde yacen tus huesos
y me quedo pensando:
nada perturbe la música del aire,
el silencio, el dolor ya sereno,
porque mi madre duerme debajo de las flores.

Tener aquí tus manos, tu piel suave,
tu frente oriunda de otros planetas,
tenerte aquí y ahora
es descubrir poco a poco
el sitio humilde,
el aire lleno de voces cálidas,
la luz que no nos dieron
en el instante del reparto
hace millones de años.

Tener aquí tu cuerpo,
casi la resonancia del perfume,
es olvidarse de ser Lázaro
y venir desde el sepulcro,
es descubrir súbitamente
toda la música del mundo
en una hoja que apenas roza el agua
mientras viaja de espaldas,
vuelta al cielo.

Tenerte es tantas cosas y ninguna,
es tanta luz de golpe,
tanto amor, compañera,
que me quedo sin números,
que me quedo sin habla;
que me quedo sin mí, sin mis harapos y mi cólera.

Si te quedara una última llama
una pavesa de vanidad después de todo
el sufrimiento acumulado
sobre tu piel,
si al menos una parte
de este modo desesperado
de querer te protegiera un poco, si no fuera tu soledad
esa adulta manera
de evitar verte en otros,
si tantos nombres
y tantas imágenes
como debes recordar cada día
no fueran algo más que
esas vagas palabras,
esos objetos tristes
que ruedan como botellas rotas
basura que lo va inundando todo,
dime con qué silencio
callaría entones.

Un día olvidaré que soy Lázaro,
me quitaré mi muerte como un traje raído,
seguramente demasiado oscuro
para un día de sol como este
en que podrías,
con un poco de esfuerzo, acompañarme,
amarme casi como si comenzaras
a compartir las cosas mías.
Atrás dejaré los caminos,
las espinas, el polvo,
todo lo que me hirió, nubló mis ojos
y castigó mis sueños y mi cuerpo.

Soy el que busca tus rastros
sobre la arena del desierto.
A veces tú no sabes
cuál es mi nombre. A veces
olvidas lo que soy.

Pero mírame el rostro,
identifícame:
huyes de mí porque soy Lázaro:
me destruyo lentamente por dentro.

Acorralado por la jauría de tinieblas
que salieron de mí, que fueron pábulo de mi sangre
y que a la vez mi sangre alimentó con sus delirios,
acorralado por mi propia violencia,
por mi corazón mitad ternura
y mitad cólera,
ciego, desasistido, rompiéndome contra el mundo,
me repliego debajo de mis alas quemadas,
desguarnecido ya de todo lo que no me pertenece,
en el último sitio
donde me pudra desde el comienzo.

Amargo también como ciertas raíces
desenterradas por el huracán,
huyo desde mi piel, desde mi herida más profunda
huyo pero me quedo atado al hueso del olvido,
amargo como el rostro de Lázaro
que cubre lo que soy.

Desorientado,
perdido para siempre,
irrepetible como la llama de una lágrima,
no volverás a ser lo que fuiste
cuando tu madre se paseaba entre las rosas.

No volverás a ser.
No volverás.

26

Ya no eres tú mismo.
No recuerdas ni tu propia ternura de otro tiempo.
Te pesan sobre el hombro mil años.

Ya no eres el que llevaba una palabra
para cada ángel roto,
para cada perplejidad de muchacha
con el cabello demasiado triste bajo la lluvia.

Ya no eres
el mismo que llevaba una pasión grande como la muerte
atada al hueso blanco.

Te pesan sobre el hombro todas las estaciones.
Ya no eres el que hacía gemir amapolas enloquecidas
bajo el mar que cubría
su piel nocturna y ávida.

No recuerdas esa cólera tuya
frente al ser humillado, al amor
humillado,
a la tierra y al cielo humillados.

Acaso llevas siglos semejantes a muros
encima de ti mismo. Te pesan
demasiado ciertos atardeceres.

No puedes ya volverte a ver el mundo y ordenar las estatuas
a la orilla de cada avenida,

no puedes levantar con la mano todo el fuego del día
como una manzana ebria de sí misma.

No eres
el que pasaba de los puentes
cantando.

No eres el que asistía a esos combates
en que frecuentemente acaban los festines
con una flor de luto
y otra flor
encendida sobre el traje apagado.

No podrás ser el mismo que regresaba cada noche
con un sabor de uvas lejanas
sobre el pecho,
porque ha caído mucho polvo en tus ojos,
porque ha llovido largo,
largo tiempo
sobre ti, sobre tu cuerpo.

Ya no podrás ser otra vez tú mismo
aquel que acumulaba cada día ternura y cólera,
dolor y gozo en la memoria de la piel
tuya y de todos
y de nadie.

Pero tú me respondes desde tu última miseria,
desde tu sitio planetario:
Yo soy
quien ama todavía,
quien no ha muerto porque ama,
quien tal vez nunca

morirá del todo
porque ha amado, porque ha dejado que hable
por su boca un instante
el misterio
antes de desaparecer dando tumbos en la tiniebla.

HUÉSPED DEL ASOMBRO
(1986)

Alma reaparezco
y escribo

Ya no soy
esa errante materia
ese fragmento de ciudad
que camina
ese ataúd que anda
vertical todavía

También las esculturas de la noche
deambulan bajo la lluvia
perdidas entre mi corazón
y sus suburbios
calle arriba calle abajo
tal vez
con todo el peso de lo efímero
sobre las sienes

Contada la soledad
pegada al cuerpo
tensa como un abrazo de mujer
así camino
por el muelle escondido
detrás de una música
antigua

Así me veo caminar
por una acera interminable
por una memoria
perdida no sé dónde

no sé junto a qué mar
no sé cuándo

Como si ardieran los relojes
las flores del tiempo
sobre el agua
después del verano
y la sed
que deja el deseo
cuando fue suyo
el amor de pronto

Como si ardieran tus pupilas
mis párpados
la única mirada de los dos
crece el mundo se aleja
entre sus círculos dorados
hasta no ser sino un rumor
de ausencia
diademas de silencio
sobre la sien
sobre este duro sitio
donde comienza
todo viaje toda desgarradura

Ahí tienes el castigo
te lo advertí mil veces
pero mil veces
no quisiste oírlo

Te lo dije
desámate algún día
alguna vez un poco
para que puedas ser tú mismo
tú solo
nadie más
tú ya encontradamente parecido
a tu manera de quedarte
con el ceño arrugado
diciéndote que no
que no puedes estar siempre de acuerdo
con este con aquel con todo el mundo
y todo el cielo
no!

Ahí tienes
el castigo
por amarte como si fueras
el hijo ciego de ti mismo
por amarte

Ahí tienes
ya no sabes qué rumor de ceniza
hay detrás de tu piel cuando hablas
y hablas

como si solo con palabras
pudieras abolir la angustia el miedo
ese ángel negro
que sacude las alas
como un paraguas hecho
para ir en invierno a los entierros
y aún en otras ocasiones

Ahí tienes
el castigo
ahora quédate contigo mismo
hasta que aprendas poco
a poco
 a desamarte
 a ser también los otros

Este es mi homenaje a tu vida
y a tu muerte pequeño héroe de cada día
desaparecido en las circunstancias más humildes
entre las desiguales paredes
de las minas a cuya sombra descendiste
con una luz sobre tu frente
y una ramita de azahar en el pecho
una estrella que florecía en tu interior
porque pensabas en un rostro
en unas manos suaves
que te esperaban allá arriba
porque pensabas en una casa
llena de ventanas
y es difícil eludir tantos sueños
cuando se baja con todo el silencio
hasta tocar el fondo
como si no fuera el cuerpo solamente
sino el alma la que cuelga de un hilo

Pequeño héroe callado comandante
de los oscuros socavones
este es mi homenaje
a tu jornada valerosa
joven obrero acostumbrado
a morir cada instante
allí donde la noche se acumula en los ojos
y en los objetos que se desdibujan
y crecen y se mueven
como enormes fantasmas
mientras tus brazos se alargan
y resuena el alarido del carbón

en ese espacio mínimo donde sudas
y te invaden de pronto
unas terribles ganas de salir
de poseer toda la claridad
que las paredes te asesinan

En las ciudades a menudo
difíciles de amar
frecuentemente inhóspitas
y siempre o casi siempre adversarias
nadie ha pensado que las fábricas
se mueven con la fuerza
que tú le arrebataste
a las entrañas del planeta
nadie piensa que ese fulgor
congelado sobre los dedos
de las mujeres más lujosas
es una lágrima tuya petrificada
después de la cólera y la cuota de angustia
que unos dioses sin corazón
te asignaron un día hace mil años

No digo no diré tu nombre
no hace falta te podrías llamar
como cualquiera de nosotros
es igual mi homenaje a tu vida
y tu muerte
es el mismo sonido desgarrador
pequeño héroe de cada día
desaparecido en las circunstancias
más humildes allí donde nadie
presenció tu agonía
joven trabajador pequeño héroe
comandante de los oscuros socavones

Bajo las milenarias enredaderas de la noche
alarga la mirada
hasta rozar el aire del enigma
mientras se hunden tus pasos
en la niebla de la ciudad coronada
de lámparas

Oye la voz del júbilo detrás de las maderas
los cristales las paredes de los palacios
la voz numerosa que canta
porque hace 2.000 años
nació entre los animales y las piedras
el que venía
a reinar en el corazón de los humildes
y a compartir con ellos
la pobreza
y a repartirles ya multiplicados
la esperanza y los peces
y toda la luz que traía bajo la piel
toda la luz de una nueva edad
en que el hombre hallará su destino

Oye hacia el fondo de las calles
crecer la marea de la música
que sale de las casas
mira las luces de colores
sobre los rostros de la niñez
escucha el viento
que mece las campanas y recorre el espacio
porque hace 2.000 años

vino el que más amaría
a los que tienen hambre
y están solos
y tienen sed
y aún no encuentran justicia

Por eso nace cada año
desde hace 2.000 años

Con la mirada llena de cicatrices
llena de árboles cuyas ramas
se inclinan bajo el peso de la sombra
todo esto después del diluvio
con la mirada larga de calles
que comienzan o terminan
en los suburbios
de una ciudad cualquiera

Con la mirada con la frente
cubierta de hollín
caída sobre la tierra que devora
los bellos cuerpos
ataúdes de sueños
con la pupila dilatada en la oscuridad
así me enfrento
a los más sanguinarios recuerdos
a los más implacables poderes
que tienen las imágenes

Así entras en las regiones del enigma
que nutre con su sangre la noche
así entras en los laberintos
donde se gesta la luz
entre corolas ciegas
así toco ese límite donde toda palabra
horada las defensas del corazón

De ese último corazón donde esperas
tu día

tu instante único
de mirar hasta el fondo
hasta esa puerta que se abre
y ya no queda nada
sino la sombra aquí
nada sino la luz
la orilla
del camino donde comienzan otros mundos

Es más hermosa que una oración en los labios
de un hombre de Dios
en la mitad de la catástrofe
más hermosa que una blasfemia en la boca de un ángel
más hermosa y más terrible que un huracán
con nombre de mujer
esta tierra rodeada por un anillo de aire
cubierta de montañas bordeadas de ríos
coronada de laureles de nieve
ceñida por los brazos radiantes del verano
y vestida de inviernos
de hojas volantes propaganda de otoño

Es hermosa esta tierra
cruzada por millones de raíces
de músicas ocultas
escoltada por grandes ejércitos de niebla
es desgarradoramente hermosa
esta tierra
este planeta que canta
y gira en el espacio
como una palabra o una imagen
capaz de cruzar lo infinito
la piel del hombre o del tiempo

Es hermosa y terrible esta tierra
como la diadema de noches que circundan su sien
hechizada por el sonido de los mares
por el canto de los delfines
por el rumor de lo azul inmutable

poblada de árboles
en cuyas ramas canta también la eternidad
cantan las selvas
las aves el viento que lame las piedras
las caras con la que nos asomamos
a este tiempo
a este gran dolor a esta sed
que se haga justicia
claridad
a esta necesidad de júbilo
de amor multiplicado

Es hermoso y terrible este planeta
donde vivir es dar la mano a quien se hunde
y exprimir el racimo de uvas contra la boca
amada
y repartir el pan y el vino en la calle de un pueblo
y apurar en la copa nocturna
el alcohol de unas miradas
que saben a olvido
y además
es profunda esta tierra
donde somos agricultores de una tristeza colectiva
mineros del temor
marinos solos
frente al gran ataúd del océano
sobre las vastas extensiones de arena
aquí precisamente en este tiempo
decidimos ser un gran dolor y una gran esperanza
una implacable sed de justicia
una necesidad de júbilo
de claridades
de amor

Oh tierra primera y última estación
para este viaje
apasionado

De pronto uno se queda en el umbral
como si alguien lo halara desde el extremo
de un hilo invisible
uno se queda allí paralizado
durante unos segundos

Entonces comienza el regreso
la soledad que es el regreso en cierto modo
y uno en definitiva comprende
se prepara para volver y ya no hay tierra
hacia adelante ya no hay orilla
al frente
sino el mismo camino a la espalda
allí donde espera el mundo
que poseyó o acaso nunca pudo retener
ni con la red de una mirada
y uno en definitiva comprende

Uno no pasará más allá de ese límite
Lo que ya fue nos llama
Pero la vida tarde o temprano tiene un instante
en que nada puede ofrecer y nada puede dar
y uno comprende
La muerte: solo ella será diferente
Solo ella dará la imagen última la verdadera
Entonces todo
hasta la claridad
perderá su misterio
Solo ella dará la medida
la proporción que diferencia

Y uno se queda allí
súbitamente
uno en definitiva comprende
uno comprende
pero ya

Como si tú fueras el viento
de alas ciegas
y yo un árbol o un hombre
a la intemperie
de la noche
sacúdeme los huesos
tócame las raíces
desátame los nudos del corazón
mueve mis hojas
quema con tu mirada
la piel mía o de nadie
desgarra mi corteza de sueños
mi camisa de fuerza
o de flaquezas
mi ademán desusado
en fin destrúyeme
la madera o el alma
si esto quieres
pero no me devuelvas a esos sitios
de donde vengo más vacío
que nunca
no me devuelvas a esas fauces
de donde ahora regreso
más oscuro que una eternidad
amortajada por las nubes
cubierto de ceniza
como un rostro
que ardió
que arde sin tregua
desnudamente
huésped del asombro

Quienes ponen a Dios por testigo
de sus actos de sus maneras de vivir
de acuerdo con el manual de prescripciones
que ellos mismos dictaron
después de haber olvidado
la desnudez de la lluvia
que acaricia los árboles
el viento que arrastra hojas
y palabras dispersas
la cabellera de la mujer
los grandes soles
derramados sobre la tierra

Quienes ponen a Dios por testigo
de sus actos
de sus pasos a menudo sombríos
no saben que son ellos
los que levantan alambradas
de soledad y falsos testimonios
contra su semejante a quien no aman
y desprecian con toda la fuerza de su ser
y a quien no se parecen
a pesar del idéntico espacio
en que viven y deben morir sin tregua

Quienes ponen a Dios por testigo
de sus actos y no escuchan no ven
otros dolores que los suyos
tienen anticipado su castigo:
serán estatuas

convidados de piedra
tal vez ángeles
pero no verdaderos habitantes
de este mundo donde tendrán poderes
luceros congelados
para contar avaramente
pero nunca serán capaces
de ternura y asombro

Mírate ahora
mira donde has quedado después
de tanta lucha por hallar tu sitio único
tu exacta ubicación en la tierra
en el tiempo
donde sin esperanza te han dejado

Mírate
mira lo que ha quedado de ti
qué ruina última
qué desesperación de ser
ahora
de haber sido después

Mírate mírate
siempre será en vano
siempre serás en vano y tú lo sabes

Pero sigues ahí como si todo lo ignoraras
tahúr de ti mismo
(un día jugarás tu alma sola
y por primera vez
ganarás tu alma sola
es decir tu desdicha
con nombre de purgatorio
tu alma sola)

Mírate y que la noche no te cubra los huesos
antes de haber llorado
tres veces

y que la madrugada no te hinche la piel
antes del último deseo parecido al amor

Aléjate si quieres verte como eres
porque esto: ceniza
y no otra cosa eres
a pesar de tantas imágenes
y tantas palabras gastadas
como trajes como zapatos largo tiempo habitados
y porque esto: carne desgarradora
y espíritu desgarrado
eres
y no reflejo de una luz que jamás será tuya

Mejor tu nada verdadera
tu tiniebla verídica
que todas las palabras
y todas las imágenes y todos
los ecos de una luz que nunca poseíste

Preferible mil veces
tu cólera y tu corazón desnudo como es
y tu agonía sin ropajes inútiles
y tu pobreza llena de amor

Después de toda esta ceniza acumulada sobre el rostro
y la noche que arde más allá de la frente
durante los siglos que llevamos encima de la piel
como una escafandra
de soledad
de cólera
de rencor preparado para cruzar por ciertas calles
ciertos alrededores de ciudades
lujosas pero encendidas de miseria por dentro

Después de toda esta batalla desigual con el día
con los fantasmas que el reloj nos enfrenta
después de esta áspera
confrontación de nuestra fuerza
de nuestro júbilo
nuestra locura
con las desorbitadas condiciones
que nos sitian nos van acorralando fieramente

Después de todo este amor desesperado y desgarrado
después de ti mujer en quien sepulto mi ser íngrimo
ese desfavorable resultado que da
la suma de cinco sentidos
y una sola devastación

Después de esta jornada de vivir
de convivir durante siglos
y además
de morir
de conmorrir con cada uno

de los seres terrestres
y con cada señal de otras galaxias
qué nos queda sino este poderío solidario
sino esta certeza de cantar
y no pasar en vano como las nubes
demasiado brillantes

Qué nos queda sino este asombro
esta madera última del ser este espejismo
de nuestra aventura
humo no más de imágenes
condenadas a muerte
hasta cuándo
nos crecerá dentro del pecho

qué nos queda después qué ceniza
a qué amor desesperado y desgarrado
qué nos queda sino este humo
y este rencor
y estas preguntas y este agudo quién sabe
y estos jamases repetidos
hasta la eternidad hasta el fósforo
en que sin ruido se convierten los huesos
los bellos fuegos fatuos que danzan sobre las tumbas

VIVIR Y OTROS ENIGMAS
(1996)

Más allá de la piel

Mira a tu alrededor:
esta es la noche que roza los helechos
esta es la noche en que frecuentemente
se queman los jazmines
se oyen los pasos de los gatos sonámbulos
y se siente en el rostro
la brisa de los más desolados recuerdos
esta es la noche en todo su radiante
desamparo

detrás de los muros
se oye el rumor de las terribles
maldiciones
y nadie sabe con qué implacables materiales
con qué cal con qué sangre se construye
el silencio nocturno

Solo un búho
de ojos enormes
vigila nuestros pasos
mientras atrás dejamos el ángel
del paraíso malherido

y pensamos
si ser poeta fuera solo
escribir
unos poemas una música leve
si ser esto fuera solo dejar palabras
y palabras sobre el papel

qué impunemente viviríamos
escribiríamos de espaldas
al gran dolor
de este tiempo.

El enigma

He aquí el enigma:

Cuándo
con qué fuerza
de qué modo asumir
nuestro destino

Y tú que no lo sabes
y te vas

dando
saltos

entre las piedras y las flores
Y yo que no lo sé

que no sé cómo
asumir el destino

y me voy noche abajo
perdido
entre las sombras y las nubes.

No marcharé contigo

Este que tú conoces

y no

cuando me miras con todos los faroles
de las esquinas

Este que tú comprendes
y no

cuando abres los labios y dices
que el amor está lleno de pequeños templos
donde el silencio es la más pura
lámpara que encendemos los dos

con las manos cubiertas
de soledad

Este que tú conoces

y no

cuando el amor es
el más puro ritual del deseo
y somos eso que pensamos
y eso que jamás hemos soñado
con los párpados sueltos bailando bajo la lluvia

Este que soy

y no

este que debo ser y tal vez
soy en ti como tu atmósfera
como tu única manera de ir dejándome

deján
do
me

a mí que me he negado a ser tu espejo
tu eco sin contornos
tú misma

tú que esgrimes unas armas
letales
contra mi inevitable
costumbre
de ir cantando
calle abajo

Este que te ha llevado sobre los hombros
como una enredadera
que desciende infinitamente

No hay regreso
no hay tiempo
hacia donde morir
hecho materia de
olvido

Este que tú conoces
y no

cuando me voy cansado de que no me comprendas
cansado mortalmente
de que nada me pueda salvar de este naufragio
que tú me has preparado
desde quién sabe cuántos siglos
dejado atrás
muros y otros obstáculos
asimismo desoladores

Este que no reconoces
ahora ni después
ni siempre

Concrétame
hazme de lo que soy
de hueso duro
y carne

que el uno es blanco y no cesa de fulgurar
y la otra es de rojo
de amarillo
de azul brillo continuo

y por eso no cesa de arder
según el curso que tome el verano

Yo no sé
quién eres

porque todos los árboles se te parecen
no sé quién eres
porque de alguna manera
te he puesto mis máscaras
mis más caras
hojas de parra hurtadas al edén
que ambos perdimos
unos minutos antes de haberlo poseído

Eres o no
el amor?

Este que no sabré ya ser en lo que falta
de vivir a mi sombra

te dice que no hay tiempo amor
para entenderte
aunque esto tampoco sea preciso

ni hoy
ni después

de tu hechizo roto como una lámpara
perdido como la escritura de una
libélula en la noche

Por eso
por lo que fui

si fui alguna vez
lo que tú pretendías
ah temblor
apagado
entre tus dedos
que acariciaban los instantes

Por lo último que nos queda
de lo que fuimos durante siglos desgarrados
a fuerza de soledad
y besos
y otras formas de amar
o de olvidar ex profeso
las noches con caras de ángeles
pasados de moda

Ya no soy lo que tú
quieres
habrás querido

no lo seré ni hoy
ni mañana

No marcharé contigo
así lleves
el cielo en cada oreja
no

no marcharé contigo ni loco
así lleves en cada labio el paraíso.

Hacia atrás nada nadie

Hacia atrás solo el grito de la intemperie
el alarido de la tiniebla

hacia atrás nada
nadie

Solo el hueco del infinito
donde estuvo el fulgor
de la piel toda llena
de enigmas

Hacia atrás
nada
Nadie

El viento negro que recorre el espacio
y aúlla en lo más hondo

El tiempo desbocado se lleva
todo lo que amamos

y atrás no somos nadie

Solo adelante hay
caminos como los de la infancia
iluminados por rostros donde una vez nos reflejamos
solo allá

un día
dejaremos

atrás
el destino.

El despojado

Con el olvido en vano alzo el puño
colérico

la voz
que te llamó tantas veces

Contra la tempestad contra el destino
mi palabra
lo que está más allá y más acá de mi piel

Contra la inmensidad
mi pequeñez que no acepta otra vía
que la suya
otro fuego y otra tiniebla que los tuyos

Contra la soledad en vano canto
contra mí mismo

y ya no soy
dueño de nada

Ni la vida me pertenece
ni la muerte.

Tatuaje nocturno

Espejo negro
luna de espejo frío
azogue en cuyo fondo
todo se ha perdido

Memoria de su cuerpo
amortajado a mi propia mirada
su cuerpo orilla del olvido

Memoria de sus manos creadas
para ahuyentar desolaciones
para entreabrir las puertas del paraíso
donde ya
no quedan vestigios de ángel
que señalaba con la espada el camino

y el dolor
y el amor
y la muerte
La luz en el espacio
y tú allá sin oírme
sin palmarme los huesos
que te aman

y yo cerca
rodeándote
inevitable y solo
sin poder regresarte

maniatados
inermes
ciegos
desencontrados

como dos muros que se alejan
como dos mundos que se pierden
buscándose

Tatuada en carne viva
eres la muerte que no me abandona
desgarradura mía
tristezadura
mía
espejo negro por cuyo azogue empiezo
a tocar
el fondo mismo de la nada
allí donde tú eres devastadoramente letal
como tus besos
déjame
ser ahora tu muerte.

Con el destino solo

Desesperado
el pobre
el que no tiene más camino
que la calle
la noche
ojo terrible
oriundo de la muerte

Desesperado
el que no tiene
más casa que la intemperie
más destino que ciertos lugares
donde todo es posible
hasta morir completamente a solas
de la piel hacia adentro

hasta morir
con el cuerpo y el alma extendidos
sobre una acera golpeada por el viento y la lluvia

Desesperado
el pobre anda

entre dos filas de edificios
cubiertos de piedra
como enormes sarcófagos

y nadie
mira en el fondo de sus ojos la llama del hambre
última hoguera

nadie ha mirado a un hombre con la piel
llena de sombra

un hombre con todo el horror y el dolor
de estar aquí
de ser el que camina sobre sí mismo
el que pasa frente a las puertas de los templos
cerradas en la noche

nadie
ha visto las manos vacías
los bolsillos vacíos
de quien se bebe su silencio
y se come su rencor y su rabia

cuando mira la hechicería de las lámparas
los frutos de hielo que se abren
las vidrieras radiantes

nadie
ha visto las manos
vacías
los bolsillos vacíos
todo el horror y todo el hambre
y todo el desamparo que hay
en el desesperado
el pobre que anda
con una
mil preguntas
colgadas de sus párpados

solo
definitivamente
sin prójimo

definitivamente huérfano
y solo
con su propio destino.

Da miedo ser

Siempre da miedo
ser

vivir
hallarse solo de repente
con una voz venida de otro mundo
que fue nuestro
que tal vez nunca nos perteneció

Siempre da miedo
da tristeza también

encontrarse con derruidos párpados y labios
ayer amados hasta la ceguedad

Siempre da miedo
encontrarse de pronto
con su propia desolación con su estatura
con su imagen toda cubierta de silencio

Da miedo ser
el que camina bajo la noche
con una mirada perecedera
pero tierna el que muere después
de una sola palabra que le toca los hombros
con los nudillos de la angustia

y todo
al mismo tiempo

todo como un diluvio de papel
como un cielo que cae sobre el rostro de quien
ya no sabe esperar

Siempre da miedo
Ser

hallarse frente a frente
con todo lo que uno fue
con todo
lo que es
lo que uno será

Siempre da miedo tener la noche por testigo
da miedo estar dejando de ser cada minuto

Da miedo
ser.

Reo de este tiempo

Allí estaban idénticos
mismos
ya su individual podredumbre

Allí permanecían
solemnes

como si hubieran sido designados por Dios
para determinar cuál es el bien
y cuál el mal

y qué pena debe imponerse
a cada uno de los que esperan

Allí
perfectamente rígidos
y más implacables que el ojo del destino
estaban ellos en su sitio de honor
como lo ordenan viejos cánones
negro ceremonial

y tú no eras sino dos palabras
un nombre un apellido
y menos todavía

Te llamaban
el reo el acusado el punto negro
que señalan sus índices

Estaban decididos
a inflijirte un castigo ejemplar

Aparecías como un sujeto
triste peligroso
quien debe alejarse

para esto te levantaron un espeso expediente
donde constan tus numerosos pasos malos
tus escasos pasos buenos
que no alcanzan a ser atenuantes

Curiosa circunstancia la tuya:
haber amado y ser
el que paga en monedas de soledad
los vasos que otros rompieron en festines
donde se insulta a la pobreza

Haber amado y ser
después la oveja oscura
el pájaro de mal agüero
el pez que odian

Tenías que salir de entre las multitudes
ser separado de tus congéneres
porque estabas contaminado como el agua
de ciertos pozos aparentemente puros

y tranquilos.

contaminado
de unas desesperadas ganas de que se haga justicia
de que se haga claridad

Allí estabas sentado
y una lámpara enorme
golpeaba tu rostro
una luz implacable
traspasaba tu frente
esa morada
de tanta soledad

y un aire negro te rondaba los ojos
ese temblor de tantos desgarramientos invisibles

y tú allí
en la mitad de la gran sala
diciéndote preguntándote
por qué

tú sometido a hierro a cal violenta
a interrogantes sucesivos
tenaces
como ciertas agresiones del mar
contra los buscadores de cangrejo

Cómo salir del túnel donde estabas tú más solo
que jamás
entre las manos, de infalibles
de poderosos dueños
de bienes y personas

Cómo salir
pensabas
en tu incesante desesperación
de casi fiera herida

acorralada

Allí permanecían
con las narices metidas entre los folios amarillos
lejos de la vida
como husmeando el olor del pecado

Y tú no eras
tú no eres sino ese que solo quiso
asumir su destino
la única dignidad que es posible
salvar
de todas las destrucciones que amenazan la tierra.

Hasta la muerte

Si alguien te dice que no entiende
lo que escribes
tu angustia o tu esperanza
tu soledad
o tu alegría

tu manera de amar
o de estar en la tierra

si alguien no entiende
tus palabras

tu manera de ser
y de ocupar tu sitio exacto

Si alguien no te comprende
entonces quédate
ahí donde te encuentras
con las sienes perdidas en el aire
pero fiel a tu gente
y a tu tiempo
esto es lo que importa

fiel a ti
y a tu prójimo

comprometido con la vida
hasta el fin
porque otros hombres hablarán por ti
tarde o temprano
también comprometidos con la vida
hasta la muerte.

POEMA INÉDITO

Elegía por la muerte de Martin Luther King

Los pasos que darías,
los pasos que tuviste que dar para llegar a Memphis
y recorrer sus calles últimas
y subir al balcón donde quién sabe cuántos siglos
estuvo esperándote la muerte,
a solo 62,48 metros de lo más sórdido,
de lo más enemigo y violento
que puede oponerse al amor predicado por ti,
Cristo del s. XX,
Cristo negro,
caído como una lágrima de los ojos de Dios.

Los pasos que darías, las llamas
que brotaron
de los pasos que tuviste que dar
en las mil marchas alumbradas por millones de antorchas
que horadaban la noche,
el milenario desamparo de tu pueblo cantando
su dolor,
su agonía desde la otra orilla de su origen
–el ébano y el corazón y el hierro y la ternura,
la sangre y los caminos
confundidos en un solo temblor–
Ah Martin Luther King asesinado
por unas manos ciegas y certeras de odio,
por cuántos oscurísimos designios.

Quiénes levan ahora tu ataúd
cuando emprendes la marcha que no termina nunca?
Todos llevamos sobre el hombro tu féretro.

Todos llevamos una herida en el cuello,
digo al lado del canto,
como tú, pero sangra todavía,
pero nos seguirá sangrando siempre,
héroe de las jornadas más hermosas,
mártir Martin Luther King rey humilde,
propagador de sueños.

Lloran los hombres en el sur profundo
de pena y rabia, lloran las mujeres
en todas las ciudades
de tu país.

En cada sitio de la tierra
alguien está llorando por tu muerte
alguien está diciendo no mil veces,
con una lágrima en el ojo
y una rabia en el otro,
con una oración en el labio
y una protesta en la garganta.

Ahora está tu cuerpo bajo la tierra,
ahora has conquistado la libertad definitiva,
esa que no se pueden disputar
los que perturban la armonía del mundo.

Ahora no podrán destruirte:
Jamás como hoy fueron tan imponentes,
estuvieron más sordos y más ciegos,
más desoladamente amargos y vacíos.

Solo pavesas quedarán cuando haya cesado la cólera,
cuando queden en pie
la ternura, el dolor,
las desesperaciones que se ocultan detrás de la cólera

y el llanto,
ah Martin Luther King,
tú que supiste ser hermano de tu prójimo,
tú que quién sabe cuántos pasos darías para llegar a Memphis
y recorrer sus calles últimas
y subir al balcón donde la muerte
quién sabe cuántos siglos estuvo esperándote
a solo 62,48 metros de distancia,
Cristo del s. XX,
Cristo negro,
caído como una lágrima de los ojos de Dios.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

- Acosta Saignes, Miguel (2009). *Bolívar. Acción y utopía del hombre de las dificultades*. Caracas: Fundación Editorial El perro y la rana.
- Aymará, Dionisio (1956). *Mundo escuchado*. San Antonio del Táchira: Ediciones Casa de la Cultura.
- Aymará, Dionisio (1959). *Clamor hacia la luz*. Caracas: Tipografía Guanarteme.
- Aymará, Dionisio (1960). *El testigo*. Caracas: Ediciones Poesía de Venezuela.
- Aymará, Dionisio (1960). *No soy del coro: testimonio poético*. Caracas: Asociación de Escritores de Venezolanos.
- Aymará, Dionisio (1961). *Escúchanos, Libertador*. Caracas: Ediciones de la Sociedad Bolivariana de Venezuela.
- Aymará, Dionisio (1963). *Sonatas*. Caracas: Ediciones Zona Tórrida.
- Aymará, Dionisio (1964). *Aconteceres del alucinado: poema*. Bilbao: España, Alrededor de la mesa.
- Aymará, Dionisio (1965). *Viviendo la noche: poema*. Caracas: [s.n].
- Aymará, Dionisio (1996). *Vivir y otros enigmas*. Caracas: Litopar.
- Aymará, Dionisio (2000). *Huésped del asombro*, (Obra poética completa, Volumen Extra-Segunda Edición), Táchira: Biblioteca de Autores y Temas y Tachirenses.
- Belverde, L.S. *El Nacional*, Caracas: 1965.
- Bolívar, Simón (1999). *Escritos fundamentales*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- Bolívar, Simón (2010). *Para nosotros la patria es América*. Caracas: Fundación Biblioteca Ayacucho.
- Bosch, Juan (2007). *Simón Bolívar: biografía para escolares*. Caracas: Biblioteca Popular para los Consejos Comunales.
- Cardozo, Lubio (2011). *La poesía venezolana escrita en la guerra de la Independencia*. Caracas: Fundación Editorial El perro y la rana/ Ediciones Mucuglifo.

- Cardozo, Lubio (1994). “El mundo y el yo en la poesía de Dionisio Aymará”. En: *Actual*. Mérida (29): Mayo-Agosto.
- Castrillón, Carlos Alberto (2012). *La metáfora de la agonía en la poesía de Dionisio Aymará*. Colombia: Universidad Tecnológica de Pereira.
- Cooper, David (1973). *El lenguaje de la locura*. España: Editorial Ariel.
- Cowie, Lancelot (2000). *Fuegos de la resistencia*. Mérida: Ediciones Actual, Dirección de Cultura y Extensión ULA.
- Kierkegaard, Soren (1943). *El concepto de la angustia*. Argentina: Espasa, Colección Austral.
- Liscano, Juan (1995). *Panorama de la literatura venezolana actual*. Caracas: Alfadil Ediciones.
- Mijares, Augusto (1987). *El libertador*. Caracas: Academia Nacional de la Historia Ediciones de la Presidencia de la República.
- Milán, Eduardo (2010). *Cosas de ensayo veredes*. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamérica.
- Miranda, Julio (2001). *Antología histórica de la poesía venezolana. del s. XX (1907-1996)*. San Juan: Universidad de Pto. Rico.
- Oliveros, Alejandro. *Sin parar un punto. Diarios literarios 2004-2005*, Editorial: Equinoccio, Caracas: 2010.
- Scheines, Graciela (1991). *Las metáforas del fracaso. Sudamérica ¿geografía del desencuentro?* La Habana: Premio Casa de las Américas.
- Unamuno, Miguel de (1984). *Del sentimiento trágico de la vida*. Barcelona: Ediciones Orbis.
- Zambrano, María (1993). *El hombre y lo divino*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

*Quien ha vivido
su muerte muchas veces
no puede morir del todo.*

D.A.

ÍNDICE

PRÓLOGO

La agonía del héroe anónimo

Criterio de la presente edición	7
I. Dionisio Aymará o la paradoja de la poesía venezolana	9
II. Bolívar o la radiante lección del martirio: la resistencia de la ceniza.	15
III. El loco, el primer revolucionario: el rostro de la angustia.	26
IV. Los vocablos iracundos del héroe anónimo	30

MUNDO ESCUCHADO (1956)

La eternidad, el hombre	41
Poema o soledad	44
Poética	45
Poema del retorno	47
Elegía de la voz deshabitada	48
La encendida verdad	49
Nocturno de la soledad y la esperanza	52
Salmo del hombre y su destino	54

CLAMOR HACIA LA LUZ (1959)

Invitación al canto	59
Esto somos: El Hombre	61
Cántico para el hermano	64
Origen y elegía	66
Canción	68
¿En vano, todo en vano?	69
Cántico para olvidar la muerte	71
El poeta	75
Las paredes	76
Poema	77

Autorretrato	78
Clamor hacia la luz	79
EL CORAZÓN COMO LAS NUBES (1959)	
Poema interrogante	93
Cita del canto	95
La muerte en los espejos	100
No son los siglos	102
La súplica	103
Batalla con la sombra	105
Viene el amor, cantemos	107
Palabras, tal vez	108
Una gran voz airada	110
Preparación para la muerte	112
HORARIO DE VIGILIA (1960)	
Vigilia	117
Palabras y palabras	120
Humano poderío	122
Destino	125
Oda al héroe en su tránsito	126
Este fuego de América	129
Antiguo rostro	133
Arte poética	135
Escúchanos, Libertador (1961)	141
SONATAS (1963)	
Sonata de la noche	149
Sonata de los besos	150
Sonata de la lluvia	151

Sonata de los amantes	152
Sonata de la memoria	153
Sonata de la muerte	154
ACONTECERES DEL ALUCINADO (1964)	
Voz del alucinado	157
Hay algo mío	158
La llamada	159
El huésped	160
No se muere una vez	161
Muerte y resurrección	162
No soy yo solo	163
Vencimiento de la tristeza	164
Eternidad inconquistable	165
VIENDO LA NOCHE (1965)	
Viendo la noche	169
Pero el amor	171
Somos aprendices del viento...	172
Somos los hijos de este tiempo...	173
Necesitamos olvidar...	174
Vengan los coros de ángeles...	175
Hombres con una cruz sobre los hombros...	176
Aquí tengo tu rostro...	177
No sabemos sino pocas palabras...	178
No somos...	179
Desde el origen de toda quemadura...	180
Somos los hijos de este tiempo	181
Ahora...	182
¡Está doliéndonos ahora...	183
Es necesario que lo digamos...	184

EL TESTIGO (1965)	
Juro decir la verdad...	187
Es todo	192
Dos nocturnos de Lázaro	194
EN ÚLTIMA INSTANCIA (1966)	
Si no hago reverencias	197
Muchas gracias	199
Me pregunto	201
Arte poética	203
¿Qué puedes, qué podrías?	205
Por obra y gracia de la noche	206
La certeza	208
Poema con humildad	210
ESCRITURAS TERRESTRES (1967)	
Único rostro	215
La búsqueda	216
Castigo o soledad	217
Elegía	219
Nocturno errante	221
El ausente	223
Certidumbre	224
Quiero ser como ellos	226
La sentencia	228
Epitafio	230
Después	231
TODO LO IRACUNDO (1975)	
Denuncia	235
Batalla por la luz	236
Origen y destino	237

Ciencia de padecer	238
Noche total	239
Arte poética	240
Cercana muerte	241
Encuentro	242
Corazón	243
Elegía	244
Ciertos poetas	245
Protestas contra la guerra	246
Desvalida verdad	248
Nocturno	249
Otra elegía	250
Autorretrato	251
Soneto cristiano	252
Certeza del sueño	253
Al Cristo negro de Massis	254
Simón Bolívar	255
A nuestro señor Don Quijote de La Mancha	256
César Vallejo	257
Epitafio	258

LA TERNURA Y LA CÓLERA (1977)

La súplica	261
La gran desolación	262
En medio de la tiniebla	263
También nosotros	264
Poderío de amor	265
Hasta el final	266
Rostro de nadie	267
Otra cosa es vivir	268
Balada	270
No hay tregua	271

APRENDIZAJE DE LA MUERTE (1978)	
Quién eres	275
Llamo a tu puerta	276
Cansado de llevar	278
Los que me dieron	279
Niégate	281
Arranco mi corazón	282
Con interrogaciones	283
Los días vividos	284
Devuélvete a tu noche	285
No	286
NOCTURNOS DE LÁZARO (1986)	
1	289
4	290
7	291
12	292
13	293
14	294
17	295
20	296
23	297
25	298
26	299
HUÉSPED DEL ASOMBRO (1986)	
1	305
4	307
5	309
6	311
9	313
11	315
12	318

16	320
17	321
20	323
21	325
VIVIR Y OTROS ENIGMAS (1996)	
Más allá de la piel	329
El enigma	330
No marcharé contigo	331
Hacia atrás nada nadie	336
El despojado	337
Tatuaje nocturno	338
Con el destino solo	340
Da miedo ser	343
Reo de este tiempo	345
Hasta la muerte	349
POEMA INÉDITO	
Elegía por la muerte de Martin Luther King	353
BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA	
	357

Edición digital
abril de 2018
Caracas, Venezuela

Dionisio Aymará

Táchira, 1928 - Caracas, 1999. La ubicación de Dionisio Aymará, abogado de profesión, en la tradición de la lírica hispánica y venezolana es incluso tan paradójica como la contradicción casi irreconciliable de su seudónimo literario (su nombre de ciudadano es Jorge Azaf), mezcla de dos civilizaciones distantes, la helénica y la aborigen, que quedaron en nuestra cultura unidas para toda la vida (...) Es uno de los poetas menos conocidos en Venezuela, pero con una proyección internacional sin precedentes, tanto en Latinoamérica y en Europa, como ningún otro poeta nacional hasta la fecha. Su nombre no aparece en ninguna de las antologías históricas de poesía venezolana, pero ha sido incluido, por ejemplo, en la antología prestigiosa editada por Approches y Clameur vers la Clarté, intitulada *Profils Poétiques des Pays Latins*, y varios de sus mejores poemas han sido traducidos al inglés, francés, griego, vasco, catalán, italiano y árabe.



9 789801 437451

En toda la poesía de Dionisio Aymará –a través de los 17 poemarios publicados entre 1956 y 1996– la presencia obsesiva de temas específicos inmanentes a su pensamiento y sentir únicos articulan una sola epopeya del hombre de carne y hueso, una epopeya latinoamericana del hombre que ama, muere y resucita, del hombre que se es en su dolor solo con la muerte y lejos de ella cuando canta (...) Para la presente edición selecta de esta nueva antología de los poemas de Dionisio Aymará (...) extendimos los temas inherentes a su poética en los siguientes tentativos: la ausencia de la amada; el desgarro espantoso de la soledad; la furia ante la amenaza de la muerte y la mudez; el anhelo revolucionario sepultado en la oscuridad de las calles de la ciudad; la elasticidad de la epifanía; la alienación y la pérdida de identidad; la reconciliación y la escisión simultánea entre la esperanza y la cólera, entre la ternura y la ceniza, como también la nostalgia bolivariana y la evocación lacerada del primer revolucionario: el loco, el mesías.

DANIEL ARELLA



Gobierno Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Cultura